

MEMORIA*

Ruy Mauro Marini**

Este texto fue escrito para responder a una exigencia académica de la Universidad de Brasilia. Su objetivo es el de dar cuenta de mi vida intelectual y profesional, razón por la cual las referencias personales o políticas aquí incluidas tienen el propósito de mera contextualización. En ningún momento pensé en la posibilidad de su publicación y limité su circulación a personas para quienes el trabajo puede, a mi modo de ver, presentar algún interés, esencialmente, familiares y amigos más cercanos, así como estudiantes que manifestaron especial curiosidad respecto a mi trabajo.

El inicio

Nací en 1932. Por mi origen, soy un producto de las tendencias profundas que determinaron el surgimiento del Brasil moderno que emergió en aquella década. Mi padre era el primer hijo de un sastre artesano de Génova y de una campesina de la Calabria, que ya lo trajeron concebido al emigrar para Brasil, en 1888; mi madre, hija más joven de una tradicional familia de latifundistas del Estado de Minas Gerais, aún niña se cambió, con mi abuelo, de su hacienda cerca de Livramento para Barbacena, luego de la quiebra que sufrió con la abolición de la esclavitud, y ahí asistió a la dilapidación de los restos de su fortuna, en comidas y cenas que reunían habitualmente no menos de 20 personas. Profesor de matemáticas en la escuela agrícola local, mi padre, después del matrimonio y estimulado por la energía de mi madre, ascendió socialmente, licenciándose en Derecho e ingresando, mediante concurso público, a la casta de los entonces llamados "príncipes de la República" -los inspectores de impuesto de consumo. Liberal en su juventud, se adaptó _aunque más por lazos personales y familiares- al clan local vinculado al Estado Nuevo y, más tarde, al PSD. La imagen que dejó fue la de un hombre sencillo, severo y sorprendentemente honesto, si se consideran las tentaciones a las que por su cargo estaba expuesto.

Me trasladé a Río de Janeiro, en 1950, para prepararme para el examen de admisión en la Escuela de Medicina, después de haber recibido una buena formación que la educación pública proporcionaba, principalmente en el terreno humanístico -en siete años de educación básica en el Colegio Estatal de Barbacena, estudié cuatro de latín y siete de portugués, inclusive dos años dedicados a la literatura brasileña y portuguesa, y aprendí a leer inglés, francés y español, además de obtener una buena base en matemáticas, historia y geografía, y conocimientos un tanto anticuados (como descubriría después) en física, química y biología.

El viaje a Río de Janeiro cambió mis planes. Aunque, en el curso preparatorio para el ingreso en la Escuela de Medicina, yo me actualizaba en ciencias físicas y naturales, éstas no eran mi fuerte y comparadas con las atracciones que la ciudad me ofrecía en materia de cine, teatro, playas y bohemia salían perdiendo. La experiencia de un empleo provisional -como trabajador eventual en el Censo Demográfico de aquel año— me hizo sentir el gusto por la independencia y, cuando dejé los estudios, me llevó a ocupar cargos menores, sucesivamente, en la Central del Brasil, en el Ministerio de Aeronáutica y en el Instituto de Jubilación y Pensiones de los Empleados de la Industria (IAPI, por sus siglas en portugués) donde, habiendo ingresado también por concurso, terminé quedándome.

Traducciones, en general del inglés, de materias para periódicos y agencias de noticias o de tiras cómicas, revisión de galeras, etc., permitían que, sin grandes aprietos económicos, me entregara a mi mayor pasión, los libros. Además de la experiencia de vida que adquirí, lejos de la casa paterna y del círculo de amigos de infancia, en aquellos años pude dedicarme a completar mi formación, principalmente en literatura, poesía y teatro, historia y filosofía. Sólo en 1953 volvería a preocuparme por mi formación escolar. Pero la vocación a las ciencias humanas no tenía, entonces, opciones fáciles. La enseñanza de economía apenas se iniciaba y se confundía mucho _tradicón con la cual, en Brasil, nunca llegamos a romper totalmente- con la de contabilidad. La Facultad de Filosofía no abría más horizonte que el de ser profesor de enseñanza media. El gran centro de formación humanística, en el Río de aquella época, continuaba siendo la Facultad Nacional de Derecho de la Universidad del Brasil. Fue hacia ahí donde me dirigí.

De los cursos de los que no olvido se pueden mencionar las clases brillantes de Hermes Lima, así como las de Pedro Calmon -estas últimas, menos sustantivas— y las exposiciones fascinantes, aunque oscuras y algo confusas, de un profesor de cuyo nombre no me recuerdo, que sustituía a Leónidas de Rezende en la cátedra de Economía Política. Yo era alumno del curso nocturno, el más politizado y al cual concurrían personas más maduras, muchas ya exitosas en su profesión, y fue con mis colegas con los que más aprendí. Fue particularmente en el Centro Académico Cândido de Oliveira (CACO), que era el corazón de la Facultad y máxima expresión del movimiento estudiantil de la década de 1950, donde las ideas e inclinaciones asumían un perfil más sobresaliente y se enfrentaban con determinación. Ese movimiento estudiantil hacía el supremo esfuerzo de -superando la ideología meramente democrática de la década anterior- forjar un proyecto de país, al calor de las campañas nacionalistas y desarrollistas.

A pesar de la distancia que yo guardaba de ellos -irritado, como todos los independientes de izquierda, con su práctica instrumentalista y prepotente— debe hacerse justicia a los comunistas que ahí militaban (bajo la dirección de un joven que se llamaba nada menos que ¡Lenin!), quienes, sin importar cuan minoritarios y sectarios fueran, mucho me enseñaron sobre el Brasil y sobre el mundo. Pero era el estudio de las ciencias humanas el que me interesaba y la Nacional de Derecho no podía dar más de lo que me estaba dando. Fue cuando la Fundación Getulio Vargas, con el apoyo de la OEA, decidió -después de haber llevado a cabo con un grupo experimental- dar un gran paso en la implementación de la Escuela Brasileña de Administración Pública (EPAB), abriendo exámenes de ingreso, en todo el país, para jóvenes que estuvieran dispuestos a darle tiempo integral, los cuales recibirían una beca de estudios. La propia EBAP ofrecía, en Río de Janeiro, un propedéutico que cursé y que me ayudó a aprobar los exámenes en primer lugar, lo que me garantizó la beca. Una palanca me permitió obtener un permiso con goce de sueldo del IAPI para asistir al curso, que fue considerado como "de interés del servicio". Se abría una nueva época en mi formación.

Nueva época en todos los sentidos. Ante el clima intelectual tradicionalista y enrarecido que privaba en la Universidad de entonces, la EBAP abría un amplio espacio a las ciencias sociales y reclutaba su cuerpo docente entre la intelectualidad más joven, que la universidad mandarinesca excluía, o en el exterior. Figura sobresaliente era Alberto Guerreiro Ramos, profesor de Sociología, crítico irreverente de todo lo que olierá a oficialismo, ecléctico incorregible, abierto a las nuevas ideas que se originaban de

Bandung y de la CEPAL; su influencia sobre mí, en aquellos años, fue absoluta. Diferente, pero también decisiva, fue la influencia que ejerció Julien Chacel, profesor de Economía, riguroso, ortodoxo, cuya timidez rayaba a la agresión y que recién llegaba de Francia para iniciar una carrera académica irreprochable. A François Gazier, quien sería el primer director del futuro Instituto de Estudios de Desarrollo Económico y Social (IEDES), de París, y que fue catedrático de Ciencias Políticas, además de sus clases siempre exactas y bien fundamentadas, debo mi iniciación en las reglas del método de análisis y exposición, el producto más genuino del genio francés. Entre muchos otros nombres a mencionar, es justo registrar los de Marcos Almir Madeira, gracias a quien conocí los cursos y los tesis de la Academia Brasileña de Letras; Marialice Pessoa, quien, en un portugués americanizado, buscaba transmitirnos su fe inquebrantable en Boas, Linton y Herskovitz; Mario Faustino, siempre efervescente de vida, malicia e ironía; José Rodrigues de Senna, figura humana admirable, y, *last but not the least*, Benedito Silva, director de la Escuela, cuya dedicación al generoso proyecto que ella representaba no fue por mí cabalmente comprendida, en aquel entonces.

La EBAP me dio lo que venía buscando, es decir, la posibilidad de iniciarme seriamente en el estudio de las ciencias sociales; en el segundo año del curso, empecé a dar clases como profesor asistente de Guerreiro Ramos, en su curso de sociología, en la Escuela de Servicio Público del Departamento Administrativo del Servicio Público (DASP). No significa que el diploma de administrador que ella me daría tuviera, para mí, alguna importancia y, antes de concluir el curso, yo ya me preocupaba como podría seguir adelante. La orientación y el apoyo personal de Guerreiro Ramos me encaminaron para Francia, de cuyo gobierno obtuve una beca de estudios, sustentado en mi petición por Gazier y por Michel Debrun, quien lo sustituyera. Empecé el viaje en septiembre de 1958, para estudiar en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París, el famoso SciencesPo. Pero no sin antes hacer una interesante experiencia en investigación, gracias a José Rodrigues de Senna, que _como jefe, en ese entonces, del sector de investigaciones de la Petrobrás—me dio la oportunidad de realizar, en el norte y nordeste del Brasil, la investigación nacional que él dirigía sobre las condiciones de vida de los trabajadores de la empresa.

Los dos años pasados en Francia completaron, prácticamente, mi formación. Además de que me permitieron conocer otros países durante las vacaciones -Alemania, Italia, Inglaterra, Suiza- así como provincias de Francia, me llevaron a redondear mi cultura artística y literaria y a entrar en contacto directo, como alumno, con las figuras más notables de las ciencias sociales francesas de la época, en SciencesPo (Jean Meynaud, Maurice Duverger, Georges Balandier, René Rémond, François Duroselle, Pierre Laroque, René Dumont, André Sigfried, entre otros) y en la Sorbonne, IEDES y el Collège de France (Georges Gurvitch, Charles Bettelheim, Maurice Merleau-Ponty). Gracias al impulso dado por Jean Baby y André Amar, pude realizar, por primera vez, la lectura de Hegel y el estudio sistemático de la obra de Marx y profundizar en el estudio de los autores marxistas, Lenin principalmente. En esos dos años pude convivir con el mundo estudiantil y cosmopolita de París, y de ahí nacieron amistades enriquecedoras con argelinos, peruanos, estadounidenses, mexicanos, daneses, marroquíes, alemanes y, naturalmente, brasileños y franceses.

El período que pasé en Francia coincidió con el auge de la teoría desarrollista en América Latina y en Brasil _con la cual ya me había familiarizado en la EBAP, gracias a Guerreiro Ramos, habiendo inclusive asistido de cerca el proceso de formación del

ISEB (y, antes, del IBESP)— y con su difusión en la academia francesa, con Balandier como pontífice. Al mismo tiempo, ese era el momento en que la descolonización era vivida dramáticamente por Francia, a través de la derrota en Indochina y la radicalización de la guerra de Argelia, provocando rupturas al interior de los grupos políticos e intelectuales -fenómeno que acompañé con vivo interés, más aún que, en mi medio, convivía con jóvenes militantes argelinos, camboyanos y vietnamitas, además de los que provenían de las colonias del Africa negra. Las teorías del desarrollo, en boga en Estados Unidos y en los centros europeos, se me revelaron, entonces, como lo que realmente eran: instrumento de mistificación y domesticación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y arma con la cual el imperialismo buscaba enfrentarse a los problemas creados en la posguerra por la descolonización. Comenzaba, entonces, mi alejamiento con respecto a la CEPAL, fuertemente influenciado, además, por mi creciente aproximación al marxismo.

Eso me llevó, aún en Francia, a tomar contacto con el grupo que editaba, en Brasil, la revista Movimiento Socialista, órgano de la juventud del Partido Socialista (que publicó mi artículo donde ajustaba cuentas con el nacional-desarrollismo), en particular con Eric Sachs, con quien vendría a establecer, a mi regreso, una grande amistad y cuya experiencia y cultura política me influyeron fuertemente. Ese grupo, con sus principales vertientes en Río de Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte, constituiría, más tarde, la Organización Revolucionaria Marxista - Política Obrera (POLOP por sus siglas en portugués), primera expresión en Brasil de la izquierda revolucionaria que emergía en toda América Latina. Debo observar que el interés que la Revolución cubana despertó en Francia, dando lugar a una intensa cobertura de la prensa y a la publicación de libros significativos, como el de Sartre, era mucho mayor que el que se verificaba en Brasil _hecho que constaté con sorpresa, al regresar. Esa situación sólo se modificó después del intento de invasión estadounidense y de la consecuente posición cubana en favor del marxismo y de la URSS. La gestación de la izquierda revolucionaria brasileña y latinoamericana -particularmente en la Argentina, Perú, Venezuela y Nicaragua- no es, como se pretende, efecto de la Revolución cubana, sino parte del mismo proceso que la originó -independientemente de que, en los años 60, ésta pase a ejercer una fuerte influencia.

A mediados de 1960, regresé a Brasil y reasumí mi cargo en el IAPI, pasando a trabajar en el sector de organización y métodos de la Dirección de Personal que, bajo la dirección de José Rodrigues de Senna, se dedicaba entonces a la mecanización del archivo de personal. A pesar de ser considerada como una función gratificada, el salario no era alto y me obligó a buscar otros ingresos. A partir de septiembre, pasé a ser el corresponsal del turno nocturno en la agencia cubana de noticias Prensa Latina, dirigida por Aroldo Wall, de quien me hice amigo, y ahí permanecí un año. Fue en esa condición que acompañé -trabajando, a veces, hasta la madrugada- el gobierno de Janio Quadros, la crisis de su renuncia y la primera fase del gobierno de João Goulart, "Jango". Por otra parte, llevado por Aluizio Leite Filho, me había vinculado, desde mi regreso, al grupo de la Unión Metropolitana de Estudiantes que publicaba *O Metropolitano*, como encarte dominical de *O Diário de Notícias*, con total independencia, y que contaba, entre sus cuadros más brillantes, con César Guimarães, Carlos Diegues, Silvio Gomes, Rubem César Fernandes, Carlos Estevam Martins. Juntos, hicimos un periódico estudiantil que hizo época, por su estilo vibrante, la novedad de los temas, el enfoque directo (inclusive en el campo de la política nacional e internacional) y hasta por su presentación gráfica, que influenciaría el proceso de renovación de la gran prensa, que tuvo lugar más tarde.

En Prensa Latina y en *O Metropolitano* hice mi aprendizaje periodístico, tornando efectiva una de las facetas de mi vocación intelectual que continuaría desarrollando en el futuro. Como registro, debo recordar que, en uno de mis raros trabajos de reportaje, cubrí, para Prensa Latina, el Congreso Nacional de Campesinos, realizado en Belo Horizonte en 1961, e hice pública, a través de *O Metropolitano*, la lucha sorda que se trababa entre el Partido Comunista Brasileño (PCB) y las Ligas Campesinas de Francisco Julião _uno de los puntos fuertes del trabajo de masas de la izquierda revolucionaria. Esa materia, además de sorprender por la novedad, al sacar a la luz asuntos de la izquierda (que, con excepción de su propia prensa, eran tabú en los grandes medios de comunicación), favoreció el desarrollo de la lucha ideológica y política entonces en curso, al tornarla explícita.

En abril de 1962, se creó la Universidad de Brasilia (UnB), bajo la dirección entusiasta de Darcy Ribeiro, cercado por figuras notables, como Anísio Teixeira, Oscar Niemeyer, Claudio Santoro, y una pléyade de jóvenes intelectuales recién egresados, como Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Theodoro Lamounier, Carlos Callou, Luiz Fernando Victor, Levi Santos, José Paulo Sepúlveda Pertence. Rompiendo con el inmovilismo y el hábito mandarinesco de la Universidad tradicional, la UnB presentó una novedad en su concepción jurídica, constituyéndose como una fundación, lo que ampliaba su independencia con respecto al Estado, y adoptando el régimen laboral de las leyes laborales, con lo que buscaba evitar la burocratización del cuerpo docente; en su concepción orgánica, basada en departamentos e institutos, en vez de cátedras y facultades propias de la Universidad tradicional; en su concepción pedagógica, que privilegiaba el trabajo docente en equipo, a través de clases mayores y menores, la relación enseñanza-investigación, el impulso a los cursos libres, debates y seminarios y la apertura de cursos de posgrado; en su concepción de investigación, que valorizaba el entorno regional, y en su concepción de la relación universidad-sociedad, que la llevaba a abrirse al exterior, promoviendo cursos de extensión e, inclusive, de formación profesional y capacitación sindical.

Integrándome en la UnB en septiembre de 1962, como auxiliar de enseñanza -en 1963, pasaría a ser profesor asistente— tuve entonces una de las experiencias más ricas de mi vida académica, sea como docente, impartiendo clases de Introducción a la Ciencia Política y Teoría Política, en el nivel de graduación con Victor Nunes Leal, Lincoln Ribeiro y Theotonio dos Santos, y codirigiendo el seminario de posgrado sobre Ideología Brasileña; sea como estudiante, preparando mi tesis de doctorado sobre el bonapartismo en Brasil (cuyo texto y materiales se perderían en 1964, durante la primera invasión de la Universidad por el ejército); sea participando en las actividades diversas que la Universidad promovía, tanto internamente como en la extensión; sea, finalmente, conviviendo con los colegas mencionados, además de otros -como André Gunder Frank, que llegó en 1963. Debo señalar que, aunque ya tuviera un pensamiento inquieto y original, formado al calor de su contacto con Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Huberman, en *Monthly Review*, fue entonces que Frank -absorbiendo los nuevos elementos teóricos que surgían en el seno de la izquierda revolucionaria brasileña - maduró las tesis que expondría, de manera provocativa y audaz, en *su Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, publicado en 1967, libro que representa un marco de lo que vendría a llamarse "teoría de la dependencia".

En realidad, y contrariando interpretaciones generalmente admitidas que ven la teoría de la dependencia como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de

la CEPAL, ella tiene sus raíces en las concepciones que la nueva izquierda - particularmente en Brasil, aunque su desarrollo político fuera mayor en Cuba, Venezuela y Perú- elaboró para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas. La CEPAL sólo se convirtió en blanco en la medida en que los comunistas, que se habían dedicado más a la historia que a la economía y a la sociología, empezaron a apoyarse en las tesis cepalinas del deterioro de las relaciones de cambio, del dualismo estructural y de la viabilidad del desarrollo capitalista autónomo, para sostener el principio de la revolución democrático-burguesa, antiimperialista y antifeudal, que ellos habían heredado de la Tercera Internacional. Contra poniéndose a eso, la nueva izquierda caracterizaba la revolución como, simultáneamente, antiimperialista y socialista, rechazando la idea del predominio de relaciones feudales en el campo y negando a la burguesía latinoamericana capacidad para dirigir la lucha antiimperialista. Fue en el Brasil de la primera mitad de la década de 1960 que esa confrontación ideológica asumió un perfil más definido y que surgieron proposiciones suficientemente significativas para abrir camino a una elaboración teórica, capaz de enfrentar y, a su tiempo, derrotar la ideología cepalina -no siendo, pues, motivo de sorpresa el papel destacado que en ese proceso desempeñaron intelectuales brasileños o vinculados, de alguna forma, con Brasil.

En el nivel teórico, eso sólo vendría a dar todos sus frutos después del golpe militar de 1964, cuando, limitada en su militancia, la joven intelectualidad brasileña encontraría tiempo y condiciones para dedicarse plenamente al trabajo académico y se vería, de hecho, convocada a eso por la situación que se pasó a vivir en toda América Latina, asolada por la contra-revolución. A principios de la década, la teorización aún se encontraba estrechamente vinculada con el combate político y los éxitos o fracasos se medían a través de indicadores muy concretos. En el caso de la UnB, es importante destacar que la izquierda revolucionaria se constituyó en una fuerza principal del naciente movimiento estudiantil de Brasilia bajo la hegemonía de la Federación de Estudiantes que se creó _hecho inédito en Brasil y en América Latina— a partir de un significativo movimiento docente, que deflagró, en 1963, la primera huelga de profesores universitarios de que tenemos noticia, la cual culminó con la formación de una pionera Asociación de Profesores, en cuya dirección la nueva izquierda era absolutamente mayoritaria. Sería un error pensar que ella quedó restringida a la universidad: la nueva izquierda se vinculó con el sindicalismo militar entonces ascendente, principalmente con el movimiento de los sargentos y con el propio movimiento obrero que se constituía en Brasilia, a tal punto que, en el I Congreso Sindical de Brasilia, en 1963, estuvo en condiciones de vencer el PCB, perdiendo por escaso margen.

Mi estancia en Brasilia fue cortada bruscamente por el golpe de 1964. En aquel momento yo estaba en Río, -sabiendo que cesado, conjuntamente con otros doce profesores, en la primera medida tomada por la dictadura contra la Universidad. Después de evitar caer en prisión en mayo, caí finalmente, en julio, en manos del Centro de Información de la Marina (CENIMAR). En septiembre, beneficiado por el *habeas corpus* del Supremo Tribunal Federal (STF) (mismo que la Justicia militar negara, anteriormente), fui secuestrado por la Marina y entregado al Ejército, en Brasilia, debido a otro proceso que se había abierto allí. Repetí el itinerario Justicia militar-STF y obtuve, en diciembre, un nuevo *habeas corpus* que, esta vez fue respetado. Aunque por poco tiempo: si no hubiera salido de la ciudad, discretamente, horas después de mi liberación, habría sido arrestado de nuevo. Después de un período de clandestinidad de

casi tres meses, cuando la presión policíaco-militar sobre mis compañeros y mi familia se incrementó, a punto de obligar a uno de mis hermanos a entrar también a la clandestinidad, pedí asilo en la Embajada de México, en Río de Janeiro, y viajé para ese país un mes después.

El primer exilio

No conocía a nadie ahí. Pero, en el aeropuerto, me esperaban el reducido grupo de asilados que vivía en el país -cerca de veinte— lo que me proporcionó, así como las autoridades mexicanas, una acogida reconfortante. Entre los muchos amigos que hice -además de Maria Ceales, combativa militante de las Ligas Campesinas, con quien compartiera el asilo en la Embajada— me acuerdo, con especial cariño, de Carlos Taylor, comunista histórico, hombre de gran corazón y de carácter recto, quien fuera presidente de la Unión Nacional de los Servidores Públicos en Brasil y que, después de buenos servicios prestados a México, ahí vino a fallecer a Brasil en 1978; Álvaro Faria, cuya edad relativamente avanzada en nada disminuyera su entusiasmo por la filosofía y por la política y gracias a quien hice amistad con Rodolfo Puiggrós, exiliado en México hace muchos años y que impartía, en la Escuela de Economía de la UNAM, el único curso de marxismo de aque lla universidad, y Claudio Colombani, estudiante de ingeniería de São Paulo, quien me hizo entender cuán grande era entre la juventud del PCB la revuelta contra el reformismo y el acomodamiento de su dirección. Reencontré, también, a Andre Gunder Frank, entonces profesor en la UNAM, quien me facilitó los primeros contactos con intelectuales y militantes políticos mexicanos.

A los quince días de mi llegada y después de sufrir una decepción -Pablo González Casanova, uno de los pocos intelectuales que conocía de nombre y que me recibió con cariño y solidaridad, dejó la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, y fue sustituido por Enrique González Pedrera, que simplemente no me recibió- obtuve, a través de Mario Ojeda Gómez, entonces director del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de El Colegio de México -quien, además de cálidamente solidario, era un entusiasta de Brasil- un lugar en la Institución. Entre los colegas de quienes guardo mejores recuerdos, en esos primeros tiempos del Colegio, están, además del propio Ojeda, Olga Pellicer de Brody, antigua compañera de SciencesPo; Rafael Segovia, cuyo escepticismo e ironía incitaban al rigor; Víctor Urquidi, desarrollista ilustre, pero capaz de respetar el derecho de opinión; Roque González Salazar, hombre inteligente y lleno de alegría de vivir; y, principalmente, José Thiago Cintra, a quien conociera superficialmente en Brasil y que cursaba un posgrado en estudios orientales, y quien terminó por llegar a ser uno de mis amigos más queridos.

La primera tarea que realicé fue escribir un artículo para la acreditada revista del CEI, Foro Internacional, sobre los acontecimientos recientes en Brasil. Las interpretaciones de entonces sobre el golpe de 1964, además de considerarlo un simple cuartelazo, lo presentaban esencialmente como resultado de la intervención estadounidense, un cuerpo extraño, de cierto modo -o, como dijera Leonel Brizola, un rayo en el cielo azul— a la lógica interna de la vida brasileña. Mi punto de vista era radicalmente opuesto: la acción de los Estados Unidos en Brasil no se podía entender como ajena a la realidad nacional, sino como un elemento constitutivo y sólo pudo tornarse efectiva (y, por lo tanto, sólo explicable) a la luz de la lucha de clases en el país, que fincaba sus raíces en la economía y determinaba el juego político -y de la cual las Fuerzas Armadas eran parte plena. Con base en la poca información basada en hechos y estadísticas que pude

obtener, completada por mi conocimiento directo y por mi vivencia, dediqué los dos primeros meses en el Colegio a la demostración de esa tesis y de ese trabajo resultó mi artículo "Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo" (escrito, como ejercicio, en español) -que se basaba, en amplia medida, en el informe sobre la situación política brasileña, que yo había presentado en la última reunión del Comité Central de la Polop, realizada en marzo de 1965. Habiendo pasado por la crítica de Segovia, el artículo tuvo su aprobación por parte del consejo editorial de Foro Internacional gracias al peso de la opinión de Urquidí, que declaró haber, finalmente, leído alguna cosa que le permitía entender lo que ocurrió en Brasil.

La importancia de ese artículo fue el plantear sobre otras bases la explicación del proceso brasileño pos-1930, influenciando considerablemente análisis posteriores. Los ecos de esa influencia pueden percibirse en la mayoría de los estudios que se escribieron después sobre el tema, menos en autores que me citan explícitamente (por ejemplo, Dreyfus, 1981, que vuelve a privilegiar el papel de la intervención estadounidense) que sin embargo otros no lo hacen (por ejemplo, Oliveira y Mazzuccheli, 1977, particularmente en su intención -no siempre bien sucedida- de privilegiar los "factores internos" y, sobre todo, en su evaluación del segundo gobierno de Getulio Vargas). A nivel del Colegio, el artículo me dio prestigio y motivó mi inclusión en el cuerpo editorial de Foro Internacional, donde permanecí hasta dejar la institución, en 1969.

Estimulado por la repercusión de ese ensayo, tanto en el Colegio como fuera, y buscando penetrar en la naturaleza profunda de los acontecimientos brasileños, escribí (aún en 1965) otros dos _además de trabajos menores, publicados en órganos sindicales y estudiantiles, de los cuales el más importante era la revista Solidaridad, editada por el Sindicato Mexicano de Electricistas, entonces uno de los más poderosos y más avanzado de México. El primer de los ensayos -atendiendo a una sugerencia de Frank en el sentido que yo escribiera algo para *Monthly Review*- fue dedicado, ya no al proceso de lucha de clases del que había resultado el golpe militar, sino a sus causas económicas profundas y a sus consecuencias, particularmente en el nivel latinoamericano. Escrito también en español, fue publicado, en 1965, en Nueva York, con el título "Brazilian Interdependence and Imperialist Integration", y la versión original apareció en *Selecciones en Castellano de Monthly Review*, que se editaba entonces en Buenos Aires.

En este ensayo, modificando el enfoque, yo planteaba en primer plano las transformaciones de la economía mundial en el pos-guerra (especialmente la centralización de capital en Estados Unidos y su efecto sobre las exportaciones de capitales) y su impacto en la economía del Brasil y en la diferenciación de su clase burguesa, para examinar, a la luz de esos fenómenos, la política exterior brasileña en la década de 1960 y sus implicaciones para América Latina. Ese estudio tuvo tres resultados importantes.

Primero, impulsó la superación del enfoque meramente institucional -y, frecuentemente, jurídico— preponderante en los análisis de la política exterior latinoamericana, motivando los estudiosos a investigar sus determinaciones económicas y de clase (efecto inicialmente sentido en el propio Colegio de México pero, directa o indirectamente, extendido después al Brasil, empezando con el análisis pionero de Martins, 1972). Segundo, despertó mayor atención para el cambio operado en los movimientos de capital en la pos-guerra, con ventaja para las inversiones directas en la

industria, tesis que se constituiría en uno de los pilares de la teoría de la dependencia, principalmente por las implicaciones del fenómeno en la diferenciación interna de la burguesía, que yo señalaba en el artículo y que sostenían el concepto de "burguesía integrada" que yo ahí exponía (véase, entre otros estudios, Santos, 1976, principalmente su trabajo más difundido "El nuevo carácter de la dependencia", escrito originalmente en 1966, y Cardoso y Faletto, 1969, primera versión en 1967, sobre todo su concepto de "burguesía asociada"). Tercero, planteó la cuestión del subimperialismo, que ahí traté por primera vez y que despertó particular interés en círculos intelectuales argentinos y uruguayos, así como de brasileños que los integraban, gracias a la difusión que dio a mi ensayo su publicación en Buenos Aires. Ese interés llevaría a un grupo vinculado con la revista *Marcha*, de Montevideo, en que se destacaron Vivian Trías y Paulo Schilling, a desarrollar nuevas elaboraciones sobre el tema, a través de las cuales, por un lado, se operó un deslizamiento hacia lo que se podría llamar de "teoría del satélite privilegiado" -distinta, en sustancia, de la tesis que yo planteara- y, por otro lado, se descubrió y aún se supervalorizó la doctrina geopolítica, hasta el punto de convertirla en clave explicativa del fenómeno -lo que también estaba lejos de coincidir con la visión que yo tenía (las elaboraciones más acabadas de esa corriente, en versión bien posterior, se encuentran en Trías, 1977, y Schilling, 1978).

El segundo artículo (de hecho, el tercero) fue gracias a Jesús Silva Herzog, director de la tradicional revista *Cuadernos Americanos*, quien, a solicitud mía, manifestó interés en un artículo inédito, en la línea de los anteriores; escrito también en español, fue publicado en 1966, con el título "La dialéctica del desarrollo capitalista brasileño". A diferencia del primer ensayo, centrado en el proceso socio-político brasileño, y del segundo, más preocupado con la articulación de la economía brasileña con el sistema imperialista y sus implicaciones para América Latina, este tercer estudio procuraba sintetizar los dos enfoques, con el propósito de develar las grandes líneas del proceso histórico del Brasil moderno y la gestación de las condiciones de la revolución socialista. Este último aspecto iluminaba todo el análisis y fue, efectivamente, con el título de "El carácter de la revolución brasileña" que el ensayo fue publicado de nuevo, en 1970, en *Pensamiento Crítico*, la revista cubana de más prestigio en aquella época y que se destacaba por su osadía teórica y política.

Al terminar el año de 1965, ocurrió algo que influyó profundamente en mi trayectoria intelectual. El curso de graduación del CEI incluía una disciplina sobre América Latina, centrada principalmente en cuestiones de política exterior, como indicaba su denominación: Historia Diplomática de América Latina. En aquel entonces, México era aún un desierto en materia de estudios latinoamericanos, como atestigua el hecho de que _además de ser la única en el género en un curso de relaciones internacionales- esa disciplina fuera siempre impartida por un especialista estadounidense. Lo que sucedió, en aquel año, es que el profesor encargado -de nombre conocido, pero que ahora no me acuerdo- tuvo un impedimento de última hora, creando un problema para el cumplimiento normal del currículo en 1966. El razonable prestigio que había ganado en el Colegio, sumado al hecho de ser brasileño y tener, por lo tanto, alguna noción de lo que ocurría en el Cono Sur, llevó a la dirección del CEI a asumir que yo era latinoamericanista y a solicitar mi colaboración para la solución del problema. Así fue como me convertí, de hecho, en titular de la disciplina durante el resto de mi permanencia en el Colegio.

En realidad, salvo información directa y nociones superficiales sobre el tema, adquiridas durante mi estancia en Francia, yo no sabía mucho sobre América Latina. Así, durante unos tres meses me dediqué al estudio de la bibliografía disponible, utilizando principalmente la biblioteca del Colegio _muy buena en ese particular. Ahí, además de estudios nacionales, en su mayoría clásicos, y uno que otro intento de teorización más general (como los trabajos de la Cepal y las obras de Gino Germani y Torcuato S. Di Tella), hice la desagradable constatación de que los estudios latinoamericanos venían esencialmente de los países desarrollados -principalmente Estados Unidos, Inglaterra y Francia, en ese orden— y padecían, en la mayoría de los casos, de un paternalismo elitista, que me hacía recordar los cursos de Balandier, en SciencesPo.

Organicé el programa, buscando combinar algunas formulaciones de carácter global con el análisis por países, excluyendo América Central y México, no sólo por ser suficientemente _en el caso de México ampliamente- tratados en otras disciplinas, sino también para evitar problemas políticos. La metodología era, esencialmente, la que yo desarrollara en mis trabajos sobre Brasil, haciendo que las cuestiones de política exterior, además de ser enfocadas a partir de sus determinaciones socio-económicas, constituyeran sólo una dimensión del objetivo de conocimiento construido en el curso. Cuando era necesario, el programa introducía el examen de categorías y tesis marxistas, porque era en el marxismo que él se basaba. Esas modificaciones hicieron que el curso se titulara, más tarde, Problemas Internacionales de América Latina.

El éxito logrado con los alumnos -un grupo particularmente brillante, es justo reconocer, y que trabajaba tiempo integral- llegó a crearme dificultades junto a la dirección y colegas del cuerpo docente. En su entusiasmo, los estudiantes me endiosaron, al mismo tiempo que establecían comparaciones entre mi curso y los demás, que resultaban ser poco lisonjera para éstos; peor aún, asumieron posiciones de izquierda que desentonaban en la torre de marfil que la institución se enorgullecía de ser. Debo ser honesto: mi opción teórica y política siempre fue respetada en el Colegio, mientras permanecí allí, y se mantuvo invariable el cálido trato que me era dispensado, tanto en el terreno personal como profesional. Pero, de manera bien mexicana, la dirección del CEI tomó algunas medidas _como, para los futuros grupos, dislocar el curso de una posición intermedia para el final del currículo y ejercer sobre los estudiantes, antes de que llegaran a mis manos, una influencia neutralizadora. Así, no sorprende que -al impartir un nuevo curso, en 1968- yo me encontrara con un grupo de alumnos que pasó a la historia del Colegio bajo la designación de *cool generation*.

La repercusión del curso de 1966 llevó al CEI a crear, en 1967, un seminario sobre América Latina, en el nivel de posgrado -iniciativa pionera en México y, hasta donde sé, en América Latina, si descartamos las que correspondían a organismos internacionales, de tipo más especializado. Encargado de su coordinación, establecí un programa flexible, cuya línea central era garantizada por mí, pero que incluía conferencistas, sea para tratar temas previamente establecidos, sea para intervenir en determinadas áreas del programa, a partir de su propia especialidad. En ese contexto, además de invitar especialistas mexicanos y estadounidenses, aproveché el paso por el país de intelectuales latinoamericanos, en particular brasileños, como Celso Furtado, Helio Jaguaribe y Octavio Ianni. El curso tuvo éxito, consolidando mi posición en el Colegio y me dio la posibilidad de platicar con los brasileños sobre la situación nacional. Me acuerdo, particularmente, de la discusión que una noche mantuve con Celso Furtado, en el Café de Las Américas, juntamente con José Thiago Cintra. Furtado, por su parte,

defendía su tesis de la "pastorización", es decir, el retroceso de la economía brasileña al estadio meramente agrícola que la dictadura brasileña estaría promoviendo (tesis que él había expuesto en su artículo de presentación al número especial de *Temps Modernes* sobre Brasil, publicado en 1966, y que Siglo XXI editaría con el título de *Brasil hoy*); yo, por mi parte, insistiendo en el eje central de mi reflexión sobre Brasil, o sea, en la idea de que la dictadura correspondía a la dominación del gran capital nacional y extranjero e impulsaba la economía del país a una etapa superior de su desarrollo capitalista.

Aún en 1967, atento a la reunión que se realizaba en México sobre la propuesta mexicana de desnuclearización de la región, de que resultaría el Tratado de Tlatelolco, escribí, en colaboración con Olga Pellicer de Brody, el artículo "Militarismo y desnuclearización en América Latina". En ese trabajo, a la par de la denuncia sobre la actuación de la delegación brasileña en la conferencia, que descaracterizó el objetivo de México e hizo del tratado algo de poca eficacia, mostrábamos que esa actitud correspondía al propósito de la dictadura de desarrollar en Brasil una industria bélica importante, como base de la política expansionista que ella llevaba a cabo. El artículo fue publicado en *Foro Internacional*, y llamó la atención de los especialistas del Colegio para el tema y motivó dos tesis de graduación en el CEI (Lozoya, 1969, y Vargas, 1973).

A fines de ese mismo año, durante una quincena de vacaciones, en Zihuatanejo, en respuesta a una solicitud de la revista *Tricontinental* -lanzada, en La Habana, en el contexto de la movilización revolucionaria que se constituiría en la línea central de la política exterior cubana en los años siguientes- escribí el artículo "Subdesarrollo y revolución en América Latina". Este vendría a ser mi trabajo más conocido internacionalmente, sea debido a la gran difusión de la revista (que se editaba en español, inglés y francés y se distribuía mundialmente), sea por las diversas reediciones de que fue objeto; se destacan, entre éstas, la de la edición en castellano de *Monthly Review* (que, después del golpe de 1966 en la Argentina, empezó a ser editada en Santiago de Chile), la del *reading* elaborado por Bolívar Echeverría y publicado en Berlín bajo el título *Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus*, y la del *reading* editado por Feltrinelli, titulado *Il nuovo marxismo latinoamericano*. Ese ensayo, que refleja lo esencial de las investigaciones que yo venía realizando desde fines de 1965, resume su contenido en la declaración inicial —"la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial"- y se dedica a demostrar que ese subdesarrollo es simplemente la forma particular que asumió la región al integrarse al capitalismo mundial.

En 1968, por invitación de Leopoldo Zea, también profesor en el Colegio, quien desarrollaba la iniciativa pionera de crear un Centro de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía, de la UNAM, asumí en éste -además de la dirección de un seminario sobre América Latina, para graduados y posgraduados- la cátedra del curso de Historia de Brasil y sus Antecedentes Portugueses, que tuvo un singular destino. Como se trataba de un curso de dos semestres, destiné el primero a exponer la teoría y el método marxistas, discutiendo como aplicarlos al estudio de América Latina; y, con esa base, el segundo tuvo como objetivo el análisis del proceso económico, social y político de Brasil. El interés que despertó el curso provocó no sólo un notable aumento del número de alumnos, motivando sucesivos cambios de salón hasta llegar a un auditorio, sino también la modificación cualitativa del alumnado, que pasó a venir de diferentes

facultades, tanto del área de humanidades como de ciencias exactas y naturales. En realidad, ahí se reunió la vanguardia estudiantil de la UNAM -a punto de que, después de la represión al movimiento estudiantil, en octubre de aquel año, me hicieron la sugerencia, un poco en broma un poco en serio, que fuera impartir el curso en la cárcel.

Por presión de los estudiantes, realicé un seminario de lectura de *El capital*. Dificultades institucionales hicieron que éste se llevara a cabo en mi casa, durante las mañanas de los sábados, con la participación de estudiantes y profesores jóvenes del Colegio y de la UNAM. Esa iniciativa, sin precedentes en aquella época, daría sus frutos, como constaté al regresar a México en 1972: supe de la existencia de diversos seminarios de ese tipo impartidos por participantes del de 1968.

1967 y 1968 fueron, así, los años en que, después de consolidar mi posición en el Colegio, me proyecté en los círculos intelectuales y políticos mexicanos e inicié mi lanzamiento en el plano internacional. Además, fueron años de situación económica holgada. En efecto, desde mediados de 1966 -por intermedio de su hijo, alumno mío en el Colegio— conocí a Gonzalo Abad Grijalva, funcionario destacado de la UNESCO, que dirigía un órgano mantenido por ésta, la OEA y el gobierno de México -el Centro Regional de Construcciones Escolares para América Latina (CONESCAL)-, al cual me integré con el cargo de educador. Formado en su casi totalidad por arquitectos e ingenieros y dedicado a cuestiones eminentemente técnicas, CONESCAL terminó constituyéndose en un excelente ambiente de trabajo para mí: hice amistades de nostálgica memoria (en especial, Oswaldo Muñoz Marín, Marín Reyes Arteaga, Alejandro Unikel, Carlos Osorno y mi secretaria Magdalena, sin contar el propio Abad) y, además de ampliar mis horizontes con conocimientos de arquitectura, urbanismo, artes plásticas e ingeniería, pude profundizar en el estudio de la realidad económica y social latinoamericana. Ahí, participé de los cursos internacionales realizados anualmente por la institución, desarrollé investigaciones de carácter técnico (resultando dos informes de cierto alcance, uno sobre la formación tecnológica en América Latina y otro, de cuño más colectivo, sobre una nueva metodología arquitectónica para las construcciones escolares) y publiqué un par de artículos en la revista del Centro. De estos artículos, había uno que trataba sobre la cuestión educacional en América Latina y que sirvió de base para mis reflexiones sobre el tema de los movimientos estudiantiles, que entonces estaban en ascenso. Permanecí en CONESCAL hasta 1969, cuando, preparándome ya para abandonar México, presenté mi renuncia.

Aún en 1968, instado por Claudio Colombani, empecé a escribir colaboraciones no periódicas para el influyente y oficialista periódico *El Día*, en la sección titulada Testimonios & Documentos. En mayo, entusiasmado con las acciones del movimiento estudiantil brasileño, escribí un artículo de una página, en el cual analizaba sus motivaciones y definiciones programáticas, su dinámica y sus tácticas de lucha. Por razones nunca aclaradas, fue publicado en agosto, poco después del brote del movimiento estudiantil-popular que, en julio, sacudió el *establishment* mexicano hasta sus bases y se constituyó en uno de los más importantes puntos de ruptura en la historia del país. Inútilmente conseguí una carta del periódico, en la cual este asumía la responsabilidad por la infeliz coincidencia. El hecho -sumado a mis antecedentes políticos, mi actividad docente y una conferencia pública, en el Colegio, sobre la cuestión estudiantil latinoamericana— hizo pesado el ambiente que me rodeaba, hasta en mi casa (que pasó a ser vigilada y a sufrir censura telefónica); en el órgano de la Secretaría de Gobernación, encargado del control de los asilados, recibí un trato

francamente hostil. Cuando, en octubre, tuvo lugar la represión gubernamental, con la masacre de Tlatelolco, mi situación se tornó insostenible.

Opté, entonces, por entrevistarme con la más alta autoridad en la materia, el subsecretario de Gobernación. Fría y cortésmente, éste me dio la versión oficial de lo que sucedía: los buenos muchachos mexicanos habían sido envenenados por agitadores extranjeros y se habían vuelto contra su país; en el entender del gobierno, yo era uno de los principales responsables por lo que sucediera. Me pareció inútil argumentar y me limité a indagar si eso significaba que el gobierno quería que yo abandonara el país. Usted está bajo la protección del gobierno de México; sin embargo, éste consideraría su partida como un gesto de colaboración para que las cosas se normalicen, me respondió, con inalterable cortesía. Muy bien. ¿De qué plazo dispongo?, pregunté. ¿Cómo? ¿plazo? usted tomó una decisión, nadie lo está expulsando, fue la respuesta.

Después de eso, la presión directa (vigilancia, censura, etc.) cesó. Naturalmente, busqué demostrar en la práctica mi intención de cumplir el acuerdo: después de renunciar a CONESCAL, reduje mi participación en el Colegio y me alejé de la UNAM. O, por lo menos, yo pensaba estar actuando así: tiempo después, vendría a saber que -sin ninguna exigencia, es verdad, de que fuera cesado- esas instituciones habían sido instruidas, por escrito, por la Secretaría de Gobernación en el sentido de evitar mi relación con estudiantes.

Contactando con mis amigos que se encontraban asilados en otros países, logré oportunidades de salida y terminé optando por Argelia, pasando por Francia (mi correspondencia con Miguel Arraes me abriría las puertas de aquel país y me llevó, algún tiempo después, a hacer el prefacio a la edición mexicana de su libro *Brasil: pueblo y poder*). Sin embargo, para mi sorpresa, la autorización de salida me fue negada. Hablando con la misma autoridad de Gobernación, ésta justificó la negativa debido al acuerdo existente con la dictadura brasileña, en el sentido de impedir mi viaje a centros de reunión de exiliados -lo que descartaba, también, Francia, Uruguay y Chile— salvo que, renunciando al asilo, yo liberara al gobierno mexicano de cualquier responsabilidad sobre mis actos. Y fue lo que terminaría haciendo.

Aunque ese proceso haya tardado casi un año, es justo resaltar que, hecho el acuerdo verbal con Gobernación, ya no volví a ser molestado. Pude, inclusive, sin estorbos, mantener estrecha relación con los presos políticos liberados por la dictadura a raíz del secuestro del embajador estadounidense, que México acogió. Entre ellos, estaban Vladimir Palmeira y José Dirceu, líderes del movimiento estudiantil de 1968, además de Ricardo Villas. Fue, para mí, excelente oportunidad para discutir los problemas de la izquierda brasileña -descubriendo, también, que mis ensayos sobre Brasil habían tenido en el país una amplia difusión clandestina, inclusive con una edición mimeografiada, publicada por la Unión Metropolitana de Estudiantes de Río de Janeiro, bajo el título *Perspectivas* da situación económica brasileña, de la cual sólo muchos años después me llegó un ejemplar.

Una pequeña anécdota revela como yo me torné conocido de los jóvenes militantes de izquierda y, al mismo tiempo, la visión distante que ellos tenían de mí. Al llegar el grupo al aeropuerto de México, ellos fueron cercados por un fuerte dispositivo de seguridad y no pude intercambiar más que algunas palabras con Vladimir, aprovechando para decir que lo vería más tarde en el hotel. Cuando él informó eso a sus

compañeros, Ricardo Villas, muy joven, cayó de los cielos: -"¿Pero, Ruy Mauro Marini existe realmente?", preguntó, incrédulo, ante la inesperada materialización de lo que no era, hasta entonces, más que un nombre de textos de formación política.

Con mis actividades reducidas, durante 1969 me dediqué principalmente a la dirección de tesis de grado en el Colegio. Tres de ellas llegaron a ser presentadas aún cuando me encontraba en México: la de Jorge Robledo, venezolano, de quien ya no tuve noticias, sobre "El movimiento estudiantil venezolano", que se inspiraba en mis preocupaciones sobre el tema y versaba sobre la revolución de 1958 y la lucha de clases subsiguiente; la de René Herrera Zúñiga, nicaragüense, hoy profesor e investigador en el Colegio, cuyo título no me acuerdo, sobre el proceso socio-político de Nicaragua y el fenómeno Somoza, y la de Carlos Johnson, mexicano-estadounidense, actualmente da clases en la UNAM, sobre la coherencia interna del movimiento de los países no-alineados, medida a través de las votaciones en la ONU. Dejé encaminadas las de Ricardo Valero Becerra, mexicano, que vendría a tener brillante carrera en la diplomacia y en la política, sobre "Fundamentos y tendencias de la política exterior brasileña", dedicada al examen de las determinaciones socio-económicas de la política exterior de Brasil en la década de 1950, y la de Gonzalo Abad Júnior, ecuatoriano, hoy funcionario internacional, sobre la lucha de clases en Ecuador, ambas presentadas después de mi salida de México.

También en 1969, en respuesta a una invitación de Pablo González Casanova, entonces director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, participé en el libro por él organizado, *Sociología del desarrollo económico (Una guía para su estudio)*, en convenio con un centro de la UNESCO en París. Cada sección debería contener un examen de las tendencias de la disciplina considerada y una bibliografía comentada. Fui responsable por la sección de sociología política. El texto introductorio fue publicado también, aisladamente, en la revista colombiana *Desarrollo Indoamericano*, dirigida por José Consuegra, en la cual colaboré durante algún tiempo.

Paralelamente, con el apoyo entusiasta de Claudio Colombani, también en 1969, me dediqué a la preparación de un libro, basado en los trabajos que publicara en el período, que Arnaldo Orfila Reynal, fundador y director de Siglo XXI, manifestara interés. Con el ensayo de 1967 sobre América Latina como apertura, reuní mis estudios sobre Brasil (reformulándolos, para incluir mis consideraciones sobre la industria bélica, en lo que se refería a la política exterior) y agregué un ensayo sobre la problemática de la izquierda, que mucho se debe a las discusiones que tuve con los presos políticos liberados, en particular Vladimir Palmeira. Problemas de la editora retrasaron su lanzamiento, de manera que, cuando eso ocurrió, al final del primer trimestre de 1970, yo ya había salido de México. Subdesarrollo y revolución es, pues, un texto centrado prioritariamente sobre el análisis de los problemas brasileños que alcanzó gran difusión en los años 70, con reediciones casi anuales, y que entró, aunque perdiendo fuerza, en la década de 80. Según mi opinión, el interés que despertó se debe, en parte, a la novedad del enfoque —inserto como está el libro en la corriente de las nuevas ideas que se cristalizaron en la teoría de la dependencia—, en parte, a la metodología, que buscaba utilizar el marxismo de modo creador para la comprensión de un proceso nacional latinoamericano y, finalmente, a su audacia política, que rompía con el academicismo timorato y aséptico que tuviera vigencia, hasta entonces, en los estudios de esa naturaleza. El último capítulo, que enfoca los problemas de la izquierda armada y lo hace desde dentro (el único precedente, en esta línea, había sido ¿Revolución en la revolución?, de Régis Debray, en 1967), suscitó un entusiasmo en la intelectualidad

joven y, en general, en la militancia de izquierda (ésta promovió, en Italia, su publicación en la edición local de *Monthly Review*, a pesar de que ya estaba en curso una traducción de mi libro); sin embargo, el libro llegó a provocar preocupación en los editores, que _como no habían tenido conocimiento previo de ese último capítulo, que fue entregado por mí directamente a la imprenta, cuando ya estaba en proceso la impresión— temieron, al verlo publicado, que la empresa resultara comprometida.

Problemas, es verdad, el libro los creó, pero en países como Brasil y la Argentina, que requisaron y destruyeron todos los paquetes remitidos. Sin embargo, en la mayor parte de América Latina, y en México en particular, el libro fue un éxito, que luego llegó a Europa. En 1972, apareció la edición francesa y, en 1974 (con una introducción que vendría a ser mi trabajo más significativo y con una traducción de Laura Gonzalez) la edición italiana bajo el título *Il sottoimperialismo brasiliano*. Un contrato firmado con Penguin Books no tuvo continuidad, por razones que ignoro, pero en 1975 se llevó a cabo la edición portuguesa, con base en la 5ª edición mexicana de 1974, corregida y aumentada.

Con ese libro, cerré con llave de oro mi primer exilio, durante el cual, al mismo tiempo en que completaba mi formación, me realicé profesionalmente. La victoria de Luis Echeverría en las elecciones de 1969 —quien, como secretario de Gobernación, comandara la represión al movimiento estudiantil— y la negativa de Francia de permitirme ingresar o pasar por su territorio sin documentación (que me era negada tanto por el gobierno brasileño como por el mexicano) me llevaron, después de haber renunciado al asilo político, a decidirme por Chile, donde la situación política podría facilitar las cosas. En noviembre de 1969, desembarqué en Santiago.

El segundo exilio

Mi ingreso a territorio chileno se hizo con alguna dificultad, resuelta por la presión de amigos que ahí me esperaban -en particular Theotonio dos Santos y Vania Bambirra- juntamente con la intervención de políticos -como el entonces senador Salvador Allende- y de la Universidad de Concepción y de su Federación de Estudiantes (FEC). Efectivamente, aún en México, yo había sido contactado por su presidente, Nelson Gutiérrez -quien me conocía por mis trabajos y por las informaciones de amigos brasileños, entre los cuales Evelyn Singer, profesora en dicha universidad y que había militado conmigo en Brasil. Gutiérrez me había comunicado sobre la existencia de una vacante de profesor titular en el Instituto Central de Sociología y me había consultado sobre mi interés en ocuparla. Como en ese entonces ya consideraba Chile como posible alternativa a Argelia, respondí afirmativamente, y mi currículum fue incluido en el concurso abierto para esa vacante y aprobado. Así, yo llegaba al país con un contrato en la mano.

Permanecí en Santiago cerca de tres meses, aprovechando las vacaciones escolares, y no me desvinculé totalmente de la ciudad porque ahí mantuve un pequeño departamento durante todo el tiempo en que estuve en Concepción. No me seducía, en efecto, la perspectiva de fijar mi residencia en esta última ciudad, acostumbrado como estaba a las grandes metrópolis, además de que Santiago presentaba para mí más atractivos. Ahí estaban grandes amigos míos, como Vania y Theotonio, junto con una amplia colonia de exiliados brasileños que mientras viví en Chile, estuvo formada, en diversos momentos, por Darcy Ribeiro, Almino Afonso, Guy de Almeida, José Maria Rabelo,

Maria da Conceição Tavares; en poco tiempo, haría nuevas amistades entre los chilenos y latinoamericanos, como Tomás Vasconi, Inés Reca, Pío García, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Aníbal Quijano, reencontrándome también con André Gunder Frank, que era profesor en la Universidad de Chile, y su esposa, Marta Fuentes. Por otra parte, Santiago vivía un momento de intensa movilización política, que resultaría, en las semanas inmediatas a mi llegada, en la constitución de la Unidad Popular, frente político que reunía las fuerzas de izquierda -con excepción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-, y en la designación de Allende como su candidato a las elecciones presidenciales del año siguiente.

A pesar de haber recibido una propuesta de trabajo del Instituto de Administración (INSORA), con el cual había entrado en contacto desde México, y tener el interés del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Facultad de Economía, de la Universidad de Chile, me trasladé, en marzo de 1970, a Concepción. Estaba dispuesto a quedarme por lo menos un año, como reconocimiento a la solicitud que me manifestara la Federación de Estudiantes.

Si el nivel de politización era alto en Santiago, adquiría en Concepción connotaciones explosivas. Una de las principales ciudades del país, de antigua tradición industrial e íntimamente vinculada con los centros mineros de Lota y Coronel, cuna del Partido Comunista, dio origen, en 1965, a una nueva fuerza de izquierda, el MIR _fracción de la Juventud Socialista, con participación destacada de una corriente intelectual trotskista- liderado por una pléyade de jóvenes brillantes, principalmente Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista van Schouwen. Con Luciano como presidente, la Federación de Estudiantes dio inicio, de manera espectacular, a la reforma universitaria, que agitaba aún el país cuando llegué, y que había lanzado el MIR en el nivel nacional, en 1969, gracias a la adopción _después de la ruptura con los trotskistas- de una activa política de lucha armada. Un poco más joven, Nelson Gutiérrez, ahora ex presidente de la FEC, terminaría por integrarse al grupo dirigente, donde se destacó por su inteligencia, su integridad revolucionaria, su inagotable sed de conocimiento y su notable capacidad oratoria.

En un ambiente de esa naturaleza, es difícil distinguir lo que fue actividad académica y lo que fue actividad política. Mi vida personal fue, de cierta manera, anulada, en aras de una práctica pedagógica incesante, en las aulas, en las reuniones con militantes, durante las comidas, las tertulias en mi casa, en las visitas a dirigentes y bases obreras de Tomé, Lota, Coronel. En la Universidad, impartí diversos cursos, por motivación política y académica, además de establecer lazos de amistad con Juan Carlos Marín, uno de los raros intelectuales marxistas realmente dedicado a cuestiones de estrategia militar; Alejandro Saavedra, estudioso de la cuestión agraria, sobre la cual sostenía tesis extremadamente originales; Luis Vitale, que se esforzaba por rescatar la historia de las luchas de clases en Chile; Guillermo Briones, científico político de formación tradicional, pero siempre abierto a lo nuevo; Julio López y José Carlos Valenzuela, que llegaban de Polonia, entusiasmados con Kalecki; Néstor D'Alessio y otros.

Entre los mencionados cursos, cabe destacar el de Sociología Política, que rescataba mi experiencia en Brasilia; Sociología de América Latina, en que capitalizaba mis estudios en México, y Métodos y Técnicas de Estudio y Exposición, que tuviera una primera versión en CONESCAL, con el fin de preparar arquitectos e ingenieros para la comprensión de las cuestiones sociales y que, en Concepción, tuvo el propósito de

disciplinar el razonamiento de los jóvenes militantes, capacitarlos en la investigación y prepararlos para dominar diferentes formas de exposición, como el panfleto, el artículo, el discurso oratorio, el informe, el ensayo. También participé en el curso de Ciencias Sociales que el Instituto realizaba extra muros, en las facultades y escuelas de ingeniería, medicina, servicio social, geología, matemáticas, etc., jugando, para la izquierda universitaria, el papel de instrumento de politización de sectores estudiantiles menos sensibles, en principio, a los problemas socio-políticos; mi contribución consistió, principalmente, en modificar el enfoque pedagógico, buscando transformar el curso en una reflexión política basada en la problemática propia de cada profesión y, en la medida de lo posible, en su lenguaje.

En ese contexto, mi producción escrita se vio bastante perjudicada. Durante aquel año, escribí solamente dos textos para publicación: el prólogo al libro de Arraes y un artículo titulado "Los movimientos estudiantiles en América Latina", destinado a la recién creada revista del Instituto, *Ciencia Social* (que salió con mucho retraso y no pasó del primer número) y que se publicó en Francia, en aquel año, en *Temps Modernes*, y en Venezuela, en la revista *Rocinante*, editándose, después, también en México y en Colombia.

El ambiente de Concepción, a la vez exaltado y sofocante, su provincialismo y la elección de Allende para la Presidencia, que abría en el país un proceso político de grandes perspectivas, me llevaron a aceptar la invitación del CESO y a trasladarme a Santiago, a fines de 1970. En una universidad que, como la de Chile, pasaba aún por el proceso de reforma, los procedimientos y la nomenclatura eran fluidos: un concurso de títulos decidió mi admisión y clasificación como investigador *senior*. Sin sustraerme a la marea alta de politización que caracterizaba en ese entonces a Chile, viví allí una de las fases más productivas de mi vida intelectual.

La formación del gobierno de la Unidad Popular contribuyó, de cierta manera, para eso. Sin tener cuadros para la administración pública, la izquierda en el poder los fue a buscar en las universidades. En el CESO, eso conllevó la promoción del personal joven (Roberto Pizarro, entonces *júnior*, en la calidad de único chileno del pequeño grupo que quedara, asumió la dirección, luego transferida a Theotonio) y la incorporación de nuevos miembros, en la mayoría extranjeros, lo que trajo una gran renovación. La institución llegó a la cima de su trayectoria entre 1972 y 1973; además de mi, Theotonio y Vania, el CESO contaba con Vasconi, Frank, Marta Harnecker, Julio López y, más jóvenes, Pizarro, Cristián Sepúlveda, Jaime Torres, Marco Aurelio García, Alvaro Briones, Guillermo Labarca, Antonio Sánchez, Marcelo García, Emir Sader y Jaime Osorio, lista a la que habría que agregar los temporales: Régis Debray, recién liberado de su arresto en Bolivia; los cubanos Germán Sánchez y José Bell Lara, alejados por algún tiempo de La Habana, luego del freno aplicado a *Pensamiento Crítico*, y el mexicano Luis Hernández Palacios, a quien reencontraría, tiempos después, al regresar a México.

El CESO fue, en su momento, uno de los principales centros intelectuales de América Latina. La mayoría de la intelectualidad latinoamericana, europea y estadounidense, principalmente de izquierda, pasó por ahí, participando mediante charlas, conferencias, mesas redondas y seminarios. Sin embargo, el secreto de la intensa vida intelectual que lo caracterizó y que se constituyó en la fuente real de su prestigio fue la permanente práctica interna de diálogo y discusión, institucionalizada en los seminarios de área -las

áreas temáticas eran las células de la institución-, en el seminario general, y continuada en las relaciones personales, que tenían por base el compañerismo y el respecto recíproco. El momento político que vivía el país, que había tornado a Santiago el centro mundial de atención y de romería de intelectuales y políticos, hizo lo demás, amén de incentivar el desarrollo de otros órganos académicos, como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), de la Universidad Católica.

Como el CESO estaba adscrito a la Facultad de Economía, yo debía impartir cursos ahí, aunque sin obligación docente. Realicé tres cursos: Introducción a las Ciencias Sociales, cuya parte inicial, formada por tres clases, dio como resultado el ensayo "Razón y sinrazón de la sociología marxista", publicado en el primer número de la revista *Sociedad y Desarrollo*, lanzada por el CESO, en 1972; Ciencia Política y un tercero _en el que participaban alumnos de diversas facultades, militantes de los diferentes partidos de la izquierda- titulado Teoría del Cambio. Este último -que trataba, de hecho, sobre la teoría de la revolución- después de una parte dedicada a las revoluciones burguesas, estudiaba cuatro revoluciones socialistas (soviética, china, vietnamita y cubana), concluyendo con algunas generalizaciones-; grabado y, posteriormente, reelaborado, se encontraba pronto para ser publicado en el momento del golpe militar de 1973, cuando, luego de la invasión de mi departamento por el ejército, fue por éste quemado, junto con los libros y otros materiales que ahí se encontraban -inclusive una serie de entrevistas que yo había hecho a Miguel Enríquez, dirigente máximo del MIR, cuya pérdida aún lamento.

Además de ejercer algunos puestos administrativos -coordinador docente y miembro de la comisión de investigaciones, del consejo editorial y del consejo directivo del CESO y miembro de la comisión docente y de investigaciones de la Facultad— me designaron en calidad de coordinador de área, para organizar y dirigir su seminario; como dije, cada área del CESO realizaba su propio seminario, paralelo al seminario general (este, entre 1971 y 1973, se centró en el análisis de la transición socialista en la Unión Soviética, con énfasis en Lenin, y tuvo a Marta Harnecker como coordinadora). Mis intereses de investigador me llevaron a proponer en mi área, que lo aprobó, el tema "Teoría marxista y realidad latinoamericana"; iniciándose con *El capital* de Marx; el seminario debería incluir sus obras políticas, pero, por las circunstancias históricas, no pasó de la primera parte. No se trataba de una simple lectura del libro, sino -aprovechando la experiencia de México- tomarlo como hilo conductor para la discusión sobre la manera de aplicar sus categorías, principios y leyes al estudio de América Latina. En el seminario, participaban, entre otros, Frank, Vasconi, Labarca, Marco Aurelio, Marcelo García, Cristián, Antonio Sánchez y Jaime Osorio.

Para centrar la discusión, empecé a trabajar en un texto base. Éste tomaba, como punto de partida, lo que quedó conocido en el CESO como mi "libro rojo" -una portada roja, que reunía materiales desde 1966, incluyendo esquemas de clase, notas de lectura, reflexiones e información histórica y estadística sobre América Latina en general y país por país, con énfasis en la integración al mercado mundial y en el desarrollo capitalista resultante. La propia naturaleza de esos materiales me indujo a escribir un ensayo de carácter histórico, que no me satisfizo; lo que buscaba era el establecimiento de una teoría intermedia que, basada en la construcción teórica de Marx, condujera a la comprensión del carácter subdesarrollado y dependiente de la economía latinoamericana y su legalidad específica. Al regresar a trabajar en el texto (tanto la primera versión, como el "libro rojo" se perdieron también, a raíz de la invasión de mi departamento),

busqué situar el análisis en un nivel más alto de abstracción, relegando a notas de pie de página las pocas referencias históricas y estadísticas que conservé. Esta segunda versión fue publicada, aún incompleta, en *Sociedad y Desarrollo*, bajo el título "Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora" y, terminada, en edición mimeografiada del CESO, en 1972, sirviendo también como base para la introducción al libro publicado por Einaudi, en 1974.

Dialéctica de la dependencia era un texto innegablemente original y contribuyó para abrir un nuevo camino para los estudios marxistas en la región y plantear, sobre otras bases, el estudio de la realidad latinoamericana. La *démarche* teórica que realicé consistió, esencialmente, en rechazar la línea tradicional del análisis del subdesarrollo, mediante la cual éste se hacía a través de un conjunto de indicadores que, a su vez, servían para definirlo; el resultado no era simplemente descriptivo, sino tautológico. Así, un país sería subdesarrollado porque sus indicadores relativos al ingreso *per capita*, a la escolaridad, a la nutrición, etc., correspondían a cierto nivel de una escala determinada y esos indicadores se ubicaban en ese nivel porque el país era subdesarrollado. Tratando de ir allende ese planteamiento engañoso, la CEPAL avanzara poco, quedando, como elemento válido de su elaboración, la crítica a la teoría clásica del comercio internacional y la constatación de las transferencias de valor que la división internacional del trabajo propicia, en detrimento de la economía latinoamericana.

En vez de seguir ese razonamiento y fiel a mi principio de que el subdesarrollo es la otra cara del desarrollo, yo analizaba en qué condiciones América Latina se había integrado al mercado mundial y cómo esa integración: a) funcionara para la economía capitalista mundial y b) alterara la economía latinoamericana. La economía exportadora, que surge a mediados del siglo XIX en los países pioneros (Chile y Brasil), generalizándose después, aparecía, en esa perspectiva, como el proceso y el resultado de una transición al capitalismo y como la forma que asume ese capitalismo, en el marco de una determinada división internacional del trabajo. Considerado eso, las transferencias de valor que de ahí advenían no podían ser vistas como una anomalía o un obstáculo, sino más bien una consecuencia de la legalidad propia del mercado mundial y como un estímulo al desarrollo de la producción capitalista latinoamericana, con base en dos premisas: abundancia de recursos naturales y superexplotación del trabajo (la cual suponía abundancia de mano de obra). La primera premisa daba como resultado la monoproducción; la segunda, los indicadores propios de las economías subdesarrolladas. La industrialización, llevada a cabo posteriormente, estaría determinada por las relaciones de producción internas y externas, conformadas con base en esas premisas. Resuelta así, según mi entender, la cuestión fundamental, es decir, el modo como el capitalismo afectaba el eje de la economía latinoamericana -la formación de la plusvalía— yo pasaba a preocuparme con la transformación de ésta en ganancia y con las especificidades que esa metamorfosis encerraba. Algunas indicaciones relativas al punto a que llegó mi investigación se encuentran contenidas en el texto y en otros trabajos escritos en esa época, pero yo sólo solucionaría realmente el problema algunos años después, en México.

Lanzado a la luz, mi ensayo provocó reacciones inmediatas. La primera crítica vino de Fernando Henrique Cardoso, mediante una comunicación hecha al Congreso Latinoamericano de Sociología (donde yo recién había presentado mi texto completo), que se realizó en Santiago, en 1972, y que fue publicada en la *Revista Latinoamericana*

de Ciencias Sociales. Defendiendo con celo la posición que conquistara en las ciencias sociales latinoamericanas y que él creía, al parecer, amenazada por la divulgación de mi texto, y refiriéndose aún al artículo que había salido en *Sociedad y Desarrollo*, que no incluía el análisis del proceso de industrialización, la crítica de Cardoso inauguró la serie de sesgos y malentendidos que se desarrolló sobre mi ensayo, confundiendo superexplotación del trabajo con plusvalía absoluta y atribuyéndome la falsa tesis de que el desarrollo capitalista latinoamericano excluye el aumento de la productividad. Respondí a esos equívocos en el *post-scriptum* que _bajo el título de *En torno a la dialéctica de la dependencia*- escribí para la edición mexicana de 1973.

Pero si las reacciones contrarias a mi ensayo no se hicieron esperar, el interés y el apoyo tampoco. Sea a través de la versión incompleta de la revista, sea de la edición mimeografiada, él obtuvo una gran difusión en Chile y en el exterior —para lo que ayudó el flujo constante de visitantes que se dirigían al CESO. Muy temprano me percaté que no podría mantener el trabajo sin publicar, como era mi intención inicial, preocupado como estaba por concluir la investigación que el texto apenas anunciaba. En septiembre de 1972, habiendo viajado a México para participar de los cursos de verano promovidos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, me encontré con el hecho de que el ensayo ya era objeto de seminarios y grupos de estudios, constituyéndose inclusive en tema de la interesante tesis de licenciatura en economía, de Raimundo Arroio Júnior y Roberto Cabral Bowling, *El proceso de industrialización en México, 1940-1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo*, defendida en 1974.

Urgido por Neus Espresate, copropietaria de la editora ERA y vieja amiga, a autorizar su publicación, me pareció mejor ceder, aunque, dado el clima polémico que lo rodeaba, me pareciera necesario hacer un prefacio. Éste terminó convertido en posfacio, donde procuré aclarar las razones del método adoptado (que, al partir de la circulación para la producción, de ahí regresando a la circulación, me valió el apodo de "circulacionista"), justificar el uso de categorías marxistas en el análisis de una formación capitalista aún en gestación y disipar las confusiones surgidas sobre la noción de superexplotación del trabajo, además de adelantar algunas consideraciones sobre la tendencia de la economía dependiente a bloquear la transferencia de los aumentos de productividad a los precios, fijando como plusvalía extraordinaria lo que podría venir a ser plusvalía relativa.

Además de las ediciones portuguesas (Centelha, 1976, y Ulmeiro, 1981), la edición mexicana, publicada en 1973, es la única que incluye ese posfacio, siendo también una de las raras publicaciones autorizadas de mi ensayo. Efectivamente, como yo temía, las ediciones piratas se sucedieron, en Francia, en Argentina, en España, en Portugal. Autoricé, también, la edición alemana, incluida en un *reading* organizado por Diemar Rengas, que fue publicado en 1974, y la traducción holandesa de dicho *reading*, de 1976. Por lo que supe, el contrato firmado con una editora japonesa no fructificó.

La divulgación internacional de *Dialéctica de la dependencia* se debió, en parte, a que presenté el texto como *paper* en la Conferencia Afro-Latinoamericana, que reunió, en Dakar, en septiembre de 1972 -por iniciativa del Instituto de Desarrollo Económico y Planificación (IDEP), órgano de la ONU dirigido por Samir Amin- estudiosos de los dos continentes, así como de Europa. En el viaje de regreso, pasé por Italia donde, en el Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea (ISSOCO), dirigido por Lelio Basso, participé en un seminario sobre América Latina. De ahí resultó un texto de cierto

interés, "La acumulación capitalista dependiente y la superexplotación del trabajo", que tuvo sólo una edición mimeografiada en el CESO pero que circula, aún hoy, en círculos estudiantiles y de investigación de la UNAM y otras instituciones de enseñanza mexicanas. En mi estadía en Italia, pude dialogar intensamente con un gran número de intelectuales disidentes del Partido Comunista Italiano, entre ellos Rossana Rossanda, Lucio Magri, Giovanni Arrighi y Luciana Castellini.

Mi resistencia en publicar *Dialéctica de la dependencia* se debía a la conciencia que tenía de que el texto era insuficiente para dar cuenta del estado de mis investigaciones y a mi deseo de desarrollarlo. Esa resistencia fue vencida, en parte, como señalé, por la dificultad que tuve para impedir su difusión y, en parte, porque el avance del proceso chileno me convocaba de modo creciente a una participación más activa, obstaculizando mi concentración en las cuestiones teóricas generales que me preocupaban. A partir de fines de 1971, asumí responsabilidades políticas cada vez mayores, que terminaron absorbiéndome.

Una de las cuestiones candentes que se planteaban en el Chile de entonces era la de la unidad de la izquierda, debido a los problemas suscitados por la oposición UP x MIR. Juntamente con compañeros socialistas y comunistas -entre los cuales Marta Harnecker, alma de la iniciativa, Theotonio, Alberto Martínez y Pío García- participé en la creación y dirección de la revista *Chile Hoy*, cuyo objetivo era construir un espacio adecuado para el diálogo entre las corrientes de izquierda, y en la cual colaboré regularmente hasta el golpe militar.

A principios de 1973, tuvo lugar, por iniciativa del CEREN y en colaboración con el CESO, un simposio sobre la transición al socialismo, en el que participaron intelectuales de izquierda de todo el mundo, destacándose Paul Sweezy, Rossana Rossanda, Lelio Basso, Michel Gutelman, además de los participantes locales. Presenté un *paper* titulado "¿Transición o revolución?" (que fue publicado, sin autorización, en la revista *Pasado y Presente*, de Buenos Aires, con su título alternativo: "La pequeña burguesía y el problema del poder"), en el cual yo analizaba el carácter de clase del gobierno de la Unidad Popular; además comenté el *paper* de Gutelman e intervine respecto al presentado por Basso (de ahí resultando un artículo polémico, "Reforma y revolución: las dos lógicas de Lelio Basso", publicado en *Sociedad y Desarrollo*). Los materiales del simposio se reunieron en el libro *Transición al socialismo y experiencia chilena*, de Prensa Latinoamericana, inclusive mi *paper*, el comentario a Gutelman ("La reforma agraria en América Latina") y mi crítica a Basso. Después del golpe de 1973, el libro difícilmente pudo ser encontrado. Sin embargo, muchos materiales, inclusive los textos sobre Gutelman y Basso, fueron publicados de nuevo en Buenos Aires, en el año siguiente, bajo el título *Acercas de la transición al socialismo*, además de ser reproducidos en diversas publicaciones, en Colombia y en México.

Aún en 1973, bajo mi dirección, apareció el primer número de la revista *Marxismo y Revolución*, cuyo segundo número, ya editado, fue destruido en la imprenta, en los días posteriores al golpe. El que llegó a circular contenía dos trabajos míos sobre Chile. Uno era "El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación", en el que, a partir del movimiento económico y, en particular, de la distribución de la plusvalía, yo analizaba la escisión de la burguesía chilena que, expresándose en la campaña electoral de 1970, abriera el camino a la Unidad Popular; ese trabajo, que consideraba algunos de los progresos que yo hiciera en mis investigaciones sobre la

plusvalía extraordinaria, había sido escrito y divulgado entre la izquierda antes del trabajo que yo presentara en el simposio CEREN-CESO y, desde un punto de vista lógico, lo precedía. El otro artículo, "La política económica de la vía chilena", escrito en colaboración con Cristián Sepúlveda, examinaba las motivaciones de clase de la política económica de la UP y sus implicaciones; en realidad, se destinaba a cubrir la publicación de un texto que yo no había escrito para publicación y que, lleno de deficiencias, había aparecido, sin mi autorización, en *Critiques de l'économie politique*, revista editada por Maspero (que, incorregible, pirateó también *Dialéctica de la dependencia*).

Esos tres ensayos constituían un análisis más o menos estructurado sobre las causas y la actuación del gobierno de la Unidad Popular. Ellos forman el núcleo del libro que, en 1976, publiqué en México -*El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*-, el cual, además de una selección de los artículos más coyunturales escritos para *Chile Hoy*, reunían dos otros ensayos, ambos de 1974. Uno de ellos examinaba la crisis y la caída del gobierno de la UP, habiendo aparecido, en versión preliminar, escrita en Panamá, en una publicación de NACLA, bajo el título "Chile: The Political Economy of Military Fascism", y que fue reeditado, en versión definitiva, en México, bajo la denominación de "Economía política de un golpe militar".

Ese cambio de título no había sido aleatorio. Después de haber manejado, inicialmente, la noción de "fascismo militar", terminé descartándola, convencido de que la caracterización de la contrarrevolución chilena (y latinoamericana, en general) como fascista ocultaba la naturaleza real del proceso y tendía a justificar la formación de frentes amplios, en el cual la burguesía tendía a asumir un papel hegemónico. En aquel entonces, aún parecía posible luchar por una política de alianzas que no implicara la subordinación de las fuerzas populares a la burguesía, ya que la izquierda aún detentaba, localizadamente, una capacidad de acción en América Latina y estaba en ascenso en Europa Occidental, en África y en Asia. Las derrotas que después ella sufrió en Europa y en los países latinoamericanos, llevaron el triunfo de la fórmula del frente amplio bajo la hegemonía burguesa, que presidió la redemocratización latinoamericana de la década de 1980, excepto en América Central, donde prevaleció el esquema de alianzas que yo propugnaba. Conviene notar que, aún en Chile -como lo demuestra uno de los artículos publicados en *Chile Hoy* e incluido en el libro- me parecía que, independientemente de los rasgos fascistas que presentaba la movilización de la derecha, no existían condiciones para un verdadero régimen fascista. Esa discusión continuó a lo largo de la década de 1970, llevándome a elaborar el concepto de Estado de contrainsurgencia y, cuando ya se podía vislumbrar el proceso de redemocratización, el de Estado del cuarto poder.

Otro ensayo del libro que es posterior al golpe, "Dos estrategias en el proceso chileno", constituye, después del trabajo de 1967 sobre América Latina, uno de mis textos más divulgados, sin duda por la fase favorable que aún vivía la izquierda y por el interés que despertaba el caso chileno. Escrito para el número inicial de *Cuadernos Políticos*, del cual hablaré más adelante, fue publicado, primero, en *Temps Modernes*, siendo después objeto de diversas reediciones, aisladas o en revistas y periódicos latinoamericanos y europeos. La finalidad del artículo era la de -en contraposición a la falsa tesis que la mayoría de la izquierda chilena difundiera en el exterior, descargando sobre el MIR la responsabilidad del golpe- analizar las dos estrategias de la izquierda, durante el gobierno de la Unidad Popular, y mostrar de que manera la tensión entre la

movilización popular que éste indujera -dando, inclusive, origen a los órganos de poder popular— y la dinámica propia del Estado burgués, respaldada por la mayoría de la UP, acabara por conducir el proceso a un punto de ruptura. En ese contexto, MIR y PC, aunque constituyeran los centros de elaboración teórica y de conducción política más influyentes en sus respectivos campos, polarizando a su alrededor de las demás fuerzas de la izquierda, no habían actuado aisladamente, además de que sólo se podría explicar su actuación en función del desarrollo de la lucha de clases; la responsabilidad del golpe le tocaba, sin embargo, al imperialismo estadounidense y a la burguesía chilena, y sólo se podía criticar al MIR y al PC por los errores que habían tenido en la implementación de sus respectivas estrategias.

De mi producción, en ese período, todavía es necesario mencionar tres trabajos. El primero, centrado en la reflexión sobre lo que ocurría a mi alrededor, es el prefacio al libro de Vania Bambirra, *La revolución cubana: una reinterpretación*, editado en 1973 (y, con la desaparición de la edición, requisada en su mayor parte en la imprenta, reeditado en México, en 1974). Nacido al calor de los debates que se trababan en Chile sobre la cuestión, su propósito era contribuir a la caracterización del problema del poder en Cuba, lo que me llevaba a reelaborar los conceptos de revolución democrática y de revolución socialista -tema crucial en las discusiones marxistas en general y, en Chile de entonces, en particular- y buscar establecer entre ellos nuevas relaciones.

Los otros dos trabajos se referían a Brasil, insertándose en el contexto de la vida política que mantenían, en Santiago, los núcleos de exiliados. "La izquierda revolucionaria brasileña y las nuevas condiciones de la lucha de clases" retoma el análisis de la actuación de la izquierda, que yo iniciara en el último capítulo de *Subdesarrollo y revolución*. Pero con una diferencia. *Vanguardia y clase* había sido escrito en 1969, cuando la lucha armada mal empezaba y la intelectualidad de izquierda, por seguir la corriente o por miedo, la aplaudía o, en la mejor de las hipótesis, se callaba; yo me sentía, por lo tanto, no sólo en libertad, sino inclusive en el deber de criticar las concepciones y la práctica de la izquierda armada, alertándola para lo que podría suceder. En 1971, sin embargo, cuando escribo el segundo ensayo, ya era evidente el fracaso del cometido y, de todos lados, llovían las críticas a la izquierda armada, lo que me llevó a reivindicarla _aunque sin renunciar al análisis de su desempeño. Ese ensayo fue destinado a la antología organizada por Vania Bambirra y publicada por Prensa Latinoamericana, en aquel año, bajo el título de *Diez años de insurrección en América Latina*; excluyendo Vania, Moisés Moleiro y yo, los autores -todos ellos, intelectuales conocidos—prefirieron firmar sus textos con seudónimo, hecho comprensible si se consideran las condiciones políticas que reinaban en la mayoría de los países latinoamericanos. El golpe de 1973 hizo del libro una rareza, y de él se quedó solamente la edición italiana de Mazzota, de Milán, publicada en 1973, con el título *L'esperienza rivoluzionaria latinoamericana*; sin embargo, mi ensayo fue incluido -con el título "Lucha armada y lucha de clases"- en la 5ª edición revisada y ampliada de *Subdesarrollo y revolución*, de 1974.

El otro trabajo, escrito a fines de 1971 o principios de 1972, fue resultado de mi intervención en un seminario político de la izquierda brasileña, en Santiago, y fue publicado, primero, en *Monthly Review*, bajo el título "Brazilian Sub-Imperialism", publicándose también en las ediciones de esa revista en italiano y en español (esta última impresa ahora en Bogotá), así como en la revista mexicana *Síntesis*. En este ensayo, yo examinaba la política económica de la dictadura y precisaba lo que, a mi

manera de ver, constituía, para ella, limitaciones objetivas: la estrechez del mercado interno, la superexplotación del trabajo y las posibilidades del Estado como promotor de inversión y de demanda. En un plan más general, mostraba las dificultades que Estados Unidos creaba para la implementación de la política subimperialista e indicaba la conveniencia de distinguir, en su evolución, dos períodos, que tenían 1968 como parte aguas; por otro lado, el ensayo evidenciaba, por primera vez, el papel de las transferencias de ingreso para la clase media, a partir de ese año, con la finalidad de mitigar la estrechez del mercado interno; esas dos proposiciones sirvieron de insumo explícito o implícito para elaboraciones de otros autores sobre la economía y la política externa brasileña. El ensayo también fue incorporado, con el mismo título, a la 5ª edición de *Subdesarrollo y revolución*.

Mi exilio chileno correspondió, así, a mi llegada a la madurez, en el plan intelectual y político. Los acontecimientos que marcaron su fin -el golpe militar del 11 de septiembre, la experiencia del terrorismo de Estado en su más alto grado, los días pasados en la embajada de Panamá, donde cerca de 200 personas hacían un esfuerzo disciplinado y solidario para coexistir en un pequeño departamento, bajo el ruido de bombas y tiroteos— fueron vividos con naturalidad, como contingencias de un proceso cuyo significado histórico estaba perfectamente claro para mí. A mediados de octubre de 1973, una vez más sin cualquier documento, viajé para Panamá.

(Fin de la primera parte)

Notas

*Archivo de Ruy Mauro Marini. Tomado de <http://www.marini.-escritos.unam.mx>. Traducción de Claudio Colombani.

**Sociólogo brasileño precursor de la teoría de la dependencia.

LAS CIENCIAS SOCIALES EN LA ERA NEOLIBERAL: ENTRE LA ACADEMIA Y EL PENSAMIENTO CRITICO *

Atilio A. Boron **

Voy a arriesgar una reflexión en voz alta (que por razones de tiempo deberá ser un poco esquemática) sobre la situación de la sociología y, por extensión, de gran parte de las ciencias sociales en América Latina. El punto de partida es una constatación que todos comparten: las ciencias sociales _de ninguna manera la sociología es una excepción- enfrentan una serie de retos de crucial importancia no sólo en América Latina sino también en el resto del mundo.

Si ustedes releen las páginas del informe *Gulbenkian*, el excelente trabajo que produjera un equipo de eminentes científicos coordinado por Immanuel Wallerstein, verán que nos

invita precisamente a "impensar" las ciencias sociales, o sea, repensarlas pero a partir de premisas radicalmente distintas a las convencionales.¹ No se trata de volver a recorrer con el pensamiento el mismo camino ya trillado. Repensar, en este caso, y ante la gravedad de la crisis que afecta a todo ese conjunto de disciplinas, significa "impensar" las ciencias sociales. ¿Por qué? Porque en el mencionado informe _documento centrado en el desarrollo de las ciencias sociales de los países avanzados, que supuestamente estarían al margen de ciertos problemas que nos afectan gravemente a nosotros- el diagnóstico reviste tal gravedad que los académicos involucrados optan por hacer una explícita y urgente convocatoria a repensar todo desde nuevos comienzos.²

En nuestro caso, a las causas que alimentan la crisis de las ciencias sociales en los países más avanzados debemos agregarles dos factores que merecen una consideración especial: el triunfo ideológico del neoliberalismo y el auge del postmodernismo.

Dos nefastas tradiciones intelectuales

En primer lugar, entiendo que es posible establecer un parangón entre la reestructuración del capitalismo en el último cuarto de siglo y el neoliberalismo como una corriente ideológica que expresa este proceso en el plano de las ideas. Corriente que, digámoslo de entrada, no es sólo ni exclusivamente económica, sino una filosofía integral. Sería un gravísimo error de nuestra parte concebir al neoliberalismo simplemente como un programa económico. Ojalá fuera eso, pues entonces se trataría de un rival mucho más fácil de derrotar.

El triunfo ideológico del neoliberalismo es el de una concepción holista de la sociedad, de su naturaleza, de sus leyes de movimiento -explicadas desde las antípodas de las que postula el marxismo- y de un modelo normativo de organización social. Así como Marx en algún momento dijo que la economía era la ciencia de la sociedad burguesa -por supuesto refiriéndose a la economía política clásica y a los grandes fundadores de esta disciplina, básicamente Adam Smith y David Ricardo, y no a los pigmeos que se proclaman sus sucesores-, hoy podríamos decir que el neoliberalismo es la corriente teórica específica del capitalismo en su fase actual. Esta perspectiva ha tenido una gravitación extraordinaria en América Latina y ha ejercido una profunda influencia sobre la sociología y las ciencias sociales.

El postmodernismo, a su vez, podría ser cabalmente definido como un pensamiento propio de la derrota, o tal vez un pensamiento de la frustración. Es decir, es el resignado reconocimiento de que ya no hay transformación social posible, de que la historia ha concluido (aunque sus exponentes se horroricen ante esta conclusión que los hermana con la obra de Francis Fukuyama) y de que lo que hay es lo único que puede haber. El postmodernismo como actitud filosófica refleja el fracaso de las tentativas de transformación social en los capitalismos metropolitanos en los años de la posguerra. Su ancestro -de muchísima mayor calidad teórica y compromiso político, por cierto- podría ser el "marxismo occidental" que Perry Anderson identificara como producto del fracaso de las revoluciones en Occidente al finalizar la Primera Guerra Mundial. Podría hipotetizarse que el punto de partida del postmodernismo sería el fracaso de lo que Wallerstein denomina en el informe *Gulbenkian* -a mi juicio un tanto exageradamente- "las tentativas revolucionarias de 1968 en Europa". Personalmente creo que no hubo tentativas revolucionarias en el '68 europeo. Lo que hubo fue una serie de revueltas populares, que no es lo mismo. Esas revueltas fueron aplastadas primero, y luego sus líderes fueron cooptados por el sistema, al punto tal que alguno de ellos son hoy figuras importantes del neoliberalismo europeo. El postmodernismo es hijo de esta tragedia.

En el terreno más concreto de las ciencias sociales se comprueba que el neoliberalismo ha instaurado la barbarie del reduccionismo economicista que hoy nos aqueja. Su impacto se corrobora en la exaltación del influjo de los elementos económicos en todo el conjunto de la vida social. Estos no son concebidos, como se hace en la tradición marxista, como elementos articuladores de una totalidad compleja, mediatizada y dialéctica, siempre en movimiento, sino como factores causales aislados que en su predominio se convierten en los únicos hacedores de la historia. Al hablar de barbarie economicista me refiero por ejemplo al individualismo metodológico que pesa sobre algunas teorías y ciertos supuestos epistemológicos, que entre otras cosas consagra _no por casualidad- la desaparición de los actores colectivos (las clases sociales, los sindicatos, las organizaciones populares, etc.) y la exaltación del formalismo matemático como inapelable criterio de validez de los argumentos sociológicos, lo que en el mejor de los casos no es otra cosa que una hoja de parra pseudo-científica bajo la cual se pretende ocultar que el rey -es decir, el pensamiento convencional de las ciencias sociales- está desnudo.

Los supuestos del pensamiento neoliberal que vertebran la teoría económica neoclásica han colonizado buena parte de las ciencias sociales. ¿De qué supuestos se trata? De los que predicán que los únicos sujetos relevantes de la vida social son los actores individuales, respecto de los cuales se asegura que: (a) cuentan con plena y adecuada información sobre el universo en el cual se desenvuelven; (b) lo anterior los habilita para tomar decisiones fundadas racionalmente en la ponderación precisa de costos y beneficios, y por lo tanto (c) pueden actuar con plena libertad y adecuado conocimiento para satisfacer sus intereses egoístas. Este modelo, extraído de la ficción del *homo economicus*, se aplicaría por igual a todas las esferas de la vida social, desde las cuestiones más crematísticas tratadas por la economía hasta las más elevadas manifestaciones del espíritu humano.

Otro de los impactos del neoliberalismo sobre la sociología y las ciencias sociales se puede sintetizar en la desconcertante premisa, sobre todo para un sociólogo, que afirma que en realidad la sociedad no existe. La añeja idea del contractualismo del siglo dieciocho que postulaba que la sociedad no era otra cosa que la suma de los individuos

retorna triunfalmente en el neoliberalismo (lo cual, entre otras cosas, nos obligaría a replantearnos cuánto hay de nuevo, si es que hay algo, en el "neo"liberalismo...). Esto se puede ver en los planteamientos teóricos pero también en los argumentos políticos que se nutren de esta tradición. Por ejemplo, en las declaraciones de la ex primera ministra de Inglaterra Margaret Thatcher. Poco después de su feroz represión de la huelga de los mineros que habría de significar el quiebre de la resistencia popular a las políticas neoliberales, algunos periodistas le preguntaron cual creía que sería el impacto de la destrucción del sindicalismo sobre la sociedad inglesa. La Sra. Thatcher _insigne exponente de la filosofía neoliberal- se limitó a responder: "no existe la sociedad inglesa. Lo que hay son ingleses, como John, Peter, Christine, María, etc.". La sociedad inglesa, para ella, era una peligrosa ficción inventada por la izquierda. Una perniciosa leyenda carente de connotaciones reales. Ahí está, encerrada en una cápsula, una muestra de la influencia del neoliberalismo sobre el pensamiento político y sociológico de nuestro tiempo.

Paralelamente, el postmodernismo ha justificado una indiferencia radical ante cuestiones relacionadas con la estructura de la sociedad y con su historia. Plantea, en consecuencia, el carácter fútil, absurdo, innecesario, irrelevante de toda pretensión de conocer la historia y la estructura de nuestras sociedades. Es más: en su superficial e inofensiva irreverencia, más animada por su afán de despertar la admiración de sus contertulios por la osadía retórica de sus propuestas que por la profundidad filosófica de las mismas, el postmodernismo destierra de las ciencias sociales cuestiones tales como "verdad" o "falsedad". En su visión, se trata de meros asuntos terminológicos carentes de toda sustancia real. No hay por lo tanto una verdad sociológica, y si la hubiera no habría forma de comprobarla. Pese a que las evidencias señalan incontestablemente que el neoliberalismo polariza a la sociedad, empobrece a las mayorías y erosiona la legitimidad democrática, nada de esto podría ser considerado como una verdad sociológica. El postmodernismo remata, en consecuencia, en una concepción de la sociedad profundamente reaccionaria y congruente con la que propone el neoliberalismo. ¿Por qué? Porque si para este la sociedad no es otra cosa que la sumatoria de infinitos átomos individuales pre-sociales, para los postmodernos aquella no es más que un conjunto heteróclito e indeterminado de actores, contingencias y acontecimientos fugaces y efímeros. Toda otra consideración nos llevaría a la triste resurrección de los relatos decimonónicos carentes por completo de sentido en el mundo de hoy. Bajo ambas perspectivas teóricas, la sociedad, su estructura e historia, desaparecen por completo como objeto de reflexión crítica, para no hablar de cualquier pretensión de promover su transformación.

Para resumir: ninguna de estas dos tradiciones teóricas que tanto impacto han tenido en América Latina nos habilitan para pensar la vida social y para practicar con rigurosidad lo que algunos llamaban "el oficio del sociólogo". Los sociólogos y la sociología están de más: con los economistas -en realidad, "econometristas"- y algún *charlista* entretenido que nos ilustre sobre los infinitos recovecos de la vida social y lo efímero de todas sus creaciones, basta y sobra.

Obviamente, el influjo de estas dos grandes corrientes sobre la cultura latinoamericana, y no sólo sobre las ciencias sociales, se tradujo en un verdadero asalto en contra del pensamiento crítico. Bajo su égida no hay pensamiento crítico posible. Más bien, lo que se impone es una oportuna resignación política, que brota del reconocimiento de la derrota que hemos sufrido, de lo ilusorio de nuestras utopías y de lo fútiles que fueron

las luchas libradas para crear un mundo mejor. Es decir: en lugar de pensamiento crítico, pensamiento único, o la dura pero realista admisión de que no existen alternativas, de que este es el único mundo posible y todo lo demás son melancólicas ilusiones. Hemos sido derrotados, hemos perdido, el capitalismo ha triunfado definitivamente. Si hay otro mundo posible, como dicen en Porto Alegre, seguramente será peor que el actual. Claro, no todos los postmodernos dicen esto abiertamente. Eso está reservado para los teóricos de la derecha norteamericana, como Francis Fukuyama, Robert Kagan o Thomas Friedman. Pero este mismo discurso está presente, en forma velada -y a veces muy disimulada- en las densas tinieblas retóricas del postmodernismo. Las utopías han muerto, y no tiene sentido alguno tratar de afanarse en construir la imagen de una buena sociedad. Estos renuncios convierten al postmodernismo en un cómplice objetivo del orden social vigente, orden que pocos se atreverían a desconocer como el más injusto en la historia de la humanidad. Según estadísticas oficiales producidas por diversas agencias de las Naciones Unidas, este orden que neoliberales y postmodernos se resisten -si bien por distintas razones- a condenar cobra cada noche 100 mil vidas humanas, 35 mil de ellas de niños, a causa del hambre y de enfermedades prevenibles y curables. Este es el orden social de hoy, al que le asignan los dones de la inmortalidad. Un "orden" que aparece como el único posible y que condena a que cada año desaparezca de la faz de la tierra una cantidad de personas equivalente a la población de Colombia, Argentina o España. Y ante ello la sociología nos transmite un mensaje que explícita o implícitamente declara la inexistencia de alternativas. No hay lugar para los proyectos de emancipación social porque ellos, fundados sobre las arenas movedizas de los grandes relatos de la modernidad, son irremediabilmente anacrónicos. Tránsito regresivo de la teoría a la política: es preciso, entonces, abandonar toda aspiración de cambio y transformación social, toda pretensión revolucionaria de crear una nueva sociedad. Debemos conformarnos con esto, que es lo que existe, y además lo único que puede existir. Y entonces a partir de ahí se redefine claramente qué es lo que puede hacer un sociólogo: convertirse en una especie de inocuo sociómetro, así como los economistas degeneraron en econometristas arrojando por la borda toda una tradición muy respetable de pensamiento crítico en la economía. Los sociólogos deben seguir el mismo camino y convertirse en prolijos agrimensores sociales, o en diligentes trabajadores sociales. Veamos cómo es que se produce esta lamentable metamorfosis.

La crisis del modelo clásico de investigación sociológica

La principal consecuencia de toda esta desafortunada confluencia de tradiciones teóricas e ideológicas sobre la sociología ha sido el abandono del modelo clásico de investigación que durante un cierto tiempo tuvo vigencia en América Latina. Me refiero a aquellos proyectos en donde se conformaba un equipo dirigido por uno o más investigadores formados junto con un grupo de jóvenes estudiantes, que trabajaba, en un plan de largo aliento, en un proceso simultáneo de investigación y formación que produjo alguno de los mejores resultados en las décadas de 1950 y 1960 de la sociología latinoamericana. Claro: la estructura institucional sobre la cual se apoyaba esa tradición de investigación social era la universidad pública o, en su defecto, instituciones públicas como hubo en algunos países de América Latina, no universitarias pero destinadas a fomentar y a trabajar en la investigación social. El Colegio de México es uno de los ejemplos más notables de esta variante.

Ahora bien: este andamiaje institucional fue barrido, con diferentes grados de radicalidad según los países, por las políticas neoliberales del Consenso de Washington

aplicadas en nuestra región. El reemplazo de este modelo, basado en el vigor de la esfera pública y de las instituciones de enseñanza e investigación creadas y sostenidas por el Estado, fue propiciado por el debilitamiento sufrido por estos espacios y las políticas de "reforma del Estado", que en realidad, lejos de reformarlo, lo destruyeron. Su lugar fue ocupado por lo que podríamos llamar el "modelo de consultoría". Ya no hay más espacio ni voluntad para financiar una investigación social de largo aliento, en muchos casos comparativa, internacional, que demandaba dos, tres, cuatro, cinco años de labor de equipos de investigación en diferentes partes de América Latina. Lo que ahora se ha institucionalizado es un nuevo modelo de investigación que en poco responde a los cánones más elementales de una metodología científica. Una investigación breve, acotada _diríamos casi *pret a porter*, como esas ropas que se compran listas para usar- realizada sobre la base de otro tipo de soportes institucionales, con las consultoras o firmas de consultores, públicas y privadas, en primer lugar. En este sentido, un dato muy significativo _y preocupante- del panorama de la sociología latinoamericana ha sido la transformación de algunos antiguos centros de investigación en empresas de consultoría, fenómeno que se observa en casi todos los países en la región. Este estilo de investigación ha logrado introducirse dentro de las universidades e instituciones públicas, aquejadas por un fuerte déficit de financiamiento y que por lo tanto fueron cortésmente invitadas por las autoridades a "autofinanciarse", a recurrir a fuentes externas para sufragar -con proyectos específicos de investigación que obviamente deberán responder a los intereses de los nuevos financistas- una parte creciente de su presupuesto y, dentro del mismo, las remuneraciones de los profesores. Otro tipo de soporte institucional de creciente importancia para las ciencias sociales es la investigación "modelo consultoría" realizada en reconvertidas oficinas y agencias del gobierno. Como estas también se encuentran afectadas por una crónica debilidad económica y financiera, casi invariablemente la investigación que se hace en el sector público está financiada - y es cuidadosamente monitoreada- por préstamos o subsidios especiales, fundamentalmente del Banco Mundial (BM), del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de algunas otras organizaciones financieras de este tipo.

Por lo tanto, ante la crisis de lo público y lo estatal en América Latina, esos organismos de financiamiento terminan por definir una parte importante y creciente de la agenda de investigación sociológica de nuestros países. Instituciones mal llamadas "multilaterales" _dado el unilateral predominio del que goza en ellas Estados Unidos- como el BM o el BID definen cuáles son los problemas que merecen ser investigados en la región y cuáles no. No sorprende que entre los temas menos investigados en América Latina se cuenten la distribución del ingreso, la inequidad en el reparto de la riqueza y la regresividad de la estructura tributaria, pese a que nuestra región sobresale entre todas las demás por ser precisamente aquella en donde estos problemas asumen ribetes escandalosos. Según estudios de diverso tipo, el 10 por ciento más rico de la población latinoamericana paga menos impuestos en proporción a sus ingresos que el 10 por ciento más pobre. Sin embargo, esos datos están ausentes en los informes que sobre América Latina y el Caribe elaboran la CEPAL, el BID o el BM. ¿Por qué? Porque no son asuntos prioritarios para las agencias, que gracias a su influencia financiera definen cuáles son los temas importantes de investigación, las teorías a ser utilizadas, las hipótesis a ser trabajadas, las metodologías a ser implementadas, e incluso el estilo, el lenguaje y las palabras "políticamente correctas" que deben ser utilizadas en los prolijos informes y resúmenes ejecutivos resultantes de la investigación. En otras palabras, en medio de esta crisis gravísima de los estados en América Latina, estas agencias _que ya sabemos para quiénes juegan y qué intereses defienden- definen qué se investiga; cómo

se investiga; quién, cuándo y dónde lo hace, y para qué; y sobre todo, cuáles son los resultados aceptables de la investigación.

Un ejemplo de los muchos que podríamos citar para demostrar la distorsión que esto produce es el siguiente: en América Latina, la abrumadora mayoría de los estudios sobre la pobreza utiliza los modelos teóricos desarrollados por el BM, construidos a partir del supuesto de que la pobreza es un fenómeno que debe ser atacado de manera focalizada. A pesar de que cualquier sociólogo presente en esta sala puede demostrar que en países en donde la pobreza afecta al 50, 60, 70 por ciento de la población una estrategia focalizada de combate a la misma constituye un absurdo mayúsculo, este es el único modelo "científicamente correcto". Lo demás es populismo, estatismo, clientelismo, etcétera. Sin embargo, en países como los nuestros la única estrategia razonable para combatir la pobreza es una política de tipo universal, por la sencilla razón de que la pobreza no se encuentra focalizada en unos pocos reductos o sectores sociales, sino que constituye un problema generalizado. El enfoque nada inocente que propone el BM podría ser apto tal vez -no lo sé- en Dinamarca o en Suiza, donde la pobreza afecta a un segmento muy pequeño de sus sociedades, pero no en realidades como las nuestras, en donde aflige a más de la mitad de la población, proporción que en algunos países llega hasta el 80 por ciento. ¿Qué sentido tiene "focalizar" el combate contra la pobreza circunscribiéndolo a un "foco" casi tan grande como el conjunto de la población?

Sin embargo, los modelos teóricos que guían la mayoría de las investigaciones que vemos sobre pobreza (y las políticas sociales que ejecutan los gobiernos "democráticos" de la región) asumen que el enfoque del BM es el correcto y el único que debe implementarse. Por supuesto, se excluye de estas investigaciones auspiciadas por dichas instituciones cualquier reflexión rigurosa acerca de las causas que generan esa pobreza, de por qué el capitalismo latinoamericano se ha convertido en una fábrica impresionante de producir pobres e indigentes, y por qué la desigualdad económica y social se acrecienta aún en aquellos países en donde aparentemente el modelo neoliberal ha producido sus mejores frutos, como en Chile. Lamentablemente estas preguntas son inaceptables: para la práctica convencional de las ciencias sociales, regidas por el modelo de consultoría, tales cuestiones son rápidamente descartadas como "no-científicas" o meramente ideológicas, y no deben ser introducidas en una investigación seria y responsable sobre estos asuntos, sobre todo si se tiene en cuenta que sus resultados habrán de servir de fundamento "científico" para las políticas sociales que adopten los gobiernos.

Todo esto obviamente va configurando el difícil panorama por el cual transita hoy la sociología latinoamericana. Y este panorama se agrava cuando analizamos la verdadera "contrarreforma universitaria" puesta en marcha en América Latina en las décadas de 1980 y 1990. Contrarreforma que ha consistido en limitar la autonomía y los recursos financieros de que disponen las universidades, limitación llevada a cabo de maneras más o menos encubiertas pero en cualquier caso inocultable. Hay una creciente discrepancia entre el proceso de masificación de la enseñanza superior en América Latina -que responde, entre otras causas, al acelerado ingreso de las mujeres a la educación universitaria, las legítimas aspiraciones de ascenso social de diversos grupos y las nuevas necesidades del paradigma productivo prevaleciente en la mal llamada "sociedad de la información"- y la dotación de recursos presupuestarios que los estados han asignado para atender a esa renovada presión sobre las estructuras universitarias. Pero esta contrarreforma también se hace presente en los criterios establecidos en casi

todos nuestros países para evaluar el desempeño del cuerpo de profesores, para, en otro absurdo de la época, intentar medir su "productividad" con el objeto de establecer criterios de remuneración diferencial, habida cuenta de que en muchos países de la región los salarios universitarios han quedado congelados por años. Fieles a las recomendaciones del FMI y el BM, los gobiernos procuraron reducir la remuneración básica a los profesores a un piso mínimo, y a partir de ahí otorgar selectivamente complementos salariales en función de grotescos criterios economicistas de "productividad" académica (que de haberse aplicado a Copérnico, Newton, Darwin, Marx y Freud, probablemente hubieran llevado a su expulsión de los claustros, cubiertos de ignominia).

Estos criterios introdujeron y/o agravaron problemas que tornaron más difícil el desarrollo o el fortalecimiento de cualquier perspectiva crítica en el marco de la sociología latinoamericana. Les pongo un ejemplo que seguramente todos conocen. En sus esfuerzos por establecer una evaluación "objetiva" del desempeño de nuestros profesores, los comités y jurados de los diversos organismos estatales encargados de supervisar la actividad académica otorgan a un artículo publicado en alguna revista académica norteamericana un puntaje muy superior al asignado a un libro publicado en nuestros países. O sea, se recompensa con más generosidad la publicación de un pequeño artículo en el extranjero -fundamentalmente en Estados Unidos, y en menor medida en Europa- que un libro publicado en México, Río de Janeiro o Buenos Aires. ¿Cuál es el argumento? El argumento, revelador de la humillante colonialidad que abrumba a nuestros grupos dirigentes, asume que "allá", en Estados Unidos, se hace una ciencia social de altísima calidad, y que si un trabajo de alguno de nuestros investigadores es aceptado para ser publicado en el Norte, eso quiere decir que es una obra que se encuentra al nivel de excelencia que indiscutiblemente prevalece en aquellas latitudes. Por contraposición, un libro publicado en América Latina es una incógnita, pues su mera publicación en este paraíso de compadrazgos y amiguismos no ofrece ninguna garantía de calidad. No hace falta extenderse demasiado sobre los efectos devastadores que sobre el pensamiento crítico tienen la colonialidad y el racismo implícitos en tales criterios de evaluación¹.

Como consecuencia de todo lo anterior, la agenda de investigación de las ciencias sociales en América Latina, y fundamentalmente de la sociología, no solamente está controlada por las agencias de financiamiento -cada vez más escasas, concentradas, y con un control ideológico muy fuerte- sino también por los comités editoriales de los *journals* norteamericanos y en menor medida europeos, que son quienes dictaminan si un artículo de un latinoamericano es pertinente por su objeto de estudio y correcto en su formulación teórica y metodológica. El problema es que esas revistas publican artículos en función de las necesidades de un público muy especial y además poco estimulante: el que habita el pequeño gueto académico. Este se encuentra dominado por las necesidades de promoción individual de los nuevos profesores, la búsqueda frenética de *jobs* y *tenure tracks*, el establecimiento de una reputación inexpugnable en nuevas sub-áreas y sub-especialidades que garanticen la continuidad laboral en los cada vez más tambaleantes puestos de trabajo, y otras por el estilo, que tienen muy poco que ver con las nuestras y por supuesto, sublimadas y elevadas a un plano su puestamente teórico, se convierten en la línea editorial de las revistas profesionales. Esto no sólo es así en las ciencias sociales sino también en otros campos, inclusive en la Biología. Por ejemplo, en Estados Unidos hay muy poco interés en publicar en cualquiera de las grandes revistas de ciencias médicas artículos sobre el Mal de Chagas _enfermedad que afecta a

millones de personas en América Latina. ¿Por qué? Porque no hay Chagas en Estados Unidos, o por lo menos no lo había hasta hace poco. En los últimos tiempos, con las intensas migraciones procedentes de algunos países en donde el Chagas es una enfermedad endémica, ha surgido un cierto interés en recibir artículos sobre esta dolencia, sobre todo después que se detectó su presencia en el Bronx. Por lo tanto, nuestros investigadores en ciencias biológicas deben ocuparse de asuntos que importan "allá" si es que quieren mejorar sus salarios aquí. Si se quiere publicar "allá", hay que trabajar sobre los temas que interesan a la comunidad académica norteamericana y utilizar las teorías aceptables para el cada vez más estrecho *mainstream* teórico y metodológico dominante. Dado que publicar en Estados Unidos es fundamental para que nuestros profesores mejoren sus puntajes, pues con ello aumentan su retribución salarial (en un contexto de salarios deprimidos y/o congelados), nuestra agenda de investigación y las orientaciones teórico-metodológicas de los investigadores han pasado a estar crecientemente dominadas por los comités editoriales de aquellas revistas que establecen prioridades que poco tienen en común con las nuestras.⁴

Como un ejemplo de las prioridades de prestigiosas revistas académicas norteamericanas y la distorsiones que estas pueden generar entre nuestros investigadores, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que surgen de la lectura de un libro muy interesante escrito por un lúcido intelectual norteamericano, Russell Jacoby, en donde este cita un estudio realizado sobre una de las dos principales revistas de sociología de Estados Unidos, la *American Sociological Review* (ASR). El trabajo tomó en cuenta los artículos publicados entre 1936 y 1982, época marcada por grandes procesos políticos y sociales tanto en lo doméstico como en lo internacional que van desde la Gran Depresión y el *New Deal* hasta el auge del neoconservadorismo, pasando por la segunda guerra mundial, las guerras de Corea y Vietnam, los movimientos por los derechos civiles y de la mujer, varios magnicidios, etcétera. ¿Qué es lo que descubrió ese estudio? Que sólo un 5 por ciento de los artículos se dedicaban a esos temas, mientras que el asunto que concitaba mayor atención y que motivaba la aprobación del comité editorial de la ASR era el proceso por el cual se construían las parejas en todas sus variantes -heterosexuales, homosexuales, transexuales, etc.- en Estados Unidos. El problema que ocupó más espacio en la revista -¡en ese período!- fue el modo en que los norteamericanos construían sus parejas, cómo se citaban, las estrategias de seducción, quiénes eran los que finalmente se unían, qué los atraía y por qué algunas parejas persisten y otras no. Y los investigadores latinoamericanos deben esforzarse por tratar de encontrar un nicho -valga la expresión un poco lúgubre _ para hacer que publicaciones que manifiestan preferencias como estas hagan lugar a nuestros intereses temáticos.⁵

Para consuelo de los sociólogos, en la ciencia política el panorama no es mucho más halagador. Nuevamente, Jacoby señala que en la década de 1960, de un total de 924 artículos de las tres principales revistas de ciencia política norteamericanas, solamente uno -repito, uno sobre 924- abordaba el tema de la pobreza. Tres trataban la crisis urbana, y sólo uno se preocupó por analizar la guerra de Vietnam. Nótese la extraordinaria alienación de este mundillo académico, su total falta de contacto con la realidad, tal que en plena década de 1960 _insisto, cuando se producen la gran conmoción de la guerra de Vietnam, la multiplicación de movimientos por los derechos civiles, la aparición de los *Black Panthers*, las movilizaciones pacifistas y los atentados y asesinatos de John F. Kennedy, su hermano Robert, Fiscal General de Estados Unidos, Martin Luther King y tantos otros- estos temas no aparecen reflejados en la producción

de los ajetreados ocupantes de la torre de cristal académica. Ello revela el enorme hiato que separa las preocupaciones de nuestros escolásticos de la producción de la vida real.⁶ Habría muchos otros ejemplos semejantes que podrían extraerse de la economía, cuya crisis es muchísimo más grave que la de la sociología, pero ya me he extendido demasiado. En todo caso, este recuento sobre la sociología y la ciencia política deja ver los problemas que enfrentan los investigadores que se ven inducidos a tratar de publicar en revistas cuyas prioridades no son las nuestras, sino otras muy diferentes, que tampoco tienen mucho que ver con lo que ocurre en la sociedad norteamericana, y por el contrario, revelan que la academia estadounidense se ha convertido en un gueto dorado, con escasísimos contactos con las gentes comunes, de carne y hueso, de su propio país. El riesgo que corremos en América Latina es el de subordinarnos a una agenda de investigación que nada tiene que ver con nuestra realidad social, y de ese modo recrear en la periferia la construcción de otro gueto academicista que nos aisle por completo de los problemas que afligen a nuestras sociedades.

La necesidad de un pensamiento crítico y radical

Evidentemente, en este contexto -con las señaladas limitaciones de financiamiento, con los constreñimientos en relación a la agenda de investigación, el estilo de trabajo y los modelos teóricos utilizados- hay pocas posibilidades de que pueda prosperar un pensamiento crítico, emancipador, radical como el que América Latina requiere impostergablemente. Un observador que descendiera de Marte podría preguntar: ¿y por qué América Latina requiere un pensamiento radical? Por una cuestión muy simple: porque la situación de América Latina es tan radicalmente injusta, tan absolutamente injusta, y se ha visto tan agravada en los últimos años, que si queremos hacer alguna contribución a la vida social de nuestros países, al bienestar de nuestros pueblos, no tenemos otra alternativa que la de repensar críticamente nuestra sociedad, explorar los "otros mundos posibles" que nos permitirían salir de la crisis, y comunicarlos con un lenguaje llano, sencillo y comprensible a los sujetos reales, hacedores de nuestra historia. Pero claro, es muy difícil alimentar la pasión por el pensamiento crítico a partir de las coordenadas examinadas más arriba.

El pensamiento crítico tiene como punto de partida una especie de juramento hipocrático como el que hacen los médicos, que los compromete a luchar sin cuartel por la vida de sus enfermos. Creo que sería bueno que en las ciencias sociales, en la sociología, tuviéramos también nosotros que someternos a un juramento hipocrático, asumir el compromiso de luchar sin desmayos por el bienestar de nuestras sociedades y la felicidad de nuestros pueblos. Un juramente que debería inspirarse en la definición que Noam Chomsky dio acerca de la misión del intelectual: decir siempre la verdad y denunciar las mentiras.

A mí me parece que esto, decir la verdad y denunciar las mentiras, es muy importante si se recuerda el sugestivo deslizamiento producido en el léxico de las ciencias sociales, que convierte a los sociólogos -a veces involuntariamente y en otros casos no tanto- en cómplices de una situación indefendible por su escandalosa inmoralidad. Por ejemplo, en América Latina, para referirse a los gobiernos que hoy prevalecen en la región ya se ha hecho una costumbre caracterizarlos sin más como "democráticos". Sin embargo, si hiciéramos un pequeño experimento mental, si tuviéramos la posibilidad de volver a traer a este mundo a Aristóteles -que buena falta nos haría- y le dijéramos "a ver maestro, usted que fue el que primero en elaborar la tipología de los regímenes

políticos, díganos, en función de lo que observa en América Latina, ¿cómo clasificaría a nuestros gobiernos?" Afirmo, sin la menor duda, que Aristóteles diría algo así: "son una mezcla extraña, nunca vista en la Grecia clásica, de gobiernos oligárquicos pero con la intrigante particularidad de estar basados en el sufragio universal. No hay aquí metecos, esclavos ni mujeres excluidas del proceso electoral, y es esto lo que les otorga una apariencia democrática. Pero, analizando las cosas con el rigor con que he escrito todas mis obras, bajo ningún concepto podrían estos gobiernos ser considerados como democráticos". Aristóteles se escandalizaría si le replicáramos que la gran mayoría de los científicos sociales así las consideran. Y seguramente diría que estamos muy confundidos, que en realidad se trata de una variedad anómala de gobiernos oligárquicos, y enfatizaría -seguramente ya un tanto enfadado- que "tal cual lo he demostrado en mi *Política* un gobierno democrático es el gobierno de los más en beneficio de los pobres. Es, en otras palabras, un gobierno de mayorías en beneficio de los pobres. El destinatario privilegiado de la política de un gobierno democrático son los sectores desprotegidos y explotados de una sociedad. Y acá lo que ustedes, con una sorprendente laxitud de lenguaje, llaman 'democracias', son regímenes en los que los beneficiarios fundamentales son pequeñas oligarquías que se enriquecen día a día mientras que el pueblo se hunde cada vez más en la miseria".

Preguntémosnos, acicateados por este imaginario análisis de Aristóteles, quiénes han sido los grandes beneficiarios del mal llamado proceso de redemocratización en América Latina en los últimos veinte años. La respuesta es contundente: aquellos que componen una elite que no abarca a más del 10 por ciento superior en la distribución de los ingresos. Les pongo el caso de mi país, Argentina, que se enmarca claramente dentro de la tendencia general. Cuando salíamos de la dictadura, la distancia entre el 10 por ciento más rico y el 10 por ciento más pobre de la sociedad argentina era de 14 a 1, ya de por sí bastante preocupante si la comparamos con la existente en algunos países europeos, 6 a 1, o en Corea, 5 a 1, por ejemplo. Ya veníamos mal. Después de veinte años de consolidación democrática, Aristóteles nos diría: "Si ahora esa distancia es, en la Argentina, de 35 a 1, ¿cómo decir que este aberrante resultado pudo haber sido producido por un régimen democrático? En realidad, esa es la marca distintiva de toda oligarquía". Si vamos a Chile, a Brasil o a México, el fenómeno se reitera con mayor o menor intensidad, pero siempre dentro de esta misma tendencia general. Pese a lo cual son muchos los científicos sociales que difunden la mentira de que estamos en presencia de gobiernos democráticos. En lugar de ser gobiernos del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como quería Abraham Lincoln, lo que tenemos en la región son gobiernos de los mercados, por los mercados y para los mercados. Faltamos así a nuestro juramento hipocrático al abstenernos de someter a una discusión rigurosa los conceptos fundamentales de nuestra disciplina y admitir acriticamente los criterios establecidos por la ideología dominante.

Toda esta lamentable confusión en relación al concepto de democracia también se reitera con otros términos, en gran parte debido a las distorsiones semánticas que el BM y sus expertos han venido introduciendo lentamente en el lenguaje académico. Por ejemplo, esa institución cosechó un éxito notable cuando ya desde la década de 1980 comenzó a considerar a cuestiones tales como la educación y la salud no ya como derechos ciudadanos, sino como bienes y servicios. Como derechos, estas debían ser de adjudicación universal; si se las convierte en bienes y servicios, deben ser adquiridas en el mercado por quienes puedan hacerlo. La influencia del BM en las ciencias sociales ha hecho que todo un conjunto de otrora derechos ciudadanos como la educación, la salud,

la justicia y la seguridad social hayan pasado a ser considerados sin más trámite como bienes y servicios sometidos por completo a la lógica mercantil, abriendo paso a su privatización, cuando en América Latina habían sido garantizados en muchos casos durante más de un siglo. En toda la región la palabra "ciudadano" ha venido cayendo en desuso progresivamente, siendo reemplazada por términos supuestamente más precisos como "cliente" o "consumidor". En este perverso festival de eufemismos, la destrucción del Estado es caracterizada por los publicistas del BM como "reforma del Estado": reformar el Estado es lo que se hace cuando se lo desmantela, se despide a su personal, se liquidan sus agencias y se destruyen sus bases financieras. En nuestra región, este proceso, por el cual hemos acercado el perfil del gasto público de los países de América Latina a los países del África Sub-Sahariana en lugar de aproximarlos al que impera en el mundo desarrollado, es pomposamente celebrado como una exitosa reforma de la institución estatal. Si antes estábamos a mitad de camino entre el África Sub-Sahariana y los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), ahora nos hemos pegado mucho más -¿tal vez por solidaridad tercermundista?- a los primeros, al paso que nos alejamos presurosamente de los segundos, países que adoptan políticas totalmente diferentes a las nuestras, que no creen en el neoliberalismo, el libre mercado o el Consenso de Washington. Eso es retórica para consumo de los nativos; es decir, nosotros.

Muchas otras palabras también se enfrentan a lo que parecería ser un inexorable crepúsculo: "clase", por supuesto, es una palabrota en vías de extinción en el léxico de la sociología, reemplazada con el término mucho más amorfo y amable de "gente", palabrita favorita de gran parte de los dirigentes de la adocenada "centro-izquierda latinoamericana", o en otros casos substituida por el concepto -rodeado de impenetrables halos metafísicos- de "multitud", que tantas esperanzas suscitara en algunas coyunturas críticas recientes de América Latina. También desapareció la palabra "nación". Cuando se habla de nuestros países, los sofisticados científicos sociales del Norte y sus lenguaraces locales prefieren llamarnos "mercados". Nuestros países no son ya más naciones, son mercados. En algunos casos se nos dice incluso con un tono condescendiente que son "mercados emergentes", fomentando la ilusión de que estaríamos en un claro proceso de emerger, no se sabe desde ni hacia dónde, cuando una visión más sobria nos indicaría que nos estamos sumergiendo, y no emergiendo. La noción de "ideología" también ha sido desterrada: se habla en su lugar de "opinión pública", o peor, de "marketing político", palabra que se ha puesto muy de moda recientemente en varios países de América Latina, donde aparentemente ha surgido un gurú, Duda Mendonça, capaz de montar exitosísimas operaciones de marketing político cuyo secreto fundamental es hacer que un líder radical de izquierda abomine de su pasado y de todo cuanto ha creído, se alíe con los poderosos y renazca como un inofensivo patriarca de su pueblo que derrama por doquier amor y buenas ondas y que, por lo tanto, tranquiliza a las clases dominantes al asegurarles que no hará nada que pueda incomodarlas. La palabra "imperialismo" también había desaparecido, reemplazada con otras tales como globalización, "economía global," etcétera. Ahora por suerte la derecha más radical norteamericana ha dicho desafiadamente "sí, somos un país imperialista, ¿y qué? ¿Cuál es el problema?", con lo cual aún los más timoratos practicantes del saber convencional no han tenido otra opción que comenzar a hablar del tema, una vez que Washington habilitó la discusión dotándola de una legitimidad que no tenía en el pasado. Quien antes hablara del imperialismo era considerado un curioso fósil parlante; ahora, gracias a Bush Jr. y los horrores del imperialismo norteamericano, el asunto ha vuelto a ocupar la atención de algunos sociólogos.

Recuperar la herencia del pensamiento crítico latinoamericano

América Latina ha hecho grandes contribuciones al pensamiento universal. Según muchos observadores, la nuestra es, de lejos, una de las regiones de mayor creatividad intelectual, cultural, estética, filosófica, musical del mundo. Y en el terreno de las ciencias sociales y las humanidades no hay punto de comparación entre los aportes hechos por América Latina en el pasado y los que hicieron otras regiones del Tercer Mundo. En parte gracias al trabajo realizado desde CLACSO, he estado un poco más familiarizado con la producción de las ciencias sociales en Asia y en África y les puedo asegurar que nuestra situación en este campo compara muy favorablemente con la que existe en el mundo asiático. Salvo en el caso de la India, falta allí una tradición de reflexión filosófico-social. Ellos han tenido, y tienen, grandes ingenieros y técnicos, y en ese sentido van a la cabeza de una serie de disciplinas; pero desde el punto de vista de la reflexión social la producción no es muy relevante. El caso africano es un poco más matizado. Se parecen un poco más a nosotros por su fuerte conexión con el mundo europeo, pero se encuentran mucho más golpeados por un proceso de devastación imperialista del cual apenas tenemos una pálida noticia. Un solo dato: hay países en África en donde la aplicación de las políticas neoliberales ha llegado tan lejos que los restos del Estado que sobrevivieron a las "reformas" no tienen siquiera condiciones para distribuir, con un mínimo de orden y eficacia, la ayuda alimentaria que les llega para combatir sus periódicas hambrunas. Las formas predominantes de distribución son el tumulto y el saqueo, desencadenados por poblaciones desesperadas por el hambre y por la inoperancia de un aparato estatal carente de las mínimas condiciones para la administración de la cosa pública. Bajo esas condiciones, la posibilidad de desarrollar un pensamiento crítico se torna muy problemática, sobre todo si se tiene en cuenta que la diáspora africana, especialmente de los grupos que accedieron a la educación superior, ha sido mucho más masiva que la latinoamericana.

En consecuencia, América Latina es depositaria de una responsabilidad muy especial en el marco del Tercer Mundo. Nuestros países produjeron en el pasado contribuciones teóricas de enorme significación, más allá de las críticas que hoy pudieran formularseles. Tomemos el caso del desarrollismo. La aportación realizada por economistas como Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, María Conceição Tavares y tantos otros fue original y fecunda, y no deja de ser lamentable el abandono efectuado por la propia CEPAL de esta vigorosa tradición intelectual. Esta institución, que en la década de 1950 se había convertido en uno de los principales baluartes de una reinterpretación crítica de las teorías económicas procedentes de Estados Unidos y Europa, ahora se conforma con jugar el papel de simple divulgadora de las banalidades conservadoras de la ciencia económica oficial y el Consenso de Washington.

Pero los aportes latinoamericanos no se limitan al campo de la economía. En el terreno de la filosofía este continente ha dado a luz a la Teología de la Liberación, tan combatida por la derecha internacional, y entre otros por el actual pontífice de la Iglesia católica. La Teología de la Liberación es considerada, en las principales universidades del mundo desarrollado, como una de las aportaciones más importantes a los debates filosóficos de la segunda mitad del siglo XX. Conviene preguntarse si la tomamos igualmente en cuenta en nuestras escuelas de sociología. América Latina revoluciona el pensamiento educacional con la obra de Paulo Freire, un hombre de este continente, con la pedagogía del oprimido. Y le cabe a Milton Santos, gran geógrafo brasileño, el mérito

de haber replanteado radicalmente la visión predominante sobre la geografía en el terreno internacional. América Latina produjo también el resurgimiento de la discusión sobre la problemática del Estado que los eruditos politólogos norteamericanos de la mano de David Easton habían desterrado de la academia a mediados de la década de 1950. Lo mismo cabe decir del papel que nuestros intelectuales críticos desempeñaron en reflotar la discusión sobre el imperialismo y la dependencia, acallada ante el auge de las teorías de la modernización y el pensamiento económico ortodoxo. Los integrantes de dos Grupos de Trabajo de CLACSO, el de "Estudios del Estado" y el de "Dependencia", creados en la segunda mitad de la década de 1960, fueron protagonistas principales de la renovación teórica experimentada en estos campos.

En consecuencia, no debemos ahorrar esfuerzo alguno en nuestro empeño por recuperar una tradición de pensamiento tan crítica como la que América Latina alumbró en la segunda mitad del siglo veinte, y que tiene ilustres antecedentes cuya sola enumeración insumiría el resto de mi conferencia. Pensemos simplemente en la importancia de los aportes de José Martí, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre _en su mejor período y no en el de su posterior capitulación, José Vasconcelos, José Enrique Rodó, Aníbal Ponce. Insisto, entre otros notables. Sería imperdonable condenar esa rica tradición al olvido y marearnos con eso que tan acertadamente condenaba Platón hace dos mil quinientos años: el "afán de novedades", enemigo mortal del conocimiento verdadero. No se trata pues tan sólo de volver al pasado y releer los viejos textos como si fueran piezas de un museo arqueológico. Se trata de recuperar sus trascendentales interrogantes más que sus comprobaciones puntuales, y proyectar todo este aparato teórico como fuente de inspiración para una renovada interpretación del presente y contribuir a la creación de nuevas síntesis teóricas.

Nosotros tenemos, además, una responsabilidad adicional ante los pueblos del Tercer Mundo. Al ser el patio trasero de Estados Unidos, el área geográfica contigua de la nueva Roma americana, nos encontramos ante una situación paradójica. Por una parte, esta posición nos convierte en víctimas inmediatas de sus insaciables apetitos imperialistas. Pero por la otra, esta inserción nos permite disponer de un horizonte de visibilidad que nos habilita a pensar, estudiar e interpretar la realidad del imperialismo desde una perspectiva mucho más rica que la que podríamos construir desde África o Asia, o mismo desde Europa. Como producto de nuestra propia sujeción casi sin mediaciones al dominio imperial, como el lugar donde este se confronta de manera más recia e inmediata con sus adversarios, estamos en condiciones de analizar este fenómeno en mejores circunstancias que en cualquier otra parte del mundo, donde los influjos del imperialismo aparecen más mediatizados y entremezclados. Así como Marx en su momento se instaló en Inglaterra, corazón del capitalismo industrial de su época, porque era ese el lugar en donde las contradicciones propias de ese modo de producción se desenvolvían y se percibían con mayor claridad, uno podría decir que es en América Latina donde las contradicciones del sistema imperialista mundial se observan con mayor nitidez y claridad. Y por lo tanto es nuestra obligación, a partir de esa posibilidad, elaborar esquemas de interpretación que puedan ser de utilidad en las luchas emancipatorias de otros pueblos. No sólo para conocer mejor al imperialismo sino, principalmente, para derrotarlo cuanto antes.

La academia y el pensamiento crítico

Quisiera concluir con una pregunta, muy apropiada en una reunión de este tipo. ¿Será posible concretar este proyecto de renovación del pensamiento crítico en el seno de la academia? Mi opinión, la opinión de un hombre formado desde muy joven en el mundo académico, es que no. Que la academia _es decir, las universidades y los centros de investigación regidos por el código de la academia- ha sufrido un proceso involutivo que la ha tornado sumamente refractaria a todo pensamiento crítico, a toda heterodoxia, y que sólo le permite asimilar y aceptar a quienes, con razón y mucha ironía, Alfonso Sastre denomina "intelectuales bienpensantes"². Es decir, gentes a las que jamás se les pasaría por la cabeza tener el atrevimiento de desafiar los saberes establecidos y los poderes que sobre ellos se levantan. El mundo de la academia -y las universidades son sus principales bastiones- es un mundo de "disciplinas" rígida y artificialmente separadas; de carreras que ofrecen conocimientos fragmentados y, por lo tanto, inútiles; de interminables evaluaciones de informes y proyectos a cargo de "pares" que valoran la tarea de sus colegas en función de estrechísimos criterios disciplinarios y burocráticos, y en no pocos casos esgrimiendo el instrumental del análisis de "costo-beneficio" como si este fuera un método adecuado para apreciar la fecundidad de un pensamiento. La academia se ha convertido en un gueto separado del resto de la vida social, en un mundo que no acepta como válido sino el estilo de trabajo y los contenidos que derivan del paradigma teórico-metodológico dominante, no por casualidad desarrollado en el centro del imperio y cuya crisis es más que evidente por doquier. La academia rechaza, por lo tanto, al intelectual, es decir, a quien traspassa con su pensamiento universal las absurdas y caprichosas fronteras disciplinarias que separan la sociología, la ciencia política, la antropología, la economía y la historia, como si en la vida real de los pueblos y las naciones la sociedad, la política, la cultura, la economía y la historia fuesen "cosas" separadas o compartimientos estancos que pudieran ser inteligibles en su espléndido aislamiento. Desoyen, de este modo, el consejo de Gramsci cuando advertía sobre los riesgos de hipostasiar lo que no son, ni pueden ser, otra cosa que distinciones meramente metodológicas. ¿Qué más artificial y artificioso que la separación en "departamentos" disciplinarios que terminan por des-educar a nuestros estudiantes, convirtiéndolos en nuevos bárbaros del conocimiento?

A pesar de las apariencias, existen grandes diferencias entre un académico y un intelectual. Este rechaza por completo la validez de las fronteras disciplinarias, inclusive de la "multidisciplinariedad" porque cree, por el contrario, en la "unidisciplinariedad", es decir, en un saber integral y unificado que es lo único que permite reproducir, en el plano del pensamiento, la totalidad compleja y siempre cambiante de la vida social. A diferencia del académico, cuya obra se dirige casi exclusivamente a sus colegas y estudiantes y ocasionalmente a alguna agencia gubernamental, el público al cual se dirige el intelectual trasciende esas fronteras, y es la sociedad en su conjunto. No escribe, como aquel, apelando al lenguaje barroco, oscurantista y lleno de tecnicismos propio de los iniciados -y muy a menudo repleto de innecesarias formulaciones matemáticas- que hace que sus textos sólo sean comprensibles para quienes cohabitan con él, o con ella, en el gueto académico. El intelectual, por el contrario, trata de comunicarse con los hombres y mujeres de su tiempo, para lo cual renuncia a la pedantería academicista y expresa sus ideas con lenguaje llano e inteligible, lo que de ninguna manera conspira contra la rigurosidad de su pensamiento. Si bien se interesa por las ideas, su interés está puesto en la relación entre estas y el orden social vigente, y entre las ideas y los proyectos que dialécticamente lo cuestionan y pretenden superarlo. El intelectual sabe que su misión más importante es la de ser la conciencia crítica de su tiempo; el papel del académico, en cambio, es respetar celosamente las fronteras

disciplinarias, publicar en las revistas especializadas de la profesión -por supuesto que bendecidas por el fetichismo de referato de sus pares- y reproducir el primado del paradigma teórico-metodológico convencional. Jean-Paul Sartre fue un intelectual; Gilles Deleuze un distinguido académico. Noam Chomsky es un intelectual; Samuel Huntington, un académico. Intelectuales son, además de Chomsky -a quien con total justicia Roberto Fernández Retamar considera "el Las Casas del siglo XX"- el propio Fernández Retamar, Pablo González Casanova, Boaventura de Sousa Santos, Eduardo Galeano, Alfonso Sastre, Arundhati Roy, Tariq Alí, Rossana Rossanda, Gore Vidal, a los que habría que agregar a la recientemente desaparecida Susan Sontag. Alguno de ellos fueron o son profesores universitarios; lo que no los convierte en adocenados académicos es que ninguno aceptó permanecer encerrado en sus claustros.

Esta reflexión nos obliga a introducir un par de clarificaciones. En primer lugar, que sería un grave error suponer que indefectiblemente los intelectuales se identifican con el pensamiento crítico y los proyectos emancipatorios. Octavio Paz, por ejemplo, fue uno de los más grandes intelectuales latinoamericanos. De posturas críticas, a veces lindantes con el anarquismo en su juventud, fue lentamente involucionando en una dirección que con el correr del tiempo habría de desembocar en una escandalosa adhesión "desde afuera" al PRI y la "dictadura perfecta" que (al decir de su amigo Mario Vargas Llosa) aquel encarnaba precisamente cuando arrojaba por la borda lo poco que le quedaba como herencia de la fallecida Revolución mexicana y se convertía en el agente de la restructuración neoliberal de México. Proceso que, debiera recordarse, pese a su signo reaccionario y a constituir un verdadero festival de corrupción y de desembozada subordinación a la dominación norteamericana, pudo contar con la invaluable colaboración de Paz como su principal "intelectual orgánico", propagandista y articulador de amplios consensos internacionales. En esta labor, el celo desenfrenado puesto poco después de la implosión de la Unión Soviética en reunir en México a los sedicentes "campeones de la libertad" que de todo el mundo acudieron para celebrar el acontecimiento y, de paso, dotar de legitimidad a un gobierno como el de Salinas de Gortari que había robado escandalosamente las elecciones al candidato del PRD, Cuahutemoc Cárdenas, deshonra irreparablemente los últimos años de Paz. Ejemplo similar, aunque de menor gravitación, ofrece en nuestros días Mario Vargas Llosa, otro notable escritor y destacado intelectual que tras un primer coqueteo con la izquierda y la Revolución cubana se pasó rápida e inescrupulosamente -y sin las sutilezas intelectuales y las iniciales ambigüedades políticas de Paz- a las filas de la reacción y el imperialismo. Como muchos de los de su bando (en esto Paz era un poco más cuidadoso), Vargas Llosa, y en general los "perfectos idiotas colonizados", son estentóreos y pródigos a la hora de pontificar sobre la libertad y la democracia y de combatir con encendida verbosidad las ideas, partidos y gobiernos de izquierda. Sin embargo, caen en un mutismo catatónico -que no engaña sino a unos pocos ingenuos- a la hora de juzgar los crímenes de sus patronos. El referéndum revocatorio ganado por Chávez en el 2004, bajo el atento escrutinio de la OEA y la Fundación Carter, es un repugnante ejemplo de populismo autoritario; el descarado robo de las elecciones presidenciales por George W. Bush Jr. en el 2000 una brillante muestra de la vitalidad de la democracia norteamericana. Por consiguiente, no sólo los espíritus críticos pueden asumir el papel de intelectuales.

En segundo lugar, es preciso asimismo tener en cuenta que, para cumplir con esta función gramsciana de proveer una "dirección intelectual y moral" que reverbere por el conjunto de la sociedad, es imprescindible que los intelectuales, de uno u otro signo, lo

sean de verdad. Es decir, personas que deben poseer un notable manejo del amplio y complejo conjunto de problemas que caracterizan a las sociedades contemporáneas; ser rigurosos y profundos en sus razonamientos, mismos que deben estar cuidadosamente argumentados y mejor aún probados; y por último, sobrios y sencillos a la hora de exponerlos a la consideración del gran público. Recordemos que ellos no escriben para sus colegas y estudiantes de la academia, sino para una audiencia mucho más amplia. Conserva su vigencia, en cierto sentido, la clásica distinción de los griegos entre *doxa* y *episteme*, entre sofistería y saber verdadero, entre los sofistas y los filósofos. Estos criterios excluyen, por consiguiente, a una sub-especie que a veces se confunde con el intelectual y que, a falta de mejor nombre, podríamos denominar el "charlatán" o, siguiendo a Max Weber, el "diletante". Hay muchos ejemplos a derecha e izquierda de esta categoría. Vargas Llosa, por ejemplo, no duda en atribuirle esa condición a Jean Baudrillard, y esa sería una de las poquísimas cosas en las que estaría de acuerdo con el autor de *Conversación en la Catedral*. Por mi parte pienso que uno de los más excelsos ejemplos de charlatanería de nuestro tiempo, erigido por la industria cultural de la burguesía y sus medios de "confusión" de masas al rango de gran filósofo de la época, es Fernando Savater.⁸

Retomemos ahora nuestra pregunta. Dadas estas condiciones, ¿se puede recuperar el pensamiento crítico en el enrarecido ámbito de la academia? No, y la razón es bien simple: su estructura y su lógica de funcionamiento la llevan a abjurar no sólo de la célebre Tesis XI de Marx que nos convocaba a transformar al mundo sino que, con su fanática adhesión al conocimiento fragmentado y su intransigente defensa de los estrechos campos disciplinarios, también ha renunciado a toda pretensión de interpretar al mundo correctamente. En suma: no quiere cambiar al mundo ni puede explicarlo adecuadamente.

Para que el pensamiento crítico pueda hacer pie en la academia, primero habrá que revolucionar a las universidades. Las universidades en América Latina no necesitan una nueva reforma que actualice el programa de Córdoba de 1918 y cancele la contrarreforma que tuvo lugar a finales del siglo XX: necesitan una revolución. Esto lo han venido planteando hace tiempo Darcy Ribeiro, Pablo González Casanova y Boaventura de Sousa Santos, denunciando la estructura absolutamente anacrónica y muchas veces reaccionaria de las casas de altos estudios. Se trata de instituciones surgidas al promediar el medioevo europeo y que a lo largo de los siglos han demostrado una pertinaz incapacidad para asimilar el pensamiento crítico de su tiempo.⁹ Las persecuciones de los heterodoxos, de quienes pensaban diferente, son parte integral de la historia de las universidades. Desde Tomás de Aquino, Giordano Bruno, Copérnico, Galileo, hasta Hobbes, cuyos libros fueron quemados en el atrio de la Universidad de Oxford, el itinerario está sembrado de grandes pensadores críticos que fueron arrojados o expulsados de, o que jamás pudieron poner un pie en una universidad, como Nietzsche, Engels o Marx. Este carácter conservador de la universidad, observa de Sousa Santos, ha sido igual o superior al de las Fuerzas Armadas o la propia Iglesia. Entonces estamos ante un problema: ¿puede una estructura de ese tipo favorecer el resurgimiento del pensamiento crítico? Para no inducir a un excesivo pesimismo conviene recordar que si del seno de la Iglesia católica pudo brotar la Teología de la Liberación, todavía podemos abrigar algunas esperanzas.

Es necesario, por lo tanto, abrir de par en par las ventanas del mundo académico, depurando su enrarecida y estéril atmósfera, y vincular estrechamente nuestra agenda de

trabajo intelectual con las prácticas emancipatorias de las fuerzas sociales que luchan por construir un orden social más justo en nuestros países. Se trata de un compromiso ineludible e impostergable. Al haber sido formado en la tradición sociológica más ortodoxa, me enseñaron, como supongo habrán hecho lo propio con ustedes, que la neutralidad valorativa era un requisito indispensable para desempeñar con idoneidad el oficio del sociólogo. Pocas veces, si alguna, se nos enseñó que el primer trasgresor de esa imposible e indeseable norma fue el propio Max Weber, cuya obra teórica y cuya práctica política constituyen un rotundo mentís a tal pretensión de neutralidad. Repensando el confuso legado weberiano y su pernicioso efecto sobre las jóvenes generaciones de sociólogos vino a mi memoria un luminoso pasaje del Dante en *La divina comedia* cuando decía que "el círculo más ardiente del infierno lo reservó Dios para quienes en época de crisis moral optaron por la neutralidad". Los sociólogos latinoamericanos deberíamos tratar de evitar terminar nuestros días ardiendo, merecidamente, en esas innobles llamas por haber elegido ser neutrales en un mundo como este.

Notas

*Conferencia magistral pronunciada en el XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Porto Alegre, Brasil, 22 al 26 de agosto de 2005.

**Sociólogo, Secretario general del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

1. Wallerstein, Immanuel, *Open The Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford, California, Stanford University, 1996.

2. Una discusión más detallada sobre el Informe *Gulbenkian*, sus méritos y sus problemas se encuentra en el epílogo de mi libro *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

3. El término "epistemicidio" ha sido instituido por Boaventura de Sousa Santos en sus diversas obras para referirse a la aniquilación de saberes no convencionales promovidos en nombre del progreso y la "civilización." Sobre la colonialidad del conocimiento ver Edgardo Lander, compilador, *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000.

4. Una interesante discusión sobre el referato en las revistas de ciencias sociales puede encontrarse en un *dossier* especial de la revista *Sociedad*, publicada por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires: Primavera 2003) N° 22, pp. 253-276.

5. Russel Jacoby, *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*, New York, Basic Books, 2000, p. 158.

6. Jacoby, *op. cit.*, pp. 156-157.

7. Cf. Alfonso Sastre, *La batalla de los intelectuales o Nuevo discurso de las armas y las letras*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

8. Cf. Mario Vargas Llosa, *El lenguaje de la pasión* (Buenos Aires: Aguilar, 2001), pp. 193-197.

9. Cf. Boaventura de Sousa Santos, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, Buenos Aires, LPP/Miño y Dávila Editores, 2005) y del mismo autor *Pela mão de Alice. O social e o político na pos-modernidade*, Editora Cortez, São Paulo, 2001, y Pablo González Casanova, *La*

universidad necesaria en el siglo XXI, México, Ediciones ERA, 2001, donde se plantea una estupenda crítica a la universidad tradicional y a las ideas de las instituciones financieras internacionales sobre la misma _especialmente acerca de la noción de servir al mercado- así como una renovadora propuesta para repensar el papel y el lugar de la universidad en una sociedad más justa.

10.Sobre este tema, crucial de nuestra cultura, existe una obra imprescindible que invitamos a consultar: Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 2004.

TEORIA

EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE*

Carlos Marx **

Capítulo I

Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Dantón, Luis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795, el sobrino por el tío. ¡Y a la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del Dieciocho Brumario!

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su exilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República romana y del Imperio romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de 1793 a 1795. Es como el principiante que ha aprendido un idioma nuevo: lo traduce siempre a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lenguaje natal.

Si examinamos esas conjuraciones de los muertos en la historia universal, observaremos en seguida una diferencia que salta a la vista. Camilo Desmoulins, Dantón, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, los héroes, lo mismo que los partidos y la masa de la antigua revolución francesa, cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de las cadenas e instaurar la sociedad *burguesa* moderna. Los unos hicieron añicos las instituciones feudales y segaron las cabezas feudales que habían brotado en él. El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre concurrencia, explotarse la propiedad territorial parcelada, aplicarse las fuerzas productivas industriales de la nación, que habían sido liberadas; y del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en el continente europeo de un ambiente adecuado, acomodado

a los tiempos. Una vez instaurada la nueva formación social, desaparecieron los colosos antediluvianos, y con ellos el romanismo resucitado: los Brutos, los Gracos, los Publícolas, los tribunos, los senadores y hasta el mismo César. Con su sobrio practicismo, la sociedad burguesa se había creado sus verdaderos intérpretes y portavoces en los Say, los Cousin, los Royer-Collard, los Benjamín Constant y los

Guizot; sus verdaderos caudillos estaban en las oficinas comerciales, y la cabeza atocinada de Luis XVIII era su cabeza política. Completamente absorbida pro la producción de la riqueza y por la lucha pacífica de la concurrencia, ya no se daba cuenta de que los espectros del tiempo de los romanos habían velado su cuna. Pero, por muy poco heroica que la sociedad burguesa sea, para traerla al mundo habían sido necesarios, sin embargo, el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas de los pueblos. Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica. Así, en otra fase de desarrollo, un siglo antes, Cromwell y el pueblo inglés habían ido a buscar en el Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc.

En esas revoluciones, la resurrección de los muertos servía, pues, para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro.

En 1848-1851, no hizo más que dar vueltas el espectro de la antigua revolución, desde Marrast, le *républicain en gants jaunes*, que se disfrazó de viejo Bailly, hasta el aventurero que esconde sus vulgares y repugnantes rasgos bajo la férrea mascarilla de muerte de Napoleón. Todo un pueblo que creía haberse dado un impulso acelerado por medio de una revolución, se encuentra de pronto retrotraído a una época fenecida, y para que no pueda haber engaño sobre la recaída, hacen

aparecer las viejas fechas, el viejo calendario, los viejos nombres, los viejos edictos (entregados ya, desde hace largo tiempo, a la erudición de los anticuarios) y los viejos esbirros, que parecían haberse podrido desde hace mucho tiempo. La nación se parece a aquel inglés loco de Bedlam que creía vivir en tiempo de los viejos faraones y se lamentaba diariamente de las duras faenas que tenía que ejecutar como cavador de oro en las minas de Etiopía, emparedado en aquella cárcel subterránea, con una lámpara de luz mortecina sujeta en la cabeza, detrás el guardián de los esclavos con su largo látigo y en las salidas una turbamulta de mercenarios bárbaros, incapaces de comprender a los forzados ni de entenderse entre sí porque no hablaban el mismo idioma. "¡Y todo esto -suspira el loco- me lo han impuesto a mí, a un ciudadano inglés libre, para sacar oro para los antiguos faraones!" "¡Para pagar las deudas de la familia Bonaparte!", suspira la nación francesa. El inglés, mientras estaba en uso de su razón, no podía sobreponerse a la idea fija de obtener oro. Los franceses, mientras estaban en revolución, no podían sobreponerse al recuerdo napoleónico, como demostraron las elecciones del 10 de diciembre. Ante los peligros de la revolución se sintieron atraídos por el recuerdo de las ollas de Egipto, y la respuesta fue el 2 de diciembre de 1851. No sólo obtuvieron la caricatura del viejo Napoleón, sino al propio viejo Napoleón en caricatura, tal como necesariamente tiene que aparecer a mediados del siglo XIX.

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La

revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desborda la frase.

La revolución de febrero cogió desprevenida, *sorprendió* a la vieja sociedad, y el pueblo proclamó este *golpe de mano* inesperado como una hazaña de la historia universal con la que se abría la nueva época. El 2 de diciembre, la revolución de febrero es escamoteada por la voltereta de un jugador tramposo, y lo que parece derribado no es ya la monarquía, sino las concesiones liberales que le habían sido arrancadas por seculares luchas. Lejos de ser la sociedad misma la que se conquista un nuevo contenido, parece como si simplemente el Estado volviese a su forma más antigua, a la dominación desvergonzadamente simple del sable y la sotana. Así contesta al *coup de main* de febrero de 1848 el *coup de tête* de diciembre de 1851. Por donde se vino, se fue. Sin embargo, el intervalo no ha pasado en vano. Durante los años de 1848 a 1851, la sociedad francesa asimiló, y lo hizo mediante un método abreviado, por ser revolucionario, las enseñanzas y las experiencias que en un desarrollo normal, lección tras lección, por decirlo así, habrían debido preceder a la revolución de febrero, para que ésta hubiese sido algo más que un estremecimiento en la superficie. Hoy, la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida; en realidad, lo que ocurre es que tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario, la situación, las relaciones, las condiciones, sin las cuales no adquiere un carácter serio la revolución moderna.

Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!

¡Aquí está la rosa, baila aquí!

Por lo demás, cualquier observador mediano, aunque no hubiese seguido paso a paso la marcha de los acontecimientos en Francia, tenía que presentir que esperaba a la revolución una inaudita vergüenza. Bastaba con escuchar los engreídos ladridos de triunfo con que los señores demócratas se felicitan mutuamente por los efectos milagrosos que esperaban del segundo domingo de mayo de 1852. El segundo domingo de mayo de 1852 habíase convertido en sus cabezas en una idea fija, en un dogma, como en las cabezas de los quiliastas el día en que había de reaparecer Cristo y comenzar el reino milenar. La debilidad había ido a refugiarse, como siempre, en la fe en el milagro: creía vencer al enemigo con sólo descartarlo mágicamente con la fantasía,

y perdía toda la comprensión del presente ante la glorificación pasiva del futuro que les esperaba y de las hazañas que guardaba in petto, pero que aún no consideraba oportuno revelar. Esos héroes que se esforzaban en refutar su probada incapacidad prestándose mutua compasión y reuniéndose en un tropel, habían atado su hatillo, se embolsaron sus coronas de laurel a crédito y se disponían precisamente a descontar en el mercado de letras de cambio las repúblicas in partibus para las que, en el secreto de su ánimo poco exigente, tenían ya previsoramente preparado el personal de gobierno. El 2 de diciembre cayó sobre ellos como un rayo en cielo sereno, y los pueblos, que en épocas de malhumor pusilánime gustaban de dejar que los voceadores más chillones ahoguen su miedo interior, se habrán convencido quizá de que han pasado ya los tiempos en que el graznido de los gansos podía salvar el Capitolio.

La Constitución, la Asamblea Nacional, los partidos dinásticos, los republicanos azules y los rojos, los héroes de África, el trueno de la tribuna, el relampagueo de la prensa diaria, toda la literatura, los nombres políticos y los renombres intelectuales, la ley civil y el derecho penal, la libérté, égalité, fraternité y el segundo domingo de mayo de 1852, todo ha desaparecido como una fantasmagoría al conjuro de un hombre al que ni sus mismos enemigos reconocen como brujo. El sufragio universal sólo pareció sobrevivir un instante para hacer su testamento de puño y letra a los ojos del mundo en tero y poder declarar, en nombre del propio pueblo: "Todo lo que existe merece perecer".

No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fue sorprendida. Ni a la nación ni a la mujer se les perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones no se aclara el enigma; no se hace más que presentarlo de otro modo. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir al cautiverio, sin resistencia, a una nación de 36 millones de almas.

Recapitulemos, en sus rasgos generales, las fases recorridas por la revolución francesa desde el 24 de febrero de 1848 hasta el mes de diciembre de 1851.

Hay tres períodos capitales que son inconfundibles: *el período de febrero*; del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849, *período de constitución de la república* o de *la Asamblea Nacional Constituyente*; del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, *período de la república constitucional* o de *la Asamblea Nacional Legislativa*.

El *primer período*, desde el 24 de febrero, o desde la caída de Luis Felipe, hasta el 4 de mayo de 1848, fecha en que se reúne la Asamblea Constituyente, el *período de febrero*, propiamente dicho, puede calificarse como de *prólogo* de la revolución. Su carácter se revela oficialmente en el hecho de que el Gobierno por él improvisado se declarase a sí mismo *provisional*, y, como el Gobierno, todo lo que este período sugirió, intentó o proclamó, se presentaba también como algo puramente *provisional*. Nada ni nadie se atrevía a reclamar para sí el derecho a existir y a obrar de un modo real. Todos los elementos que habían preparado o determinado la revolución, la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía democrático-republicana y los obreros socialdemócratas encontraron su puesto provisional en el *Gobierno* de febrero.

No podía ser de otro modo. Las jornadas de febrero proponíanse primitivamente como objetivo una reforma electoral, que había de ensanchar el círculo de los privilegiados políticos dentro de la misma clase poseedora y derribar la dominación exclusiva de la

aristocracia financiera. Pero cuando estalló el conflicto real y verdadero, el pueblo subió a las barricadas, la Guardia Nacional se mantuvo en actitud pasiva, el ejército no opuso una resistencia seria y la monarquía huyó, la república pareció la evidencia por sí misma. Cada partido interpretaba a su manera. Arrancada por el proletariado con las armas en la mano, éste le imprimió su sello y la proclamó *república social*. Con esto se indicaba el contenido general de la moderna revolución, el cual se hallaba en la contradicción más peregrina con todo lo que por el momento podía ponerse en práctica directamente, con el material disponible, el grado de desarrollo alcanzado por la masa y bajo las circunstancias y relaciones dadas. De otra parte, las pretensiones de todos los demás elementos que habían cooperado a la revolución de febrero fueron reconocidas en la parte leonina que obtuvieron en el Gobierno. Por eso, en ningún período nos encontramos con una mezcla más abigarrada de frases altisonantes e inseguridad y desamparo efectivos, de aspiraciones más entusiastas de innovación y de imperio más firme de la vieja rutina, de más aparente armonía de toda la sociedad y más profunda discordancia entre sus elementos. Mientras el proletariado de París se deleitaba todavía en la visión de la gran perspectiva que se había abierto ante él y se entregaba con toda seriedad a discusiones sobre los problemas sociales, las viejas fuerzas de la sociedad se habían agrupado, reunido, vuelto en sí y encontrado un apoyo inesperado en la masa de la nación, en los campesinos y los pequeños burgueses, que se precipitaron todos de golpe a la escena política, después de caer las barreras de la monarquía de Julio.

El *segundo período*, desde el 4 de mayo de 1848 hasta fines de mayo de 1849, es el *período de la constitución, de la fundación de la república burguesa*. Inmediatamente después de las jornadas de febrero no sólo se vio sorprendida la oposición dinástica por los republicanos, y éstos por los socialistas, sino toda Francia por París. La Asamblea Nacional, que se reunió el 4 de mayo de 1848, salida de las elecciones nacionales, representaba a la nación. Era una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y había de reducir al rasero burgués los resultados de la revolución. En vano el proletariado de París, que comprendió inmediatamente el carácter de esta Asamblea Nacional, intentó el 15 de mayo, pocos días después de reunirse ésta, destacar por fuerza su existencia, disolverla, descomponer de nuevo en sus distintas partes integrantes la forma orgánica con que le amenazaba el espíritu reaccionante de la nación. Como es sabido, el único resultado del 15 de mayo fue alejar de la escena pública durante todo el ciclo que examinamos a Blanqui y sus camaradas, es decir, a los verdaderos jefes del partido proletario.

A la *monarquía burguesa* de Luis Felipe sólo puede suceder *la república burguesa*; es decir que si en nombre del rey, había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo. Las reivindicaciones del proletariado de París son paparruchas utópicas, con las que hay que acabar. El proletariado de París contestó a esta declaración de la Asamblea Nacional Constituyente con *la insurrección de junio*, el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas. Venció la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpemproletariado organizado como Guardia Móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo. Más de 3.000 insurrectos fueron pasados a cuchillo después de la victoria y 15.000 deportados sin juicio. Con esta derrota, el proletariado pasa al *fondo* de la escena revolucionaria. Tan pronto como el movimiento parece adquirir nuevos bríos, intenta una vez y otra pasar nuevamente a primer plano, pero con un gasto cada vez más débil

de fuerzas y con resultados cada vez más insignificantes. Tan pronto como una de las capas sociales superiores a él experimenta cierta efervescencia revolucionaria, el proletariado se enlaza a ella y así va compartiendo todas las derrotas que sufren unos tras otros los diversos partidos. Pero estos golpes sucesivos se atenúan cada vez más cuanto más se reparten por toda la superficie de la sociedad. Sus jefes más importantes en la Asamblea Nacional y en la prensa van cayendo unos tras otros, víctimas de los tribunales, y se ponen al frente de él figuras cada vez más equívocas. En parte, se entrega a *experimentos doctrinarios, Bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intenta, por el contrario, conseguir su redención a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y por tanto, forzosamente fracasa*. Parece que no puede descubrir nuevamente en sí mismo la grandeza revolucionaria, ni sacar nuevas energías de los nuevos vínculos que se han creado, mientras *todas las clases* con las que ha luchado en junio, no estén tendidas, a todos lo largo a su lado mismo. Pero, por lo menos, sucumbe con los honores de una gran lucha de alcance histórico-universal; no sólo Francia, sino toda Europa tiembla ante el terremoto de junio, mientras que las sucesivas derrotas de las clases más altas se consiguen a tan poca costa, que sólo la insolente exageración del partido vencedor puede hacerlas pasar por acontecimientos, y son tanto más ignominiosas cuanto más lejos queda del proletariado el partido que sucumbe.

Ciertamente, la derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno en que podía cimentarse y erigirse la república burguesa; pero, al mismo tiempo, había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de "república o monarquía". Había revelado que aquí *república burguesa* equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras. Había demostrado que en países de vieja civilización, con una formación de clases desarrollada, con condiciones modernas y de producción y con una conciencia intelectual, en la que todas las ideas tradicionales se hallan disueltas por un trabajo secular, la *república no significa en general más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa* y no su forma *conservadora de vida*, como, por ejemplo, en Estados Unidos de América, donde si bien existen ya clases, éstas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo; donde los medios modernos de producción, en vez de coincidir con una superpoblación crónica, suplen más bien la escasez relativa de cabezas y brazos, y donde, por último, el movimiento febrilmente juvenil de la producción material, que tiene un mundo nuevo que apropiarse, no ha dejado tiempo ni ocasión para eliminar el viejo mundo fantasmal.

Durante las jornadas de junio, todas las clases y todos los partidos se habían unido en un *partido del orden* frente a la clase proletaria, como *partido de la anarquía*, del socialismo, del comunismo. Habían "salvado" a la sociedad de "*los enemigos de la sociedad*". Habían dado a su ejército como santo y seña los tópicos de la vieja sociedad: "*Propiedad, familia, religión y orden*", y gritado a la cruzada contrarrevolucionaria: "¡Bajo este signo vencerás!" Desde este instante, tan pronto como uno cualquiera de los numerosos partidos que se habían agrupado bajo aquel signo contra los insurrectos de junio, intenta situarse en el palenque revolucionario en su propio interés de clase, sucumbe al grito de "¡Propiedad, familia, religión y orden!" La sociedad es salvada cuantas veces se va restringiendo el círculo de sus dominadores y un interés más exclusivo se impone al más amplio. Toda reivindicación, aun de la más elemental

reforma financiera burguesa, del liberalismo más vulgar, del más formal republicanism, de la más trivial democracia, es castigada en el acto como un "atentado contra la sociedad" y estigmatizada como "socialismo". Hasta que, por último, los pontífices de "la religión y el orden" se ven arrojados ellos mismos a puntapiés de sus sillas píticas, sacados de la cama en medio de la noche y de la niebla, empaquetados en coches celulares, metidos en la cárcel o enviados al destierro; de su templo no queda piedra sobre piedra, sus bocas son selladas, sus plumas rotas, su ley desgarrada, en nombre de la religión, de la propiedad, de la familia y del orden. Burgueses fanáticos del orden son tiroteados en sus balcones por la soldadesca embriagada, la santidad del hogar es profanada y sus casas son bombardeadas como pasatiempo, y en nombre de la propiedad, de la familia, de la religión y del orden. La hez de la sociedad burguesa forma por fin la *sagrada falange del orden*, y el héroe Krapülinski se instala en las Tullerías como "*salvador de la sociedad*".

Notas

*Escrito en diciembre de 1851 - marzo de 1852. Primera edición: Revista *Die Revolution*, Nueva York, EEUU, 1852, con el título "Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte". Fuente: C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú 1981, tomo I, páginas 404 a 498. Edición digital: Red Vasca Roja, digitalizado y preparado por José Julagaray, Donostia, Gipuzkoa, Euskal Herria, 25 de septiembre de 1997. Esta edición fue preparada por Juan R. Fajardo para el MIA, abril 2000.

**Intelectual alemán, autor de *El capital*, una crítica a la economía política.

3 DE NOVIEMBRE DE 1903

REFLEXIONES SOBRE LA PATRIA*

Luis Navas P.**

Deseo agradecer el honor de ocupar esta tribuna, y la asumo con humildad sincera y como una oportunidad para compartir algunas reflexiones sobre la patria.

Congregados en este campo santo donde reposan los restos mortales de nuestro primer presidente Manuel Amador Guerrero, aquí, donde se constata que toda gloria, poder y vanidad humana es efímera, donde recuperamos la igualdad, venimos a expresar la gratitud y el reconocimiento permanente a todos aquellos que lograron concretar la anhelada independencia de Panamá.

La patria, ¿es en verdad recuerdos? O, como dijera recientemente otro bardo al contestar la inquisidora pregunta de un niño: ¡Patria son tantas cosas bellas!

Estos sentimientos, esculpidos en el tiempo, crearon los valores que nos identifican y consolidan un sentido de pertenencia en la comunidad planetaria. En un determinado momento de la historia, un humilde caserío de pescadores dio nombre a lo que más tarde identificaría a una Nación. Adquirimos el estatus de colonia y, luego, nos independizamos de España. En otro momento, Justo Arosemena precisó cómo la ubicación geográfica del territorio istmeño marcó nuestro destino y vocación.

Más tarde, ante la urgente necesidad de los Estados Unidos por construir un canal interoceánico decidimos independizarnos de Colombia. Para esta trascendental decisión, las fuerzas políticas de aquella época, superando los agravios de la guerra de los mil días, pactaron el alumbramiento de la República. Estaba todo por hacer. Se esmeraron por subordinar sus naturales diferencias ideológicas y políticas en el afán de construir los indispensables acuerdos. No fue fácil. Tampoco crean que cesaron románticamente las recriminaciones y desconfianza. Sencillamente se atemperaron las confrontaciones ya que, ocupada militarmente la Zona del Canal por y con el arrogante papel de interventores, Estados Unidos se convirtió en árbitros decisorio de las aspiraciones políticas de los panameños.

A lo largo de estos cien años cada generación de panameños ha trajinado con su propio "tamiz de noviembre" (para decirlo a la manera de Diógenes De La Rosa) y, según sus opciones sensoriales, angulares e ideológicas, se han alineado entre cuatro vertientes historiográficas importantes: Apologistas, detractores, objetivistas y propositivos.

- Los apologistas, se afanan en demostrar que todo lo hecho por los próceres de la independencia estuvo bien.

- Los detractores, en cambio, tratan de demostrar que todo lo que hizo la naciente burguesía transitista fue una calamidad desde el punto de vista político y moral.

- Los objetivistas, en cambio, ubicados entre las dos aguas, en cierta forma aristotélicos, sostienen que en 1903 _ en ese contexto particular _ convergieron diversos factores y agendas, tanto individuales como estatales, oportunistas y altruistas, cuyo resultado

sería la independencia del Departamento del Istmo de Panamá de Colombia, con el estímulo y la participación directa e interesada del gobierno de Estados Unidos.

- Los propositivos, por su parte, tienen muy poco interés de verse envueltos en polémicas de este tipo, a las que consideran bizantinas, y están más preocupados por atender sus asuntos y negocios personales, unos; y otros (tal vez los menos) por resolver los problemas del país concreto, del país real, del país heredado, del país por construir.

Por eso, tampoco es de extrañar que cien años después de la susodicha separación o independencia de Colombia, o como quieran llamarla los entendidos, el debate siga abierto y sea tan novedoso como al principio. Desde mi punto de vista es muy saludable que siga abierto porque, no de otra manera, un país fortalece su propia cepa, alcanza mayoría de edad y grandeza espiritual.

Les pido acepten mis excusas ya que por razones de tiempo no puedo detenerme en el complicado enjambre de contradicciones con que se tuvo que lidiar.

La premisa ahora es otra. Desde los tiempos de la colonia hemos venido estructurando una sociedad con un desarrollo desigual. Desigualdad que se agrava porque los involucrados en la gesta noviembrina de 1903, de acuerdo con sus respectivas agendas, contabilizaron sus ganancias. La mejor parte se la llevó Estados Unidos mientras que sus aliados internos, ilusionados como siempre, con la idea de un país abierto al comercio mundial, sin fronteras que cuidar, se contentaron con una actividad comercial subalterna y dependiente. La mayoría de esos actores, casi sin excepción, actuó en el mundo real y pragmático y no en el de las conjeturas, las entelequias y los idealismos.

Las consecuencias de esa subordinación e incondicional dependencia es sin duda la elocuente pobreza de hoy. Los panameños, dueños nominales de uno de los recursos más importante de la región y probablemente del mundo, habitamos un país donde la pobreza alcanza un poco más del 40 por ciento de la población.

Economistas y ensayistas han identificado cuatro Panamá diferentes. En primer lugar, un país transitista hegemónico estrechamente vinculado al primer mundo, a veces insensible, egoísta y soberbio, al cual no podemos renunciar y que debe constituir el eje articulador del crecimiento económico y la integración nacional. En segundo lugar, un proyecto de país agroindustrial, muy rezagado con respecto a otros de la región por razones históricas mensurables. En tercer lugar, un país marginal en acelerada fase expansiva (y esto es lo peligroso porque el sistema de códigos culturales alternativos que lo sustentan, alimentado por el clientelismo paternalista de las últimas décadas, amenaza con crear, mucho antes de lo que podríamos imaginar, escenarios insurreccionales multitudinarios). En cuarto lugar, hay un país excluido en donde cerca del noventa por ciento de la población, mayoritariamente indígena, vive en pobreza extrema.

Se deduce, en consecuencia que algo estuvo mal por aquellos tiempos y sigue estando mal cien años después.

Nadie a estas alturas, podría negar sin ruborizarse, que los panameños heredamos una república dependiente y mediatizada. Y la mejor prueba de esa medianía y dependencia esta implícita en nuestra propia historia. De allí que durante los últimos cien años, los

panameños a lo largo de varias generaciones y después de mucha sangre derramada, y con muchos muertos de por medio, se logró alcanzar la descolonización y, por otro lado, importantes conquistas sociales, económicas y culturales. Se trata de una historia imposible de ocultar porque todos, de una manera u otra, hemos sido testigos y protagonistas.

Sin una recuperación veraz del pasado a los pueblos les cuesta mucho trabajo construir, no digamos su economía, si no la base filosófica y sociológica de su identidad y futuro. La falta de claridad con respecto a las raíces ontológicas de una nación, como bien pudo decir Ricaurte Soler jamás ha permitido a los liderazgos emergentes llevar la nave de la nación a puerto seguro. Sin pensar el país no habrá país. Habrá economía, gobierno, sistemas judiciales y represivos, relaciones internacionales, pero no habrá país en el sentido estricto de la palabra y como yo lo entiendo, coherente, como una línea trazada al infinito.

El conocimiento de la verdad es la mayor libertad, y por eso los pueblos se agigantan cuando su juventud, esta vez representada por sus estudiantes no se conforman con las verdades cosméticas, como bien dijo Omar Torrijos. Los jóvenes están obligados a buscar las razones verdaderas en el pasado para regenerarse y construirse. Educación, ciencia y tecnología además de ser herramientas contra el desempleo deben reforzar la permanente voluntad por aprender y por ser responsables.

Comparto el optimismo del presidente Martín Torrijos de que se vislumbran mejores días para Panamá. Sin embargo, la impaciencia legítima de los que padecen por falta de soluciones reviven las sospechas ofensivas y los reproches. Mientras se concretan esos planes nos vemos obligados a preguntar: ¿Por qué no abordamos sin más dilación la confección de una agenda compartida? Ante lo complejo y gravedad de los problemas: ¿Por qué no construimos un nuevo pacto social que convierta a los diversos sectores sociales del país (empresarios, trabajadores, marginales, excluidos y demás) en agentes de cambio, y dejen, de esta manera, de ser simples querellantes y se conviertan en parte de la solución? ¿Por qué no recurrir a la base de la sociedad, a las comunidades, a cada uno de los corregimientos para impulsar, entre otros, los programas de salud, vivienda y educación? ¿Por qué no somos proactivos y dejamos de reaccionar o estar detrás de los problemas? ¿Por qué no recurrimos a todas las congregaciones religiosas, organizaciones cívicas para concertar acciones capaces de frenar la violencia delincinencial y la drogadicción? ¿Por qué no comprometer a todos los sectores sociales en la erradicación de la pobreza? ¿Por qué no permitimos que ese nuevo pacto social genere una nueva cultura que dignifique a los panameños? ¿Por qué no? ¿Qué no los impide?

Pero el debate jamás debe ser excusa para evadir las responsabilidades inmanentes a las demandas de la vida y del desarrollo humano. El país existe y debe existir por encima de las coyunturas, las "rabias" y las diferencias conceptuales y las mentes más lúcidas y los espíritus más comprometidos de nuestra época, aún cuando sus ideas en relación con el origen de la nación y la solución de los diversos problemas sociales, económicos y políticos sean divergentes, no deben cerrar los espacios para la concertación.

Ninguna de nuestras dos emancipaciones, la de 1821 y la 1903, ha ejecutado con éxito un programa sustentable de desarrollo, justicia social y equidad. Esa deuda social

convertida ya en desafío, abre, todos los días, una crisis de expectativas. La desatención de los reclamos ciudadanos liquidan por esa vía las esperanzas.

El 31 de diciembre de 1999 es percibido por muchos hijos de nuestro país como una tercera independencia. Por ello, creo que esa percepción entraña la oportunidad de construir una sociedad más humana y solidaria. Y esta sería, sin duda el mejor tributo a aquellos hombres y mujeres que nos legaron esta bella patria. Entonces y sólo entonces la patria además de recuerdos y senderos retorcidos... y además de tantas cosas bellas como cantó el poeta, también sería un sitio mejor para la vida.

Notas

*Palabras pronunciadas el 2 de noviembre de 2005, en el Cementerio Amador de la ciudad de Panamá, en homenaje a los muertos.

**Profesor de Historia de la Universidad de Panamá y ex-legislador.

LA SEPARACION DE PANAMA DE COLOMBIA. MITOS Y FALSEDADES

Olmedo Beluche*

Pasada la conmemoración del Centenario de la creación de la República de Panamá estamos en condiciones de hacer un balance de los aportes historiográficos que nos quedan como saldo. Debemos afirmar que el resultado final es positivo, pese a la falta de apoyo de los medios oficiales. Aunque con escasa trascendencia hacia el gran público, la intelectualidad panameña, la comunidad de historiadores y científicos sociales debatió en profundidad sobre el acontecimiento y sus implicaciones históricas. Múltiples conferencias, decenas de artículos y monografías, y algunos libros vieron la luz en este primer Centenario. La óptica desde la cual abordamos esta evaluación no es la de un estudio bibliográfico, sino la continuidad del debate acalorado y apasionante que se produjo durante la conmemoración. Tal y como viene sucediendo desde el mismo 3 de noviembre de 1903, los argumentos en favor y en contra del acontecimiento se dividen en tres bandos, bautizados por el historiador Carlos Gasteazoro como: la leyenda dorada, la leyenda negra y la versión ecléctica.

Aquí asumimos la defensa de lo que erróneamente en Panamá se ha denominado "leyenda negra", tomando diez de los principales argumentos esgrimidos por sus detractores durante el debate del Centenario, desnudándolos uno por uno, para demostrar con hechos que no estamos ante una leyenda, sino ante la cruda realidad de lo acontecido.

En Panamá se ha denominado "leyenda negra" a las interpretaciones de los acontecimientos del 3 de noviembre de 1903 que muestran el papel jugado por la intervención norteamericana en la separación de Colombia. Con este calificativo se ha pretendido desacreditar obras como la de Oscar Terán (*Del Tratado Herrán-Hay al Tratado Hay- Bunau Varilla*), de Ovidio Díaz E. (*El país creado por Wall Street*) o la mía (*La verdadera historia de la separación de 1903*). Analicemos algunos de los argumentos esgrimidos contra estas versiones, a ver si se trata de una "leyenda" o un análisis objetivo.

1. No hubo intervención norteamericana.

Si uno lee los libros de texto utilizados en nuestras escuelas, no encuentra ninguna participación norteamericana en el acontecimiento. La versión de J. B. Sosa y E. Arce (*Compendio de historia de Panamá*), primera historia oficial, salvo una rápida mención del Sr. Shaler ("amigo de la separación") en Colón, y del acorazado *Nashville* que "hizo desembarcar una fuerza... para proteger la salida del tren ... y los intereses y vidas de los extranjeros de aquella localidad", pareciera que Estados Unidos no tuvo mucho que ver con la separación de Panamá de Colombia del 3 de noviembre de 1903.

Lo mismo puede decirse de *Datos para la historia* de José A. Arango, fuente privilegiada de lo que se ha llamado "leyenda dorada", para el cual los norteamericanos sólo juegan un papel secundario, de apoyo al movimiento. Sin embargo, Arango deja entrever la participación activa de algunos personajes como Beers, Shaler, Prescott y un "caballero" que no nombra en Nueva York (William N. Cromwell).

Basta un poco de curiosidad para indagar quiénes eran estos señores y la "leyenda dorada" se viene al piso, quedando al descubierto el nexo de intereses imperialistas que los unía a la Compañía del Ferrocarril de Panamá, a la Compañía Nueva del Canal (francesa) y a lo que se jugaban en el Tratado Herrán-Hay. Todos ellos, incluyendo J. A. Arango y Manuel Amador Guerrero, laboraban para Compañía del Ferrocarril y tenían como su jefe y cerebro de la conspiración a William N. Cromwell.

La leyenda dorada también "olvida" mencionar que Teodoro Roosevelt ordenó el arribo a Panamá, en noviembre de 1903, de hasta diez acorazados para asegurar la separación: *Nashville, Dixie, Atlanta, Maine, Mayflower, Praire, Boston, Marblehead, Concord y Wyoming*. Ver la obra de McCullough (*El cruce entre dos mares*) o la novela de Jorge Thomas (*Con ardientes fulgores de gloria*).

2. Hubo intervención, pero la idea de la separación es de Arango

Ante el cúmulo de evidencias, los más inteligentes analistas panameños se mueven a lo que se ha llamado la "versión ecléctica", es decir, no niegan la intervención yanqui, pero la atenúan diciendo que los conspiradores panameños tuvieron la idea de proclamar la separación independientemente de Estados Unidos. Aceptan que Roosevelt deseaba "tomar el Istmo" por la fuerza ante el rechazo del Tratado Herrán-Hay, alegando "razones de utilidad internacional", pero que el móvil de los próceres era distinto y nacionalista. La "versión ecléctica" pretende explicar la separación como una conjunción "casual" de intereses entre panameños y norteamericanos.

Autores como Jorge Thomas (en su novela histórica *Con ardientes fulgores de gloria*) o Humberto Ricord (*El 3 de noviembre visto desde el centenario*. Tomo I) sostienen que son los conspiradores panameños los que tienen que convencer al gobierno norteamericano de apoyar la separación que ellos han planeado. La base para esta interpretación son los "Datos" de Arango, según el cual, a él se le ocurre la idea en mayo de 1903 y manda primero al "noble capitán Beers" y luego a Amador a Estados Unidos a buscar apoyo.

Pero los hechos contradicen a Arango, porque Beers llega a Estados Unidos a comienzos de junio, pero ya el 13 de ese mes, Cromwell ha hecho publicar, por medio del periodista Roger Farham, un artículo en un diario neoyorquino, en el cual se vaticina la separación de Panamá con lujo de detalles, *si el tratado es rechazado por el Congreso colombiano*. Ricord, que cita el artículo con profusión, pasa por alto el párrafo en el que se dice que, a esa fecha, ya Roosevelt ha estudiado el plan y lo ha discutido con su gabinete y con muchos senadores. Nadie puede creer que Beers haya logrado tanto en un par de días.

La misma secuencia cronológica de los hechos constituye una evidencia de que la idea de la separación proviene de Estados Unidos y no de Panamá, y ésta sólo pasa de simple amenaza a conspiración concreta ante el rechazo del Tratado Herrán-Hay por parte de la opinión pública colombo-panameña, mediados de 1903. Previamente no existía ningún movimiento o conspiración separatista, ni de parte de los liberales, que eran la oposición (ver *La venta del Istmo* de Belisario Porras) ni mucho menos de los conservadores como Arango o Amador Guerrero, que tenían íntimos lazos con el gobierno de Bogotá.

La trama de la separación sale de las entrañas de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, dirigida por Cromwell desde Nueva York y administrada en Panamá por Beers, Shaler, Prescott, cuyos empleados panameños eran Arango y Amador. Como ya se ha dicho, Beers viaja a Nueva York llamado por Cromwell a fines de mayo (inicios de junio, según Ricord) cuando ya se ve peligrar la aprobación del tratado por Colombia. El 13 de junio aparece el artículo de Roger Farham preconizando la separación, *si el tratado es rechazado* (subrayamos). El 28 de julio se produce la reunión, en la finca de Las Sabanas, de los hermanos Arias, entre los conspiradores panameños y funcionarios norteamericanos encabezados por el cónsul H. Grudger, pero todavía no se lanza el movimiento separatista, porque hay posibilidades de que el Senado colombiano ratifique el tratado.

El 12 de agosto el Senado de Colombia aprueba la resolución que deja en suspenso (hasta 1904) la aprobación del Tratado Herrán-Hay, y Manuel Amador Guerrero sale para Estados Unidos el 26 de agosto, no antes (¿Casualidad?), llegando a Nueva York el 1 de septiembre. Pero el gobierno norteamericano aún guarda esperanzas de que el gobierno y el Senado de Colombia puedan cambiar de opinión, así que se entretiene a Amador en Nueva York hasta bien entrado octubre.

Lo que decidió la separación fue que el Senado de Colombia clausuró sus sesiones el 31 de octubre sin ratificar el Tratado Herrán-Hay. Entonces es cuando Estados Unidos pone en ejecución el "plan b", es decir, la separación. Amador es embarcado desde Nueva York con sus instrucciones (dadas por Bunau Varilla) el 20 de octubre y llega a Panamá el 27. Ese mismo día se produce la reunión de los conspiradores panameños en casa de Federico Boyd.

La magra decena de conspiradores panameños reciben a Amador llenos de dudas, y sólo aprueban el plan traído por éste, ante la promesa de que el gobierno norteamericano enviaría tropas y buques, como reconoció el propio Tomás Arias posteriormente (ver la obra de Oscar Terán y las indagatorias publicadas por *The Story of Panama*). Entre las cosas que les hacen dudar, está la fecha del 3 o 4 de noviembre (¡una semana!) para la separación.

Lógicamente, un movimiento de tal envergadura montado en tan poco tiempo y con tan pocos conspiradores panameños sólo puede tener éxito si se cuenta con las cañoneras norteamericanas, las cuales ya habían recibido órdenes de Roosevelt de trasladarse a Panamá (Terán transcribe las órdenes de movilización dadas por Roosevelt). La seguridad de la intervención armada de Estados Unidos es la garantía exigida por Tomás Arias, en la reunión del 27 de octubre, para sumarse al complot, tal y como él mismo admite. Garantía que es confirmada por Amador y por los hechos. Es cuando Amador envía el famoso cablegrama que dice: "Urge vapor Colón".

Los momentos decisivos de la separación tienen como protagonistas a los norteamericanos, y no al pueblo panameño: el jefe de la Compañía del Ferrocarril en Colón, Shaler, es quien convence a los oficiales colombianos al mando de Tovar, llegados la madrugada del 3 de noviembre, de tomar el tren a Panamá sin sus tropas; son las tropas del acorazado Nashville las que impiden a los soldados colombianos tomar el tren a Panamá los días 4 y 5, cuando se enteran que sus oficiales han sido arrestados por Esteban Huertas; y es el arribo del acorazado Dixie (con 500 soldados), más un soborno de US\$ 8,000.00, el que decide al coronel Torres embarcarse para Cartagena sin resistir;

en reconocimiento de la actuación norteamericana el prócer Meléndez cede a Shaler el honor de izar la primera bandera panameña en Colón, el día 6, el cual a su vez lo cede a un oficial de inteligencia que dirigió las operaciones, de nombre Murray Black.

Se evidencia que no hubo en ningún momento una iniciativa separatista de origen panameño, ni mucho menos una actuación independiente de los "próceres". La idea y su ejecución están condicionadas por los intereses del gobierno norteamericano en función de la ratificación o no del Tratado Herrán-Hay por parte de Colombia. Por falta de espacio no vamos a citar los múltiples despachos, comunicados y advertencias oficiales y extraoficiales del gobierno de Roosevelt que constituyen evidencia clara. Para quien se interese recomendamos leer la obra de D. McCullough (*El cruce entre dos mares*), de M. Duval (*De Cádiz a Catay*) y del panameño Oscar Terán (*Del Tratado Herrán-Hay al Tratado Hay-Bunau Varilla...*).

3. No hubo sobornos en Panamá.

En un artículo aparecido en *Mosaico*, suplemento del diario *La Prensa*, Julio Linares Franco, apoyándose en un discurso de Carlos Arosemena Arias, sostiene que no hay evidencias de sobornos a los próceres, por lo cual estamos ante una difamación.

Tanto Linares como Arosemena, y quien tenga dudas al respecto, deben leer las *Memorias de don Tomás Arias* (1977, pág. 27) donde dice:

Conservo en mi poder, inéditas y originales, las cuentas presentadas a la Junta de Gobierno para su aprobación y finiquito por valor de *doscientos ochenta y cinco mil ochocientos un balboas treinta y tres centavos* (\$ 285.801.33) por el señor Eduardo Icaza, quien desempeñó el cargo de Intendente General del Ejército durante el período de transición, en las cuales consta, por medio de recibos auténticos, las varias erogaciones que hubo necesidad de hacer para pagar servicios prestados por algunas personas que tomaron parte en el movimiento separatista. Como dicen los juristas: a confesión de parte, relevo de pruebas. Obsérvese que se habla de "algunas personas", sin restringirla a los miembros del ejército de Huertas. A los soldados y oficiales se les pagó una suma inferior a ésta (ver obra de Ismael Ortega *La jornada del 3 de noviembre y sus antecedentes*), lo que indica que hubo civiles que también cobraron. A lo cual podemos agregar el análisis de las incongruencias presupuestarias de los primeros meses de la nueva república, realizado por Ovidio Díaz en las páginas 228-229 de su libro.

Oscar Terán cita una declaración jurada del propio Eduardo Icaza en la que admite haber pagado, el 4 de noviembre, "50 pesos plata de 0.835" a cada soldado; 35,000 pesos a Rubén Varón.

Según el rango de cada oficial así les fui pagando: a unos, 10,000; a otros 1,000; a algunos 6,000; y hasta hubo pagos de 1,500. El dinero para estos desembolsos lo saqué de la casa de Isaac Brandon and Brothers, por medio de cheques que estos señores honraban. Recibí de ellos, en esta forma, más de 200,000 pesos plata de 0.835; y además, en una ocasión, la suma redonda de 70,000 dólares oro. También se encontró en la tesorería Nacional Colombiana algún dinero del cual se me entregó la cantidad de

38,000 pesos más o menos. Los pagos los hice bajo la dirección del Dr. Amador quien me instruyó sobre lo que debía pagarle a cada uno, según lista o nómina que había confeccionado de todos ellos..." (P. 250).

Si esto no basta, léase las *Memorias* de Esteban Huertas donde acusa a Manuel Amador Guerrero de intentar sobornarlo repetidamente. Por supuesto, Huertas dice haber rechazado el soborno y que actuó guiado por motivos personales (temía ser fusilado por Tovar, dice). Mediante Ley 60 de 1904 a Huertas se le concedieron 50,000 dólares pero, señala Terán, al no ser incluidos éstos en el presupuesto, ni en la liquidación del mismo la suma respectiva, constituye evidencia, según Terán, que el dinero salió del millón de dólares que dispuso J. P. Morgan para sobornos ("fondo de los reptiles").

Este millón de dólares salió de los 10 millones que correspondían a Panamá, de acuerdo al Tratado Hay-Bunau Varilla, y fue manejado así: 643,000 fueron retenidos por el banco J. P. Morgan con la excusa de cubrir gastos en que incurrieron, los 50 mil de Huertas, 200,000 enviados a Panamá (la mitad puestos por Bunau Varilla y la otra por Cromwell, durante los primeros días de noviembre) y 160,000 cuyo destino se desconoce.

4. No hay evidencias de un negociado con

las acciones del Canal francés

Tanto Julio Linares, como el historiador Fernando Aparicio (*En defensa del 3 de noviembre*) se empeñan en negar que hubo un negociado dirigido por Cromwell y un grupo de norteamericanos que compraron en secreto gran parte de las acciones de la Compañía Nueva del Canal, invirtiendo 3.5 millones de dólares, y obteniendo 40 millones de su gobierno gracias al Tratado Hay-Bunau Varilla. Según ellos, carecen de crédito las evidencias presentadas en 1912-13 ante el Congreso norteamericano (compiladas en *The Story of Panama*) por estar basadas en los intentos difamatorios del periodista Henry Hall, y en el alegato del propio Cromwell ante una corte francesa para cobrar sus honorarios por los servicios prestados a la Cía. Nueva del Canal.

El problema que tienen Linares y Aparicio es que, como se puede ver en el libro de Ovidio Díaz (copias fotostáticas), es que no estamos sólo ante la palabra de Hall, sino que existe evidencia documental de puño y letra de Cromwell, tanto del Memorándum de Entendimiento entre los especuladores de Wall Street (firmado el 25 de mayo de 1900), como un Estado de Cuentas presentado por Isaac Seligman.

Además constituye una evidencia circunstancial la propia secuencia de los hechos: el papel protagónico de Cromwell, la Compañía del Ferrocarril y sus empleados; así como el apuro ilógico de Teodoro Roosevelt de pagar 40 millones a la empresa "francesa" que se hubiera ahorrado de esperar uno meses a que vencieran sus derechos, como sugirió el Congreso colombiano; así como la obstinación de la "Compañía Nueva del Canal" en no pagar a Colombia ni un centavo de compensación como establecía el Acuerdo Salgar-Wyse.

El apuro de Roosevelt es "ilógico" porque la última propuesta del gobierno colombiano era mutuamente ventajosa: esperar a que venciera el contrato de la Compañía Nueva del Canal (francesa) en 1904, para que no tuvieran que pagarle los 40 millones que pedía; a cambio de que Colombia recibiera 25 millones de dólares, en vez de los 10 millones establecidos en el Tratado Herrán-Hay. Estados Unidos se ahorra 25 millones de dólares. ¿Por qué Roosevelt actuó como lo hizo? Según Ovidio Díaz, porque un cuñado suyo, el hermano de su ministro de guerra (Taft) y otros personajes de su gobierno participaban del negociado de las acciones de la Compañía Nueva del Canal

5. Cromwell no intervino porque dejó plantado a Amador

Este es otro mito sobre el que se han gastado muchas páginas. Los hechos: junto a Amador viajó José G. Duque quien, a través de *La Estrella de Panamá* fue el mayor defensor del Tratado Herrán-Hay. Duque fue atendido primero por Cromwell, el cual le consiguió una cita inmediata con el secretario de Estado, John Hay; pero, tan pronto Duque salió de la reunión fue a visitar a su amigo Tomás Herrán, embajador colombiano, y le contó la trama separatista y la presencia de Amador en Nueva York. ¿Por qué lo hizo? Tal vez como un doble juego, por si algo fallaba.

La visita de Duque a Herrán motivó que este último dirigiera una fuerte carta a Cromwell advirtiéndole que los intereses que representaba en Panamá estaban en peligro si se involucraba en promover la separación. Ello motivó al abogado a distanciarse de Amador, e hizo llamar a su socio Bunau Varilla para tratar con el panameño. Aparentemente no se molestó en explicárselo, de ahí el cablegrama enviado por Amador a Panamá con la expresión *disappointed* (decepcionado).

Pero en realidad, Cromwell cablegrafió de inmediato a su socio Bunau Varilla para que tratara con Amador, labor que no podía asumir directamente sino a riesgo de poner en peligro sus intereses. Bunau Varilla inmediatamente se trasladó a Nueva York desde París, donde se encontraba, llegando el día 22 de septiembre. Aunque la excusa esgrimida por Bunau Varilla para este viaje es la supuesta enfermedad de su hijo, que estaba vacacionando en Estados Unidos, él mismo cuenta que lo primero que hizo, tan pronto bajó del barco, fue visitar a Amador a su hotel, y no ir a ver a su hijo "enfermo". Que Cromwell siguió moviendo los hilos de las marionetas detrás del escenario queda probado por la participación activa de los directivos de la Cía. del Ferrocarril en los hechos (Beers, Shaler, Prescott).

6. Todas las independencias han recibido apoyo extranjero

Sí, pero hay independencias e "independencias". Una cosa es cuando una nación en proceso de conformación forja soberanamente una política de alianzas internacionales para respaldarse, como Washington con Francia o Bolívar con Inglaterra. Otra muy distinta es cuando una potencia desgaja un pedazo de la nación que desea debilitar en función de sus intereses propios. Por ejemplo, se sabe que Martí luchó por la independencia de Cuba, pero fue derrotado, y que la guerra de 1898 contra España por

parte de EEUU no era en apoyo de la emancipación cubana o puertorriqueña, sino para arrebatarse las islas al decadente imperio español poniéndolas bajo su dominación.

El mapa del mundo del siglo XX es incomprensible si no se parte del criterio de que muchos países y fronteras nacionales fueron moldeados por las potencias capitalistas a su criterio, no atendiendo a razones nacionales o históricas de los pueblos. Si no se entiende esto, no se explican las guerras nacionales que siguen asolando al mundo: Yugoslavia, Ruanda, Palestina, etc. Muchos países fueron creados artificialmente por motivos geopolíticos: Taiwán frente a China; el fracaso del Congreso Anficitónico de 1826 por mano norteamericana; el fraccionamiento de Centroamérica en cinco pequeñas repúblicas bananeras. La separación de Panamá de Colombia se produce en este escenario. En la obra de Terán se prueba cómo las resoluciones de la Junta Provisional emanaban primero de Bunau Varilla.

7. Panamá es una nación diferenciada de Colombia que intentó repetidas veces separarse

Hay quienes pretenden que Panamá es una nación desde hace 500 años (*En los quinientos años de la Nación panameña*, de Fermín Azcárate et. al.; Ricardo Ríos afirma lo mismo). Este absurdo sólo es posible si se ignora qué es una nación y no se le diferencia del concepto de Estado.

Como señalamos en un libro nuestro (*Estado, nación y clases sociales en Panamá*), desde el siglo XIX Humbolt y Schiller establecen la diferencia entre *nación-cultura* y *nación-Estado*. El problema es que se usan ambas acepciones sin distinción. Por ejemplo, existen en el mundo: naciones-cultura sin estado (como los kurdos), naciones-estado que incluyen dentro de sí varias naciones-cultura, aunque suele predominar una (como la ex URSS y la Federación Rusa hoy) y en pocos casos existen estados-nación uninacionales (como Irlanda). En el caso de hispanoamérica o de los árabes tenemos una nación-cultura escindida en muchos estados-nacionales por circunstancias históricas muy concretas.

El historiador F. Aparicio tiene este problema pues, además de deformar nuestro planteamiento, termina señalando que Nueva Granada o Colombia fracasó como nación porque fracasaron sus regímenes políticos, el liberal radical (1863-85) y el de la Regeneración (1885-1903).

Si entendemos por nación una comunidad cultural que se identifica con un pasado común, la lengua, la religión, etc., hasta el siglo XIX fuimos parte de la nación hispana, y hasta el siglo XX hicimos parte de la nación colombiana, que sería una fracción de la nación cultural hispanoamericana. En este sentido, constituían y aún es así, naciones diferentes las culturas indígenas no asimiladas por la cultura española. La ruptura definitiva de Hispanoamérica no quedó completamente planteada hasta que el liberalismo español se negó, en las cortes de Cádiz, a una reforma política que diera plena igualdad a los nacidos allende el mar. Cada una de las repúblicas hispanoamericanas son fragmentos de una gran nación que no llegó a constituirse por la intervención de ingleses y norteamericanos, y el egoísmo de las oligarquías regionales.

La lectura cuidadosa de libros como *El Panamá colombiano*, de Araúz y Pizzurno, o el de Alfredo Figueroa N. (*Dominio y sociedad en el Panamá colombiano*) evidencia que, nunca hubo una vocación firmemente separatista entre las clases dominantes del Istmo y que, cuando acariciaron la idea, ésta no tuvo por objetivo la creación de un estado independiente, sino la sujeción o anexión al dominio inglés o norteamericano (hanseatismo), a lo que se opuso el arrabal de Santa Ana y sus líderes liberales (por ejemplo en la crisis de 1830-1831).

Un mito usual entre nuestros historiadores e ideólogos es calificar a Justo Arosemena como "padre de la nación panameña", y a su famoso libro *El Estado Federal de Panamá* como sustento de la separación. Nada más falso, pues en ese libro, Arosemena dice claramente que se opone a la separación y, cuando habla de "nación" o "nacionalidad" se refiere a Colombia.

Los llamados intentos separatistas de Panamá de Colombia a lo largo del siglo XIX ameritan un estudio particular, porque nuestros historiadores han descontextualizado los hechos, después de 1903, para ponerlos como supuestos prolegómenos del 3 de noviembre. El error metodológico subyacente parte por analizar las "actas separatistas" del siglo XIX sin visualizar lo que pasaba en el conjunto del estado neogranadino o colombiano en ese momento.

Por ejemplo, el historiador Rommel Escarreola (*"Consideraciones históricas sobre los acontecimientos del 3 de noviembre de 1903"*) sustenta su interpretación de la separación sobre la base una aspiración persistente de los comerciantes panameños por "recuperar el espacio económico perdido" de la que los "intentos separatistas" (1830, 1831, 1840, 1861 y 1885) serían la expresión de este proyecto nacional.

En realidad, la mayoría de las llamadas "actas separatistas" no expresaban otra cosa que conflictos políticos entre liberales y conservadores, federalistas y centralistas, comerciantes librecambistas y proteccionistas, y no un conflicto nación oprimida *versus* nación opresora.

No se trata de negar la existencia de graves contradicciones durante el decimonono colombiano, sino de esclarecer la verdadera índole de aquellos conflictos. Un análisis de las circunstancias que les dieron origen muestra que, más que un conflicto "nación panameña" *vs* "nación colombiana", son producto de las contradicciones políticas y sociales que se abatían sobre el país.

El Acta de 1821

Algunos afirman que el hecho de que Panamá proclamara su independencia de España en 1821, sin intervención de los ejércitos bolivarianos, ya es una prueba de que constituíamos una entidad independiente, reafirmado por la adhesión voluntaria al proyecto de la Gran Colombia.

Quienes así hablan olvidan algunos detalles: 1. Panamá estaba adscrita, desde 1739, al Virreinato de la Nueva Granada; 2. El Istmo era una región debilitada económica y demográficamente que no podía sostenerse sola como estado independiente; 3. Que la Villa de los Santos llamó a los ejércitos de Bolívar a hacerse presentes, y esto obligó a los comerciantes de Panamá y a José de Fábrega a sumarse a la independencia; 4. Como

dijo Belisario Porras mucho después: "Panamá sólo se alzó, al tener noticias de que los españoles iban de capa caída por todas partes".

El Acta de 1826

Se la presenta a la ligera como el primer esfuerzo separatista, sin embargo, no hay en ella nada de eso. Ese año, luego de una larga ausencia, Simón Bolívar retorna a Bogotá desde Bolivia y Perú con un proyecto de nueva Constitución Política que, entre otras cosas, le nombra presidente vitalicio. Como Santander y la oligarquía neogranadina se le oponían, Bolívar pidió respaldo mediante pronunciamientos.

En Panamá, su hombre de confianza, el general Carreño, promovió un acta de apoyo a Bolívar. Actas similares se hicieron en Guayaquil, Quito y Cuenca. Pero los "notables" del Istmo ya estaban políticamente más cerca de Santander, así que redactaron una declaración ambigua, sin tomar partido por Bolívar. En el artículo cuarto, expresaban su deseo de leyes especiales para el Istmo, en el sentido de levantar los impuestos aduaneros que afectaban sus negocios. Como la misma no satisfizo a Carreño, los militares promovieron poco después otra acta, salida de la agitación popular del interior y el arrabal, contrapuesta a la primera, que sí apoyaba incondicionalmente a Bolívar.

El Acta de 1826 no es una proclama independentista, sino política, y expresa la disputa entre dos partidos: santanderistas y bolivaristas. También los hechos reflejan que en Panamá hay una incipiente contradicción social, entre el pueblo y los notables (comerciantes). Lo único que tiene de particularismo local es el librecambismo de los comerciantes istmeños y el proteccionismo prevaleciente en Bogotá.

El Acta de 20 de septiembre de 1830

Año en que Bolívar, harto del sabotaje de los santanderistas y enfermo terminal de tuberculosis, renuncia a la Presidencia y marcha al exilio europeo, al que no pudo llegar. El general panameño José D. Espinar realiza un acto de insubordinación frente a los que se apoderan del gobierno, y que además le degradan separándolo de Panamá, donde era jefe militar, ordenándole marchar a Veraguas. El móvil de Espinar era exigir el retorno de Bolívar al gobierno.

El artículo primero proclama la separación "especialmente del Gobierno de Bogotá". El segundo exige: "Panamá desea que su Excelencia el Libertador Simón Bolívar se encargue del Gobierno Constitucional de la República, como medida indispensable para volver a la unión de las partes de ella que se han separado bajo pretextos diferentes, quedando desde luego este Departamento bajo su inmediata protección". Y el tercero: "Panamá será reintegrada a la República luego que el Libertador se encargue de la Administración o desde que la Nación se organice unánimemente de cualquier medio legal". El considerando alude a una circular emanada de Bogotá para que "los pueblos manifiesten sus deseos".

Nótese que se trata de un conflicto político, continuidad del que dio origen al Acta de 1826, que además no se proclama una independencia absoluta sino condicionada, y que al usar el vocablo "nación" lo hace para referirse al conjunto, no a Panamá. Esta proclama perdió sentido cuando Bolívar contestó a los enviados de Espinar que desistieran, y los bolivaristas recuperaron el poder a través de Rafael Urdaneta.

Destaquemos también que el considerando recoge el reclamo de los comerciantes istmeños, no de una separación, sino la queja de que al separarse las provincias del sur (Ecuador y Perú) se habían afectado las relaciones mercantiles de Panamá, ya que éstas eran sus mercados naturales, no así las provincias del centro (Bogotá). Este tipo de reclamo mercantil es la tónica real de las clases dominantes en el Istmo, no la construcción de una nación independiente.

En 1834 se decreta una legislación especial atendiendo a estas reclamaciones comerciales (ver "*El Panamá colombiano*", de Araúz y Pizzurno), a partir de la cual cesan las quejas de la oligarquía istmeña. En las décadas siguientes, en especial durante la fase federalista del Estado colombiano, pero también bajo el régimen centralista de Núñez siempre hubo legislaciones específicas para Panamá para asegurar su especificidad transitista. Por ello, mal puede afirmar Escarreola que estábamos ante pérdida del control administrativo de Panamá por parte de los comerciantes istmeños "usurpado por el centralismo colombiano".

El Acta de 1831

Como los notables (comerciantes) del "intramuros" eran hostiles a Espinar, por motivos políticos (él era bolivarista, ellos santanderistas), sociales (él expresaba al sector plebeyo del ejército, ellos las élites comerciales), raciales (él era mulato, ellos blancos), promovieron que el general Juan E. Alzuru se sublevara, arrestara y deportara a Espinar. Alzuru, apoyado por los comerciantes istmeños, deshace la "separación" de Espinar el 22 de junio de 1831.

Pero el 9 de julio se proclamó una nueva acta. Las circunstancias: Bolívar acababa de morir; empieza la disgregación del Estado colombiano, los caudillos regionales se enfocan en sus intereses locales; en Ecuador el general Flórez proclama su república contra Urdaneta y deporta a Panamá a una veintena de oficiales venezolanos; éstos animan a Alzuru a proclamar un acto semejante en Panamá para hacerse con el poder; se inicia un intento de Confederación entre Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.

En los considerando uno y dos nuevamente se arguye el problema de las relaciones comerciales con Nueva Granada. Pero la proclama no habla de "independencia" sino que (art. 1) "Panamá se declara territorio de la Confederación Colombiana y tendrá una administración propia...". Es decir, se proclama un estado federado, reafirmado por el artículo tercero que señala que los "tres grandes Estados de Colombia disfrutarán de todas inmunidades comerciales que se conceden a los istmeños"... (a cambio del mismo trato); "siendo un pueblo de la familia colombiana" (art. 4); ofrece el territorio para que sea la "residencia de la Confederación", capital política (art. 5); y conserva la Constitución, leyes y símbolos de la república "en prueba de amistad y amor hacia la Nación a que espontáneamente se unió" (art. 7).

Pero Alzuru estaba lejos de representar los intereses de los comerciantes ya que, como militar, también era bolivarista. Duró poco, y le correspondió nada menos que al General Tomás Herrera, enviado con 200 soldados desde Bogotá, aplastar al régimen de Alzuru y fusilarlo el 29 de agosto de 1831.

Mariano Arosemena da cuenta de las contradicciones sociales y que el objetivo de los comerciantes panameños no era la independencia, al decir que Alzuru se apoyaba en

"una pueblada espantosa" y que (los comerciantes) "neutralizamos el proyecto de absoluta independencia...". Destaquemos lo dicho por Alfredo Figueroa N.: "Es significativo el que la provincia de Veraguas, regida por Fábrega, se haya opuesto a las dos independencias proclamadas por Espinar y Alzuru". Veraguas fue el bastión del latifundismo y el conservadurismo en Panamá y, por ende, aliada a esos mismos sectores sociales en el resto de Colombia.

El Acta de 1840

Es imposible entender el Estado Libre o Soberano del Istmo (1840-41), proclamado por Tomás Herrera, sin la perspectiva general de la guerra civil que asoló a Colombia y se llamó la guerra de "Los Supremos" (caciques político-militares). Al igual que Herrera en Panamá, proclamaron otros tantos "estados libres": González en el Socorro, Reyes Patria en Sogamoso, Carmona en Santa Marta, Troncoso en Mompos y Gutiérrez de Piñeres en Cartagena.

No estamos ante un acto aislado de los istmeños. Según Humberto Ricord estas proclamas obedecieron a un comunicado del Poder Ejecutivo que, desde Bogotá, reconociendo su incapacidad de contener la sublevación, para que "las autoridades provinciales tomaran todas las medidas que procedieran para salvaguardar la tranquilidad y el orden público". Lamaitre dice: "Cada uno se encerraba en su casa, se echaba cerrojo por dentro, y dejaba que el turbión de la guerra pasara por encima..."

La revuelta empezó como una sublevación conservadora en Pasto contra la disolución de algunos conventos, pero pronto se volvió en su contrario (liberal) cuando aparecieron pruebas de que el caudillo José M. Obando había asesinado al general Sucre por orden de Bogotá. Los caudillos o "supremos" se alzaron exigiendo un régimen federal. Por ello el Acta del 18 de Noviembre de 1840, redactada por Tomás Herrera considera que, dada la "disolución" de la república producto de la guerra (art.1); proclama el Estado Soberano (art.2); condiciona su reintegro a la Nueva Granada bajo un régimen federal (art.3); y establece el carácter "provisorio" de las nuevas autoridades.

Nuevamente Veraguas, dirigida por Carlos Fábrega, se opuso a esta proclama. En marzo de 1841 se reunió una Convención Constituyente del Istmo que, a instancias de Herrera, mantuvo la voluntad de adherir a una Nueva Granada federal, rechazando el centralismo (art. 2). Cuando Pedro Alcántara Herrán controló el poder y Gutiérrez retornó Cartagena al centralismo, Herrera se vio obligado a negociar.

De esta fase proceden los principales alegatos de Tomás Herrera en torno a las reclamaciones comerciales del Istmo ("nuestras necesidades son peculiares"), exige negociaciones para la apertura de un canal, y señala que un Congreso reunido a "300 leguas de distancia, jamás legislará convenientemente para nosotros". También preocupaba a Herrera la amnistía dictada por el gobierno, pues no tenía seguridad de que no recibiría represalias, tal como después sucedió (fue desterrado por tres años).

Le tocó negociar con Rufino Cuervo, y en una carta dirigida a él, en la que insistió sobre la necesidad de una "administración adecuada" y leyes especiales para el Istmo, también dijo enfáticamente: "Jamás el Istmo se habría lanzado a romper de hecho una unión en

que entró por su libre albedrío...". El 31 de diciembre de 1841, Herrera se reincorporó a la Nueva Granada, de la que llegaría a ser él (Tomás Herrera) vicepresidente (el presidente fue el chiricano José de Obaldía) y presidente encargado en 1854.

Como se puede apreciar, en realidad estamos ante sistemáticos conflictos: 1. Políticos (santanderistas vs bolivaristas, primero, y luego conservadores vs liberales); 2. Sociales (clases oligárquicas terratenientes y comerciales vs el pueblo y el artesanado apoyado por profesionales); 3. Administrativos (centralistas vs federalistas). Conflictos que, además, no eran exclusivos de Panamá frente a Bogotá, sino que asolaron a toda la Gran Colombia primero, y a la Nueva Granada después.

Vamos a obviar, que hemos tratado en anteriores artículos, la fase del Estado Federal de Panamá, que surgió como un régimen especial en 1855, pero se hizo extensivo a toda Colombia al año siguiente, y que quedó consignada en las Constituciones de 1858 y 1863. Esta última redactada por Justo Arosemena. A partir de la influencia de la Revolución de 1848 en Europa, cobraron fuerza en Colombia las ideas liberales fuertemente asociadas a criterios federalistas y librecambistas, que permitió una confluencia de intereses entre comerciantes y terratenientes. Bajo este signo político se organizó Colombia o los Estados Unidos de Colombia hasta que entró en crisis a mediados de la década de 1870, cuando se forjó el régimen centralista de la Regeneración encabezado por Rafael Núñez.

Lo más importante es que el panameño que encarnó las ideas federalistas, Justo Arosemena, en su libro *El Estado Federal de Panamá*, lejos de promover la separación del Istmo sostiene con toda claridad que el federalismo es la fórmula para impedir su desgajamiento de Colombia, no por voluntad de los istmeños, sino por la intervención de potencias extranjeras ansiosas de quedarse con una ruta tan codiciada. Quienes sostienen que Arosemena abogó por la separación, y lo califican de "padre de la nacionalidad panameña", o mienten descaradamente o no han leído su obra.

"En ocasiones anteriores he manifestado mis temores de que el Istmo de Panamá se pierda para la Nueva Granada si esta no vuelve en sí,..., y asegura su posesión dándole un buen gobierno inmediato... Grandes y numerosos intereses extranjeros se están acumulando en su territorio.... Para evitar, por consiguiente, que con pretexto de darse la seguridad que nosotros le negamos, quisieran adueñarse de un país tan codiciable para cualquier nación poderosa y mercantil, **plateemos** en el Istmo de Panamá un gobierno, que siendo liberal, tenga igualmente la eficacia que le daría el concurso de todos los istmeños, y el poder anexo a una sólida organización....". Descartando la idea de la separación dice: "Es esto más de lo que el Istmo apetece..., mucho más cuando solo quiere tener un gobierno propio para sus asuntos especiales, sin romper los vínculos de la nacionalidad..." (Justo Arosemena).

No nos detendremos en los pormenores del Convenio de Colón y la crisis de 1860-62, la cual muchos interpretan como otro intento secesionista, pero que el debate entre Justo Arosemena y Gil Colunje (publicado por Ricaurte Soler bajo el título *Teoría de la Nacionalidad*) muestra que se trató más de un conflicto político, liberal-conservador. Guerra civil en la que los liberales panameños y el arrabal de Santa Ana, dirigidos por Buenaventura Correo, apoyaron activamente a las tropas enviadas por Tomás C. Mosquera contra el conservador Santiago de la Guardia.

Tampoco es separatista la sublevación de Colón en 1885 que terminó con el ahorcamiento del líder liberal colombiano Pedro Prestán. Guerra Civil que sirvió de excusa a Rafael Núñez (quien vivió muchos años en Panamá y casó en primer matrimonio con una chiricana, con la cual tuvo dos hijos, y era amigo personal de las más importantes familias del Istmo, como los Arosemena) para abolir el federalismo con la Constitución de 1886. El centralismo de Núñez fue apoyado por los conservadores panameños. José Terán cita una resolución emitida por éstos, el 2 de febrero de 1902(!), a raíz de la muerte del general Albán, en la que se lee: "Sostenedores de las instituciones conservadoras 86..." con la firma de Tomás Arias, Nicolás Victoria J., Manuel Amador Guerrero, y otros futuros "próceres".

El problema central en Colombia (bajo todas denominaciones que tuvo en el siglo XIX) era la inexistencia de una clase capitalista capaz de unificar bajo una perspectiva común los intereses regionalistas, creando un mercado nacional. La fragmentación en burguesías comerciales importadoras y exportadoras de carácter local, o terratenientes locales, asociadas y aupadas por intereses extranjeros (ingleses o norteamericanos), intensificaba estas luchas. A lo que se sumaba el conflicto entre el liberalismo, dispuesto a una reforma del Estado modernizante, y el latifundio conservador opuesto a renunciar a sus privilegios.

Cada élite local abogaba por sus intereses, procurando que la máquina del Estado se inclinara en su favor. Así lo hizo la burguesía panameña igual que la de otras regiones. Lo que no quiere decir que se animaran a una ruptura definitiva con Colombia. Agreguemos que el arrabal y el interior, al igual que hoy, no compartía los mismos intereses que dicha burguesía comercial. En reiteradas ocasiones se le opuso.

8. Los que defienden la leyenda negra son unos analfabetas de la historia

Cuando se acaban los argumentos racionales, se recurre al insulto. El profesor Ricardo Ríos no sólo nos ha llamado, a Ovidio Díaz y a mí "analfabetas" (sin tomar en consideración la abundante e irrefutable fuente bibliográfica en la que están basados nuestros libros), ha dicho que nos "falta manejo científico de la hermenéutica y la heurística" y que tenemos una "posición fundamentalista". Sin embargo, para refutarnos Ríos no hace gala de ningún manejo hermenéutico, ni heurístico, se vuelve puro sentimiento.

La historia como ciencia, y no como mero relato subjetivo, tiene como fundamento los hechos, el acontecimiento (como diría Braudel). Como toda ciencia, la historia requiere que la interpretación de los hechos esté verificada por los datos empíricos que, en este caso, se materializan en los documentos y testimonios. Como decimos en la introducción de nuestro libro, todas las afirmaciones que allí hacemos están fundamentadas en documentación debidamente refrendada por historiadores cuya seriedad y prestigio no admiten duda: McCullough, Duval, Lemaitre, Gasteazoro y otros, incluidos defensores de la leyenda dorada. Rebatirnos requiere rebatirlos a ellos, y con documentos.

Que no estamos ante una visión "fundamentalista" o "ideológica" lo prueba que en torno a estos hechos hay unanimidad entre personas de diversas posiciones políticas y

sociales: desde historiadores como los citados, que no tienen nada de "comunistas", hasta el conservador Oscar Terán, el banquero Ovidio Díaz o el trotskista Olmedo Beluche.

9. *Todos los panameños anhelaban la separación*

Este mito tan repetido sólo se explica por la ignorancia. Ignorancia que pretende contraponer el "nacionalismo" panameño contra la "opresión" colombiana, sin conocer que varios de los "próceres" eran nacidos en otras provincias de Colombia: como Amador Guerrero (cartagenero), Eusebio A. Morales (Sincelejo), Esteban Huertas, etc.

Algunos haciendo un despliegue imaginativo, sin fundamento documental, aseveran que el apoyo masivo al liberalismo istmeño en la guerra de los Mil Días expresaba el respaldo al separatismo. Todavía nadie ha mostrado alguna proclama liberal en este sentido. Y por el contrario, como probamos en *La verdadera historia...*, Belisario Porras sí escribió contra el Tratado Herrán-Hay y contra la separación de Colombia en mayo de 1903 (*La venta del Istmo*), y Victoriano Lorenzo ante el pelotón de fusilamiento rogó por la "unidad de todos los colombianos", según Jorge Conte Porras. A lo que habría que agregar de que el mayor detractor del tratado fue un panameño al que la historia oficial ha olvidado, Juan B. Pérez y Soto.

En favor de que la mayoría de los istmeños no participaban, ni corrieron a apoyar la separación, cito a un apologista de los próceres, Ismael Ortega (*La jornada del 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes*, 1931): Chiriquí no adhirió hasta el 29 de noviembre, luego que enviaron un acorazado yanqui; los cunas se opusieron; los bocatoreños fueron sorprendidos; en Azuero arrestaron al enviado de los separatistas; y en Colón gritaron improperios a Eliseo Torres por retirarse sin pelear contra los soldados norteamericanos; en Darién hubo resistencia armada y arrestos.

Oscar Terán hace estimaciones de que, al 6 de noviembre de 1903, en la mitad de las seis provincias que componían el departamento de Panamá no había adhesiones al movimiento separatista. De los sesenta Consejos Municipales, 48 no se habían pronunciado a esa fecha; de los 381,000 habitantes del Istmo, 265,551 no se habían enterado de los sucesos. Más aún, al 30 de noviembre, el 40% de los habitantes permanecían "renuentes y retrechos" a aceptar la separación.

Según el historiador Carlos A. Mendoza (Radio Libre 22/10/2003), los liberales de Santa Ana que marcharon a Las Bóvedas la tarde del 3 de noviembre lo hacían bajo la convicción de que por fin el accederían al poder. Según Terán el "pueblo" eran los bomberos al mando de J. G. Duque. Como lo reconoció el propio Tomás Arias: "*No, unos días antes enteramos a algunos más (del movimiento separatista). Al principio sólo éramos siete u ocho y después enteramos a algunos más, pues nos interesaba hacer ver que el movimiento era popular*".

El propio Amador Guerrero deja ver el verdadero carácter del movimiento separatista en una carta dirigida a su hijo Raúl, con fecha del 18 de octubre, cuando aún estaba en Nueva York:

El plan me parece bueno. Se declara independiente una porción del Istmo al cual no permiten los Estados Unidos llegar fuerzas de Colombia a atacarnos. Se convoca una Asamblea y ésta da facultades a un Ministro que nombra el nuevo Gobierno par que haga un Tratado sin necesidad de ulterior aprobación de es Asamblea. Aprobado el tratado por ambas partes ya queda la Nueva república protegida por los Estados Unidos y se agregarán los demás pueblos del Istmo que no estaban formando parte de esa República y quedan también bajo la protección de Estados Unidos.

¿Por qué no hubo mayores expresiones de rechazo a la separación en Panamá? Por la represión. El desembarco de miles de soldados norteamericanos en sí mismo constituyó un acto intimidatorio que fue complementado por el decreto N° 17, de 11 de noviembre de 1903, por el cual se amenazó con expulsar de Panamá a las personas que se mostraran "no satisfechas con el movimiento separatista verificado últimamente". Además el decreto N° 12, del 12 de noviembre de 1903, conminó a la gente, en especial empleados públicos, a firmar una "declaración de fidelidad a la República" en un plazo de tres días, bajo amenaza de separarlos de sus empleos.

10. *Gracias a los próceres somos independientes.* El acontecimiento también puede ser evaluado retrospectivamente por sus consecuencias históricas. ¿Cuál es el legado del 3 de noviembre de 1903? ¿Un país independiente? Evidentemente no. Los próceres no nos legaron, ni siquiera, una "independencia mediatizada", como insisten sus defensores, sino un "protectorado", es decir una colonia controlada en todos los sentidos por Estados Unidos. Quien lo dude, que repase el Tratado Hay-Bunau Varilla, refrendado por ellos sin leerlos ni traducirlo al español, y el artículo 136 de la Constitución de 1904.

El destino de los 10 millones de dólares pagados por la firma del Tratado Hay-Bunau Varilla es el reflejo más ridículo y a la vez el más real de cuan poco "independiente" se hizo Panamá: 1 millón se gastó en la separación pagando sobornos (la contabilidad gubernamental no pudo registrar en qué se gastó), 3 millones entraron al erario para que funcionara el gobierno a partir de 1904; y 6 millones se quedaron en Estados Unidos para ser invertidos en bienes y raíces ("fondos de la posteridad") administrados por el agente fiscal y cónsul de Panamá en Nueva York, nada menos y nada más que el Sr. William N. Cromwell.

¿Carecemos de pasado heroico y orgullo nacional? No. Pero el heroísmo y lo poco que tenemos de "independencia" no lo obtuvimos de los gestores del 3 de noviembre, sino de los verdaderos próceres que dieron su lucha, su sangre y su vida: los soldados de Coto de 1921, los trabajadores del Movimiento Inquilinario de 1925, la juventud de 1947, de 1958 y 59, y sobre todo los Mártires de 1964. A ellos debemos homenajear. La historia panameña del siglo XX no se entiende sino como lucha contra la imposición colonialista del 3 de noviembre de 1903.

Bibliografía

- Amador Guerrero, Manuel. "Memorias sobre la emancipación de Panamá que comenzó a escribir de su puño y letra el doctor Guerrero", suplemento *Epocas*, N° 2, año 18, *La Prensa*, Panamá, febrero de 2003.
- Amador Guerrero, Manuel, "Carta familiar enviada por el Dr. Manuel Amador Guerrero a propósito de su recibimiento en Estados Unidos", suplemento *Epocas*, N° 2, año 18. *La Prensa*. Panamá, febrero de 2003.
- Aparicio, Fernando. "En defensa del 3 de noviembre", *Revista Cultural Lotería*, N°s 450-451 (edición centenario, 2003), pp. 14-33, Panamá, 2003.
- Aparicio, Fernando, *Liberalismo, federalismo y nación*, Editorial Portobelo, Colección Pequeño Formato N°38, Panamá, 1997.
- Arango, José A, "Datos para la historia de la independencia del Istmo proclamada el 3 de noviembre de 1903", en *Documentos históricos sobre la independencia del Istmo de Panamá*, Publicaciones del Instituto Nacional, Panamá, 1930.
- Araúz, Celestino A. y Patricia Pizzurno, *El Panamá colombiano (1821-1903)*, Primer Banco de Ahorros y diario *La Prensa*. Panamá, 1993.
- Araúz, Celestino A., *Panamá y sus relaciones internacionales. Estudio introductorio, notas y antología*, Biblioteca de la Cultura Panameña, tomo 15, segundo volumen. EUPAN. Panamá, 1994.
- Araúz, Virgilio. "Un libro de Olmedo Beluche. Comentarios al libro *Estado, nación y clases sociales en Panamá*", en revista *Camino de Cruces* N°2. Panamá, julio de 1999.
- Arias, Tomás, *Memorias de don Tomás Arias. Fundador de la República y triunviro*, Panamá, 1977.
- Arosemena, J. y G. Colunje, *Teoría de la nacionalidad*, Ediciones revista Tareas. Panamá, 1968.
- Arosemena, Justo, *El Estado Federal de Panamá*. EUPAN, Panamá, 1982.
- Arosemena, Pablo, *Estudios*, Colección Kiwanis, Panamá, 1982.
- Arrocha Graell, Catalino, *Historia de la independencia de Panamá, sus antecedentes y sus causas (18021-1903)*, Academia Panameñas de la Historia y de la Lengua, Panamá, 1993.
- Beluche, Olmedo. *Estado, nación y clases sociales en Panamá*. Editorial Portobelo, Pequeño Formato, N° 115, Panamá, 1999.
- Beluche, Olmedo, "Justo Arosemena y el problema de la unidad latinoamericana", revista *Tareas* N°95, Panamá, enero _ abril de 1997.

- Beluche, Olmedo y Noel, Enrique, "La gesta del 9 de Enero, el movimiento obrero panameño y el proyecto nacional", revista *Tareas* N°97. Panamá, septiembre _ diciembre de 1997.
- Calzadilla, Carlos, *Historia sincera de la República (siglo XX)*, EUPAN, Panamá, 2001.
- Castellero Pimentel, Ernesto, *Panamá y los Estados Unidos*. Panamá, 1988.
- Castellero Reyes, Ernesto, *La causa inmediata de la emancipación de Panamá*, Imprenta Nacional. Panamá, 1933.
- Castro Stanziola, Harry, "No todos estuvieron de acuerdo", suplemento *Panamá en el Siglo XX, La Prensa*. Panamá, jueves 29 de abril de 1999.
- Conte Porras, Jorge, "José Agustín Arango, inspirador del movimiento separatista de 1903", *El Universal*, Panamá, 3 de noviembre de 2000.
- Conte Porras, Jorge. "Las últimas crónicas sobre Victoriano Lorenzo", suplemento *Mosaico, La Prensa*, Panamá, domingo 22 de septiembre de 2002.
- Conte Porras, Jorge, *Meditaciones en torno a Victoriano*. Impreandes, S.A. Santafé de Bogotá, octubre de 1997.
- Chong M., Moisés, *Historia de Panamá*, Impresora Crisol, S.A., Chitré, 31 de enero de 1980.
- de la Rosa, Diógenes, "El conflicto de lealtades en la iniciación republicana", *Temas de Nuestra América* N°189, GECU, Panamá, noviembre de 1997.
- de la Rosa, Diógenes, *Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña*, edición del Municipio de Panamá. Cincuentenario de la República, Panamá, 1953.
- Díaz Espino, Ovidio, *How Wall Street created a nation. J. P. Morgan, Teddy Roosevelt, and the Panama Canal*, Four Walls Eight Windows, New York, 2001.
- Duval Jr., Miles P., *De Cádiz a Catay. La historia de la larga lucha diplomática por el Canal de Panamá*, Editorial Universitaria, Panamá, 1973.
- Escarreola Palacios, Rommel, "Consideraciones históricas sobre los acontecimiento del 3 de noviembre de 1903", revista *Debate* N°3, Asamblea Legislativa, Panamá, septiembre de 2002.
- Galindo H., Mario J. "Nuestra separación de Colombia: las dos leyendas y la disyuntiva", suplemento épocas, N°12, año 17, *La Prensa*, Panamá, diciembre de 2002.
- Gasteazoro, Carlos M., "Estudio preliminar al *Compendio de historia de Panamá*", en *Compendio de historia de Panamá*. Sosa, Juan B. y Arce, Enrique, EUPAN, Panamá, 1971.

- Hernández, Rolando, *Aproximación crítica a la Independencia de 1903*, Editorial Portobelo, Colección Pequeño Formato N°11, Panamá, agosto de 1996.
- Huertas, E., "Vencer o morir", *Revista Lotería* N°363 Panamá, noviembre_ diciembre 1986.
- Instituto Nacional de Panamá, *Documentos históricos sobre la independencia del Istmo de Panamá*, Imprenta Nacional, Panamá, 1930.
- Lemaitre, Eduardo, *Panamá y su separación de Colombia*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá, 1971.
- Linares Franco, Julio E., *Próceres, independencia y panameñidad ante el Centenario*, Imprenta Universal Books, Panamá, 2004.
- Linares Franco, Julio E., "Ratificando la independencia", *La Prensa*, Panamá, 27 de noviembre de 2002.
- "Tratado Mallarino Bidlack", *Revista Lotería*, II época, N° 99-100, Panamá, febrero-marzo de 1964.
- Mármora, Leopoldo, "El concepto socialista de nación", *Cuadernos Pasado y Presente* N°96, Siglo XXI Ed. México, 1986.
- McCain, William D., *Los Estados Unidos y la República de Panamá. Estudio preliminar y notas de Celestino A. Araúz*, II edición, EUPAN, Panamá, 1978.
- McCullough, David, *El cruce entre dos mares. La creación del Canal de Panamá (1870 _ 1914)*, Lasser Press Mexicana, S. A., México, D. F. 1979.
- Mendoza, Carlos A., "El agitadoísimo, confuso y complicado 3 de noviembre", *La Prensa*, Panamá, 3 de noviembre de 2002.
- Ministerio de Relaciones Exteriores República de Colombia, *Libro Azul: Documentos diplomáticos sobre el Canal y la rebelión del Istmo de Panamá*, Imprenta Nacional. Bogotá, Colombia. 1904.
- Miró, Rodrigo, *Teoría de la patria*, Amorrortu e hijos, s.r.l., Buenos Aires, 1947.
- Navas Pájaro, Luis, *Panamá: Nación, Estado y Canal*, Selección, compilación y presentación, *Revista Cultural Lotería*, edición extraordinaria, Panamá, agosto de 1999.
- Ortega, Ismael, *La jornada del 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes*, Imprenta Nacional, Panamá, 1931.
- Pizzurno, P. y Celestino Araúz, *Estudios sobre el Panamá republicano (1903 _ 1989)*, Manfer, S.A., 1996.
- Porras, Belisario, *La venta del Istmo. Manifiesto a la Nación*, Editorial Portobelo, Colección Pequeño Formato N°2, Panamá, julio de 1996.

- Quintero, A. I., "Los dueños de Panamá en los primeros años de la República", en *Revista Panameña de Ciencias Sociales*, N°1, Panamá, febrero de 2003.
- Ramos, J. A., *Historia de la nación latinoamericana*, FICA, Cali, 1986.
- Rangel M., Ricardo A., "La intervención militar norteamericana del 22 de septiembre de 1902", suplemento *Mosaico, La Prensa*, Panamá, domingo 10 de noviembre de 2002.
- Ricord, Humberto E., *El 3 de noviembre de 1903 visto desde el Centenario. La separación panameña de Colombia*, primer tomo, Editora Sibauste, Panamá, 2003.
- Ríos Torres, Ricardo Arturo. *Los rostros del tiempo*, Círculo de Lectura de la USMA, Panamá, 2001.
- Rivera Reyes, J., *Historia auténtica de la escandalosa negociación del Tratado del Canal de Panamá*, Panamá, noviembre de 1930.
- Soler, Ricaurte, "La independencia de Panamá de Colombia", en *Panamá, dependencia y liberación*, EDUCA, Centroamérica, 1974.
- Soler, Ricaurte, "Panamá, nación y oligarquía", en *Las clases sociales en Panamá*, CELA, Panamá, 1993.
- Susto L., Juan A., "José Agustín Arango y el movimiento separatista de Noviembre de 1903", *El Universal*, Panamá, 3 de noviembre de 1997.
- Tack, Juan A., *El Canal de Panamá*. Biblioteca de la Cultura Panameña, tomo 16, EUPAN, Panamá, 1999.
- Terán, Oscar, *Del Tratado Herrán-Hay al Tratado Hay-Bunau Varilla. Historia crítica del atraco yanqui, mal llamado en Colombia la pérdida de Panamá y en Panamá nuestra independencia de Colombia*, Valencia Editores. Bogotá, 1976.

Nota

*Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá.

TAREAS SOBRE LA MARCHA

LAS NACIONES UNIDAS Y EL MANTENIMIENTO DE LA PAZ*

Carmen A. Miró G.**

I. Breves antecedentes y funciones de las Naciones Unidas

Al finalizar la segunda guerra mundial en 1945, los países Aliados considerando que La Liga de las Naciones había fracasado rotundamente al resultar incapaz de mantener la paz en el mundo, decidieron fundar una nueva organización, destinada a cumplir tal propósito, la cual fue bautizada como *Naciones Unidas*. Se cumplen 60 años de la fundación de esta organización que fue concebida con una amplia y ambiciosa agenda, que de acuerdo con su Carta, debía cumplir cuatro propósitos fundamentales: 1) Mantener la paz y la seguridad internacionales; 2) Fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y de la libre determinación de los pueblos, y tomar otras medidas adecuadas para fortalecer la paz universal; 3) Aplicar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos, y 4) Servir de centro que armonice los esfuerzos de las naciones para alcanzar estos propósitos comunes. (Luck, 2005)¹

Dos son los órganos fundamentales creados para facilitar el cumplimiento por parte de las Naciones Unidas de las responsabilidades que le asigna su Carta fundacional: El Consejo de Seguridad y la Asamblea General.

El Consejo de Seguridad está integrado en primer lugar, con carácter de miembros permanentes, por los representantes de los cinco países Aliados, vencedores en la segunda guerra mundial: Estados Unidos de América, Francia, el Reino Unido de Gran Bretaña, la Federación Rusa y la República Popular China, quienes, además, tienen la facultad de emitir votos de veto frente a medidas propuestas en el seno del Consejo y con las cuales estén en desacuerdo. Los demás países miembros son elegidos por la Asamblea General y renovados periódicamente.

La Asamblea General, en cuyas deliberaciones participan todos los países miembros de las Naciones Unidas, tiene entre sus responsabilidades, de acuerdo con el artículo 11 de la Carta, "examinar los principios generales de cooperación en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales" y "hacer recomendaciones a los miembros o al Consejo de Seguridad o a ambos". En la práctica, la Asamblea constituye una vía para lograr consenso respecto de cuestiones difíciles, ya que ofrece un foro para que se ventilen las quejas y para los debates diplomáticos.

El término "mantenimiento de la paz" se refiere al uso de medios diplomáticos para persuadir a las partes en conflicto a que cesen las hostilidades y negocien un arreglo pacífico de su controversia. El Consejo de Seguridad puede recomendar maneras de resolver la controversia o puede pedir la mediación del Secretario General.

Conforme a la Carta, el Secretario General también puede llamar la atención del Consejo de Seguridad respecto de cualquier cuestión que parezca amenazar la paz y la seguridad internacionales. La imparcialidad del Secretario General es una de las grandes ventajas de las Naciones Unidas.

II. Algunas contribuciones de las Naciones Unidas al mantenimiento de la paz y a la resolución de conflictos

Ya en 1948, muy temprano después de su fundación, las Naciones Unidas tuvo la oportunidad de mediar en el conflicto surgido en el Oriente Medio entre Palestina e Israel. Las hostilidades que se habían iniciado en esa área cesaron gracias a una tregua decretada por el Consejo de Seguridad y supervisada por el mediador nombrado por la Asamblea General, con la asistencia de un grupo de observadores militares denominado más tarde Organismo de las Naciones Unidas para la Vigilancia de la Tregua en Palestina, que fue la primera misión de observadores de la Organización. Igualmente, intervino las Naciones Unidas en la controversia entre India y Paquistán. En este caso, también se envió un grupo de observadores militares para vigilar la línea de cesación del fuego en Cachemira. Lamentablemente, estos primeros esfuerzos de las Naciones Unidas no tuvieron éxito. Hoy, 57 años después, lamentablemente, los conflictos armados entre estas cuatro naciones continúan.

A partir de la declaración de la guerra fría, el Consejo de Seguridad sufrió un debilitamiento, ya que la utilización del veto se convirtió en un impedimento para que el Consejo interviniera en la solución de importantes crisis ocurridas durante ese período. Algunos analistas han señalado que el ejercicio del veto fue precisamente lo que hizo posible que las Naciones Unidas sobreviviera a las tensiones entre Este y Oeste las que, de otra manera, tal vez la hubieran destruido. Al proporcionar un espacio para el diálogo sosegado, así como para confrontaciones verbales enfáticas pero pacíficas, el organismo mundial hizo su contribución modesta para evitar que las confrontaciones de la guerra fría se intensificaran hasta desatar una tercera guerra mundial en el siglo veinte, con lo cual cumplió su objetivo principal (Luck, 2005).²

Aún en medio de la guerra fría las Naciones Unidas pudieron organizar operaciones importantes en Sinaí en 1956, Congo en 1960, y Chipre en 1964. Al cesar la guerra fría la Organización alcanzó logros importantes en Namibia, Mozambique, El Salvador y Camboya, lugares en los que las misiones de Naciones Unidas asistieron en la consolidación nacional posterior al conflicto, así como en el tradicional mantenimiento de la paz. A estas operaciones siguieron nuevos despliegues de Cascos Azules en Timor Oriental, Liberia, Sierra Leona, Eritrea, Etiopía y la República Democrática del Congo, entre otros. Para que podamos formarnos una idea de la impresionante contribución de las Naciones Unidas al mantenimiento de la paz, vale la pena subrayar que al 31 de enero de este año había unos 65,000 Cascos Azules de las Naciones Unidas, desplegados en 103 países, en 16 operaciones, con una marcada tendencia ascendente hacia un número nunca antes registrado.

Todo esto ocurre a pesar de que las acciones unilaterales adoptadas por Estados Unidos de América en el caso de Irak, que ignoró la existencia del Consejo de Seguridad, y ha declarado unilateralmente la necesidad de las llamadas "guerras preventivas", todo lo cual ha debilitado notablemente la autoridad de las Naciones Unidas.

III. La crisis de las Naciones Unidas

Aún antes de estos hechos se comentaba en círculos internacionales que las Naciones Unidas estaba atravesando una profunda crisis que hacía imperiosa una radical transformación en su organización interna y en su accionar internacional, transformaciones que la habilitarían para cumplir de manera más efectiva, de lo que lo ha logrado hasta ahora, dos de los propósitos fundamentales enunciados al inicio de esta conferencia. Por un lado, el logro de la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural, humanitario, y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos, y por el otro, servir de centro que armonice los esfuerzos de las naciones para alcanzar estos propósitos comunes.

Se suponía que la conmemoración de este sexagésimo aniversario de las Naciones Unidas sería el punto de partida que permitiría señalar los nuevos rumbos que debería tomar la Organización y adoptar las medidas conducentes a lograrlos. Dos eran los acontecimientos que servirían de marco a las declaraciones con que el Secretario General daría a conocer los nuevos compromisos que los países miembros estarían dispuestos a asumir.

Por un lado, una Cumbre Mundial de Jefes de Estado y de Gobierno que examinaría los avances logrados hacia el cumplimiento de los llamados "Objetivos del Milenio". Por otro lado, la Asamblea General Ordinaria con que se conmemoraría el Sexagésimo Aniversario de las Naciones Unidas y se abordaría el examen y aprobación de las transformaciones radicales que la Organización requería.

Los "Objetivos del Milenio" fueron acordados en la Asamblea General celebrada en 2000.

La evolución hacia el cumplimiento de los "Objetivos del Milenio" sería examinada en la Cumbre Mundial que se inauguró el miércoles 14 de septiembre, con la asistencia de 175 Jefes de Estado y de Gobierno. Desafortunadamente, a juzgar por los resultados que se dieron a conocer, esta nueva cumbre es considerada como un paso atrás respecto a la Cumbre del Milenio, en la que 189 líderes mundiales se comprometieron en septiembre de 2000 a lograr para el 2015 los siguientes ocho objetivos:

- “ Erradicar la pobreza extrema y el hambre
- “ Lograr la enseñanza primaria universal
- “ Promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer
- “ Reducir la mortalidad infantil
- “ Mejorar la salud materna
- “ Combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades
- “ Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente
- “ Fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

En forma resumida, lo que la Cumbre Mundial inaugurada el 14 de septiembre de 2005, reveló es que un gran número de países en desarrollo han avanzado poco hacia el cumplimiento de los "Objetivos del Milenio" y que difícilmente podrán alcanzar las metas fijadas para el 2015.

Esto se da en un ambiente en el que los países desarrollados no mostraron ninguna inclinación hacia aportar recursos financieros para apoyar a los países pobres en su lucha contra la pobreza, el hambre, la desnutrición, el VIH/SIDA, las limitaciones en la educación, el logro de un mejor nivel de salud de niños y madres, y la igualdad entre los sexos. Igualmente para lograr el desarrollo sostenible y un medio ambiente sano.

Obviamente, los países desarrollados difícilmente apoyan el último de los objetivos aprobados en la Cumbre del Milenio, cual es el de "fomentar una asociación mundial para el desarrollo"

El segundo de los acontecimientos, como queda dicho anteriormente, era la celebración de la Asamblea General convocada a continuación de la Cumbre comentada anteriormente. Se reconocía que el mundo enfrenta en la actualidad amenazas que se extenderán a los próximos decenios y que pueden resumirse en:

- Guerras entre Estados;
- Violencia dentro del Estado, con inclusión de guerras civiles, abusos en gran escala de los derechos humanos y genocidio;
- Pobreza, enfermedades infecciosas y degradación del medio ambiente;
- Armas nucleares, radiológicas, químicas y biológicas;
- Terrorismo, y
- Delincuencia transnacional y organizada

Frente a las amenazas citadas anteriormente, y en un esfuerzo porque las Naciones Unidas se fortaleciera, eliminara sus debilidades y estuviera en condiciones de enfrentar los retos anteriores, en esta Asamblea se considerarían las propuestas del Secretario General tendientes a introducir profundas modificaciones, entre otras, en la estructura, funciones y administración de las Naciones Unidas. Lamentablemente, esta Asamblea aprueba propuestas que modifican notablemente las recomendaciones presentadas por el Secretario General. Su propuesta de una reestructuración radical de la ONU fue desechada, según comentan los medios "por países temerosos de que el Secretario General estuviera intentando usurpar las funciones de la Asamblea General". (Deen)³ Uno de esos medios atribuye al secretario Kofi Annan haberse lamentado públicamente de que uno de los retrocesos fue la falta de compromisos en materia de no proliferación nuclear y desarme. Según dicen manifestó "es una verdadera desgracia".

Afortunadamente para nosotros, a través de la intervención de nuestro Presidente en esa Asamblea, se dejó oír la voz crítica de Panamá, lamentándose de que las medidas adoptadas fueran tan débiles.

En estos comentarios relativos a la conmemoración del sexagésimo aniversario de las Naciones Unidas, hubiera querido presentarles un panorama sobre la Organización un poco más estimulante. Sin embargo, no hay duda de que se ciernen sobre ella augurios poco alentadores:

- A pesar de la aspiración del llamado Grupo de los Cuatro (Alemania, Brasil, India y Japón) de ingresar como miembros permanentes al Consejo de Seguridad, ello fue vetado precisamente por los países que realmente detentan el poder en el Consejo.

- Se da en el mundo la presencia de un solo poder hegemónico que ya ha ignorado al Consejo de Seguridad, declarando una guerra sin la intervención de éste y advirtiendo sobre la necesidad de las llamadas "guerras preventivas".

- Este poder hegemónico ha designado como su representante ante la Organización a un conocido crítico y opositor de las Naciones Unidas

- Los países ricos no parecen inclinados a colaborar para que los menos desarrollados puedan realmente lograr un cierto nivel de bienestar para su población. Como ha sido repetidamente señalado, a raíz de la celebración de las dos recientes reuniones de Naciones Unidas que hemos comentado, el "Grupo de los Ocho" solo parece estar dispuesto a condonar las deudas externas de algunos países pobres, lo que, como ya se ha señalado, realmente no resuelve las grandes limitaciones a las que éstos se enfrentan. Ante estas tremendas dificultades, a América Latina solo le queda la alternativa de cerrar filas para actuar, en lo que le sea posible, como un bloque que puede adoptar ciertas medidas en respuesta al comportamiento de algunos países con los que tiene mayores relaciones.

Notas

*Conferencia dictada en el Paraninfo de la Universidad de Panamá el 20 de septiembre de 2005, con motivo del sexagésimo aniversario de la fundación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

**Demógrafa, presidenta del comité directivo del CELA.

1. Luck, Edward C., Universidad de Columbia, 2005

2. Luck, Edward C., Universidad de Columbia, 2005

3. Thalif Deen, IPS. 14 septiembre 2005.

33 RAZONES PARA RECHAZAR LA VISITA DEL PRESIDENTE BUSH*

Julio Yao**

"Negocio. "Esta guerra será larga", ha anunciado el presidente del planeta. Mala noticia para los civiles que están muriendo y morirán, excelente noticia para los fabricantes de armas.

No importa que las guerras sean eficaces. Lo que importa es que sean lucrativas. Desde el 11 de septiembre, las acciones de General Dynamics, Lockheed, Northrop Grumman, Raytheon y otras empresas de la industria bélica han subido en línea recta en Wall Street. La bolsa las ama.

Como ya ocurrió en los bombardeos de Irak y de Yugoslavia, la televisión rara vez muestra a las víctimas: está ocupada exhibiendo la pasarela de los nuevos modelos de armas. En la era del mercado, la guerra no es una tragedia, sino una feria internacional. Los fabricantes de armas necesitan guerras, como los fabricantes de abrigos necesitan inviernos".

Eduardo Galeano, *Símbolos* (2001)

Antes de iniciar nuestra intervención, les rogamos ponerse de pie para dedicar un minuto de silencio a la memoria del escritor, periodista y combatiente, Herasto Reyes. Herasto fue dirigente de la Liga Socialista Revolucionaria y del Partido Socialista de los Trabajadores; fue defensor de los pobres y se opuso a algunas concesiones inquietantes de los Tratados del Canal, en especial, del Tratado de Neutralidad.

Yo tuve el honor de que Herasto me prologara un librito, *Las armas de Gandhi*. Paradójicamente, toda la edición fue secuestrada por las fuerzas invasoras de Estados Unidos aquel 20 de diciembre de 1989 y, si al menos lo hubieran leído, no me dolería tanto, pero _ como vemos después de Irak, Libia, Afganistán, Yugoslavia y nuevamente Irak, es obvio que no lo leyeron o no lo entendieron. Porque allí decíamos que la violencia engendra una mayor violencia y que, cuando los pueblos se disponen a luchar, nada ni nadie puede detenerlos. En honor de Herasto, pues, quisiera proponer que estas jornadas de rechazo a la presencia en Panamá del emperador del mundo, que empiezan hoy y culminan con una concentración pacífica en la Plaza Porras el 7 de noviembre, sean conocidas como "Jornadas Herasto Reyes".

No es fácil hablar de un presidente que dice cosas como las siguientes: "La mayor parte de nuestras importaciones vienen del exterior."— "Dios me pidió que fuera presidente de Estados Unidos" — "Dios me pidió que invadiera Afganistán". "Tienen que escoger entre los terroristas y los Estados Unidos de América".

La analogía más recurrente es que este emperador es la encarnación de aquel otro: de Nerón, que mandó a quemar a Roma y le echó la culpa a los cristianos, pues Bush hace lo mismo: está destruyendo el planeta y todo lo que hay sobre él, y le echa la culpa a los terroristas. ¿Y quiénes son los terroristas? Todos aquéllos que desobedezcan al nuevo Tirano, todos quienes se resistan a la "Pax Americana", como entonces a la "Pax Romana". Eso sin mencionar que hasta su nombre simboliza el "666" de la Bestia

apocalíptica, según algunos terroristas esotéricos. Pero la verdad es que, al igual que Nerón entonces, ¡el actual emperador es el más grande terrorista del mundo!

Más allá de sus frases lapidarias, es difícil referirse al hombre más poderoso de la Tierra que, sin embargo, enmudeció por una súbita parálisis facial, se ocultó y no supo responder a las crisis planteadas por los atentados del 11 de septiembre; que juró capturar a Osama Bin Laden sin encontrarlo, mientras su familia se sienta junto a parientes del supuesto terrorista más buscado en las juntas directivas que ambas dinastías comparten en empresas de petróleo y de armas; de un presidente que se pasó cinco días jugando golf de video mientras flotaban miles de cadáveres en Nueva Orleans debido al huracán Katrina que destruyó la costa del Golfo, haciendo disparar los precios del petróleo; de un presidente que nombró al frente del FEMA (Sistema Nacional de Protección Civil de Estados Unidos) a un cuidador de caballos. En esto Bush se parece más al emperador Calígula, que designó como ministro de Roma a un caballo. Por cierto que la madre de Bush expresó, acerca de los damnificados de Nueva Orleans, que solamente se trataba de "unos cuántos negros pobres". De tal madre, tal astilla.

Un periódico de Estados Unidos que se conoce como *The Onion*, o sea, "La Cebolla" manifestó (12-28 de octubre) que: "En respuesta a las crecientes críticas de su manejo de la guerra en Irak y del desastre de la costa del Golfo, así como en otras áreas como... aumento del precio de la gasolina, se espera que el presidente Bush nombre este viernes a alguien para que gobierne EEUU". Al comentario mordaz, el presidente Bush replicó con una frase de antología: Bush dijo: "En estos tiempos tumultuosos, Estados Unidos necesita a una persona valiente y resuelta que pueda cumplir la tarea" (Saúl Landau, Instituto para Estudios Políticos. "Bush: una valoración", 21 de octubre de 2005), pero en este arranque de franqueza sí estamos de acuerdo con nuestro ilustre visitante porque en estos tiempos tumultuosos, gracias mayormente a su administración, el mundo necesita a un dirigente valiente y resuelto en Estados Unidos que ponga fin a la locura paranoica que nos está destruyendo, mas debemos agradecerle al presidente Bush porque, debido al desastre planetario, ahora estamos más convencidos que nunca que, "Un Mejor Mundo es Posible", ya que uno peor que éste, ¡no es posible!

1. El presidente Bush fue el gobernador que en la historia de Estados Unidos sentenció a la muerte al mayor número de reos, incluyendo a menores de edad y discapacitados, en su mayoría negros e hispanos.
2. El presidente Bush aumentó la desigual distribución de la riqueza, el desempleo y la exclusión social en Estados Unidos y privatizó numerosas agencias y programas de índole estatal para beneficiar a empresas transnacionales y sus compinches.
3. El presidente Bush redujo drásticamente los impuestos a los ricos y recortó los gastos sociales para hacer más pobres a quienes poco o nada tenían. Como resultado, según el Informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para el 2005, Estados Unidos es el único entre los países ricos que no cuenta con ningún programa de seguro de salud. Estados Unidos cayó al lugar 43 en mortalidad infantil. Los bebés en Beijing tiene el doble de posibilidades de sobrevivir en su primer año que los nacidos en Washington, D.C. (Landau). Según *The Independent* (8 de septiembre de 2005): "Los negros en Washington, D.C. tienen una tasa de mortalidad infantil superior a la del estado indio de Kerala."

4. El presidente Bush aumentó la corrupción en Estados Unidos: Desde su ascenso al poder, 18 ejecutivos de corporaciones han ido a la cárcel por delitos corporativos, entre ellos la camarilla de Bush en ENRON quienes se enfrentan a la posibilidad de ir a prisión por practicar una ética de que "la avaricia es buena".

5. El presidente Bush atacó e invadió a Afganistán en octubre de 2001, en violación de la Carta de la ONU, particularmente el Artículo 51 sobre legítima defensa, acusándola de los atentados del 11 de septiembre, una acción terrorista que, según análisis independientes, parece haberse originado en las entrañas del poder estadounidense. Desde entonces, Afganistán se ha convertido en un campo de concentración de Estados Unidos, y su población subsiste en base al narcotráfico, el tráfico de armas, la trata de blanca y el cultivo de amapola.

6. El presidente Bush proclamó la vigencia planetaria de su política de "Guerra Preventiva", eje fundamental de la Doctrina de Seguridad Nacional de Estados Unidos para el Siglo XXI, una expresión del plan mundial de dominación conocido como "Proyecto para un Nuevo Siglo Americano". Conforme a la "Guerra Preventiva", Estados Unidos se arroga el derecho de atacar a cualquier potencia que ellos consideren una amenaza o posible rival en el campo económico, comercial, militar o especial, porque solamente debe haber una potencia hegemónica en un mundo unipolar.

7. El presidente Bush declaró que Estados Unidos se desligaba del derecho internacional porque la soberanía de su país no admitía restricciones de ninguna clase; a tal efecto, se desvincularon del Convenio de Viena sobre el Derecho de Tratados y de las convenciones de Viena sobre Relaciones Diplomáticas y Consulares, dejando al mundo en un limbo jurídico, impotente e indefenso legalmente.

8. El presidente Bush aumentó el presupuesto militar de la superpotencia para enfrentar a una amenaza en gran parte ficticia, cuyo monto _más de 500 mil millones de dólares este año - supera el monto del presupuesto mundial dedicado a gastos militares. Según las Naciones Unidas, con solamente 50 mil millones de dólares se resuelve el problema del hambre en el mundo y con mucho menos se resuelve la muerte diaria de 50 mil niños por desnutrición.

9. El presidente Bush autorizó el Acta Patriótica I y II, para enfrentar al terrorismo internacional, que suponen la decapitación de la Constitución y el estado de derecho en el país modelo de "democracia", así como el desconocimiento salvaje del derecho internacional y las normas más elementales de convivencia humana.

10. El presidente Bush autorizó la *Homeland Security* (Seguridad de la Patria) para extender un control autoritario y represivo sobre su pueblo con el pretexto de la guerra contra el terrorismo, el cual, conjuntamente con otras agencias de seguridad, han construido cárceles, sitios de retención y tortura, para retener indefinidamente a sospechosos de ese delito al margen de toda protección legal o conocimiento público. Como ha dicho Adolfo Pérez Esquivel, premio Nóbel de la Paz, en carta enviada al Comité Panameño por la Paz y contra la Guerra, Bush "piensa pedir al Congreso 25 millones de dólares para construir una cárcel para detenidos con pocas posibilidades de comparecer ante un tribunal militar por falta de pruebas".

11. El presidente Bush retiró la firma de Estados Unidos del Estatuto de Roma que creó el Tribunal Penal Internacional, con el propósito de asegurar la inmunidad y la impunidad de sus funcionarios civiles y militares ante acusaciones de crímenes de guerra, de lesa humanidad y otros graves delitos, y obligó a casi todo el mundo bajo su mandato a suscribir tratados bilaterales en los que se obligaron a no juzgar a criminales de guerra de Estados Unidos en sus tribunales, a no enviarlos a otros países, ni a remitirlos al Tribunal Penal Internacional.

12. El presidente Bush profundizó la tendencia de Estados Unidos de no suscribir convenios que garantizan los derechos humanos, incluyendo el que prohíbe el genocidio, la tortura y el maltrato a niños y mujeres.

13. El presidente Bush ordenó la invasión a Irak en 2003, en violación de la Carta de las Naciones Unidas, esgrimiendo argumentos falaces e hipócritas para acusar a Sadam Hussein de amenazar inminentemente a Estados Unidos con armas de destrucción masiva, nucleares, químicas y biológicas, todo lo cual resultó un pretexto para apoderarse de las riquezas petrolíferas y la posición estratégica de la antigua Mesopotamia.

14. El presidente Bush ha asesinado a cientos de miles de afganos e iraquíes desde 2001, y si contamos con la primera guerra a Irak y el bloqueo ilegal decretado por Bush padre, solamente en este país han muerto más de un millón de iraquíes, la mitad niños.

15. El presidente Bush y el poder corporativo que lo secunda han secuestrado el derecho a la información del pueblo norteamericano y del mundo, al distorsionar los hechos y cifras relativas al 11 de septiembre y la guerra preventiva, a fin de mantener un clima de terror y miedo propiciador de su actual dictadura.

16. El presidente Bush, a través de su vicepresidente, Dick Cheney, ordenó planificar ataques con bombas tácticas nucleares a la República Popular Democrática de Corea y, con la participación de Israel, a Irán, como parte de su guerra preventiva, a fin de apoderarse de todo el petróleo desde el Medio Oriente hasta el Asia Central en los linderos con Rusia y China, y de reducir las posibilidades de una alianza estratégica en su contra.

17. El presidente Bush ha ordenado financiar, con aprobación del Senado, un vasto plan de desestabilización mundial, particularmente en las exrepúblicas soviéticas, en territorio nacional de Rusia, en la República Popular China, en las naciones árabes y en Latinoamérica, en las que participan miles de organizaciones no gubernamentales y de supuestos derechos humanos, con el propósito de apoderarse de las riquezas del planeta mediante un control estratégico.

18. El presidente Bush se ha negado a respetar o cumplir los acuerdos de Kyoto para mitigar la destrucción del planeta y es el país que más se ha burlado de las Metas del Milenio para reducir la pobreza mundial.

19. El presidente Bush ha diseñado una estructura global de seguridad que responde al "Nuevo Siglo Americano" y exige la subordinación de las doctrinas de seguridad nacional del resto del mundo a sus planes estratégicos, arrasando con toda noción de soberanía nacional o cooperación internacional, en los cuales la amenaza principal del

mundo es el terrorismo, mas no la pobreza, las desigualdades, el desempleo y la exclusión social, como sostiene la mayor parte de los países latinoamericanos.

20. El presidente Bush nombró, contra la opinión del Senado, a John Bolton, exdirector de Seguridad Internacional, como embajador ante las Naciones Unidas pese a que Bolton es enemigo declarado de esta Organización y su objetivo es conspirar contra su funcionamiento correcto para impedir que la comunidad internacional se convierta en un escollo a los planes hegemónicos y unilaterales de Estados Unidos.

21. El presidente Bush ha fortalecido y ampliado su presencia militar en Latinoamérica y el Caribe, con bases, pistas de aterrizaje secretas, sitios de proyección de fuerzas, monitoreo terrestre, aéreo y marítimo, instalaciones de inteligencia militar, fuerzas especiales, radares, acuerdos que permiten la libre circulación y la intervención de sus fuerzas militares dentro de la región, asistencia "humanitaria" tipo "Nuevos Horizontes", operaciones militares conjuntas, tanto terrestres y aéreas como navales, capacitación de los ejércitos latinoamericanos y las fuerzas policivas y de seguridad, en prácticamente todos los países de la región, salvo Cuba y Venezuela, pero muy especialmente en Colombia y, recientemente, Paraguay.

22. El presidente Bush está impulsando su arquitectura regional de seguridad en toda la región como punta de lanza de su política exterior, profundizando sus lazos con los operadores de seguridad en toda la región para vehicular a través de éstos su doctrina de Seguridad Nacional para el siglo XXI, la que contempla criminalizar hasta la protesta social.

23. El presidente Bush ordenó profundizar el bloqueo contra Cuba y perfeccionar su penetración en la Isla, y a tal fin ha autorizado fondos extraordinarios para financiar a la oposición, derrocar a su gobierno y preparar una etapa "postcastro" que llevará inexorablemente al viejo sueño de anexar Cuba a Estados Unidos.

24. El presidente Bush participó activamente en el derrocamiento temporal y frustrado del presidente Hugo Chávez Frías, de Venezuela, contradiciendo la Carta Democrática y el derecho internacional y hace planes para producir un conflicto bélico entre venezolanos.

25. El presidente Bush está presionando para la implantación del ALCA, que no es otra cosa que la absorción y avasallamiento de la economía regional por parte de sus transnacionales norteamericanas, con la consecuente destrucción del aparato productivo latinoamericano.

26. El presidente Bush es el principal patrocinador del terrorismo, al proteger a Luis Posada Carriles y sus secuaces y no satisfacer el clamor mundial de extraditarlo para someterlo a tribunales competentes de Venezuela, así como tampoco cumple con su obligación judicial y moral de liberar de inmediato a los Cinco Héroes cubanos antiterroristas que han sido sentenciados a largos años de prisión y a más de una perpetuidad, no obstante haberse anulado sus juicios por ilegales en Estados Unidos y descalificados, además, por la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas.

27. El presidente Bush hizo que Panamá suscribiera diferentes tratados entre 1999 y 2004 que constituyen serias violaciones de nuestra Constitución Política y del derecho internacional y están totalmente viciados de nulidad.

28. En 1999, Panamá y Estados Unidos firmaron un acuerdo secreto de inteligencia militar en torno a actividades navales. Bajo el presidente Bush, Panamá y Estados Unidos firmaron un tratado en diciembre de 2001, perfeccionado en abril de 2002 y redactado en inglés solamente, mediante el cual se les otorga derechos extraordinarios de extraterritorialidad y privilegios diplomáticos a funcionarios, civiles y militares, de 16 agencias federales de Estados Unidos, los cuales no estarán nunca sometidas a las leyes o tribunales panameños ni serán responsables por su actuación. Dicho acuerdo no fue sometido al Órgano Legislativo para su aprobación.

29. Panamá y Estados Unidos firmaron el Tratado Salas- Becker en febrero de 2002, mal denominado Arreglo Complementario, a inicios de nuestros carnavales, que permite la entrada de la guardia costera de Estados Unidos en el espacio marítimo panameño, y de aeronaves de Estados Unidos u operadas por éstos, en nuestro espacio aéreo, así como la entrada de otras ramas de sus Fuerzas Armadas y de aquéllas pertenecientes a terceros Estados, aunque éstos no cuenten con el aval directo de Panamá, con el propósito de cooperar en la represión de delitos internacionales que no se delimitan en dicho acuerdo. En ningún caso dichas fuerzas estarán sometidas a la soberanía panameña. El Tratado Salas-Becker no fue enviado al Órgano legislativo para su aprobación y no ha sido publicado salvo en la Gaceta Oficial. Este Tratado tiene versiones en español e inglés, pero sus textos no se corresponden recíprocamente en numerosas cláusulas, siendo el texto en inglés una versión mucho más lesiva a la soberanía panameña que la versión en español.

30. Panamá y Estados Unidos firmaron en abril de 2003 el Tratado Arias-Watt, mediante el cual Panamá se obliga a no someter a juicio en sus tribunales a ningún ciudadano, civil o militar, de Estados Unidos por crímenes de guerra o de lesa humanidad, así como tampoco a enviarlos a terceros países o al Tribunal Penal Internacional (23 países de Latinoamérica firmaron acuerdos parecidos), de manera incompatible con el marco jurídico nacional e internacional prevaleciente.

31. Panamá y Estados Unidos firmaron una enmienda al Tratado Salas-Becker, en la Casa Blanca, en presencia de John Bolton, jefe de Seguridad Internacional y del presidente Bush, mediante la cual nuestro país autoriza a Estados Unidos a abordar en alta mar a cualquier nave bajo bandera panameña en busca de armas de destrucción masiva o sus componentes, algo que constituye una violación del derecho internacional. Teniendo Panamá la flota mercante más grande del mundo, ello significa que nuestro territorio nacional flotante ha quedado sometido a la intervención permanente de dicha potencia, con el agravante de que esos mismos derechos fueron extendidos a terceros Estados afines a los intereses estratégicos de Estados Unidos, pero en total conflicto con iniciativas de las Naciones Unidas sobre desarme. Asimismo, la Enmienda Escalona-Bolton hace extensivos los derechos del Tratado Salas-Becker a estos otros Estados mencionados en dicha Enmienda. Esta Enmienda tampoco fue enviada al Órgano Legislativo para su aprobación.

32. Bajo el mandato del presidente Bush, en 2003, 2004 y 2005, se han llevado a cabo maniobras navales multinacionales, conocidas como Panamax, para enfrentar supuestas

amenazas al territorio nacional y al Canal, en violación de nuestra condición de país sin ejército, del Tratado de Neutralidad que prohíbe la presencia militar extranjera en Panamá y de nuestra Constitución Política que hace descansar exclusivamente en los panameños la responsabilidad por la defensa nacional de la República. Estos acuerdos son desconocidos por completo, persiguen fines ajenos a la defensa de Panamá o del Canal y no fueron tampoco enviados al Órgano Legislativo.

33. El presidente Bush, a través de Collin Powell, Roger Noriega y Otto Reich, amén de la Fundación Cubano-Americana, lograron que la presidenta Mireya Moscoso indultara a Luis Posada Carriles y otros terroristas en agosto de 2004 que planificaron un atentado contra el presidente de Cuba en el año 2000. Según informaciones que circulan ampliamente en internet, que afirman estos hechos, a la expresidenta le entregaron más de tres millones de dólares y un auto valorado en más de 125 mil dólares, y estas acusaciones bochornosas deben ser investigadas de oficio por nuestras autoridades para determinar si se cometieron delitos conforme a las leyes panameñas y el derecho internacional.

¿Qué persigue el presidente George W. Bush en Panamá?

Se desconoce por completo la agenda del presidente Bush en Panamá, pero sí hay elementos que nos permite avizorar puntos en común. Bush viene a Panamá para decirle al mundo que las invasiones sí pagan, porque ahora nuestro país es ejemplo de democracia, para traspolar (infructuosamente a nuestro juicio) este "éxito" a Irak. Pero nosotros le decimos que esa democracia es rehén de los partidos tradicionales, proimperialistas y oligárquicos todos, y que ella conspira para impedir una verdadera representación de las grandes mayorías; que esa democracia hiede a corrupción y está manchada de sangre, la sangre de miles de mártires que aún claman por una justicia que se les niega, y que esa democracia tutelada y restringida nos roba la independencia.

El presidente Bush viene a Panamá a lo mismo que vino el presidente Teodoro Roosevelt a principios de siglo; es decir, a ver cómo va la construcción de "su Canal". Bush viene a asegurarse que sus empresas transnacionales como la Bechtel no queden marginadas de los contratos de la ampliación del Canal que, según la Autoridad del Canal sólo costará de cinco o seis mil millones de dólares, en tanto que el subsecretario del Pentágono, Roger Maurer expresó ante el Senado de Estados Unidos que dichas obras costarán más de 16 mil millones de dólares.

Bush viene a asegurarse de que la China Popular no participe en la ampliación de la vía interoceánica y a intervenir en la cuestión de si Panamá debe o no romper sus relaciones con Taiwán y establecerlas con la China Popular. Bush viene a impedir que Panamá se acerque a Venezuela, menos a Cuba, para evitar que el fervor liberacionista en Sudamérica rebase la frontera del Darién. Bush viene a asegurarse de que Panamá no dé marcha atrás en los tratados suscritos con la administración Moscoso, en su apoyo en la guerra contra Irak o en su calificación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia como terroristas, hazaña lograda por el gobierno anterior.

Concretamente, el presidente Bush puede estar más interesado en que la compañía petrolera Harken Energy, uno de cuyos propietarios es la familia del actual mandatario,

logre una concesión para explorar petróleo en Panamá ("Empresa de los Bush buscará petróleo en Panamá", *El Panamá América*, 11 de octubre de 2005). Según la noticia: "En la junta directiva de la empresa pusieron, entre otros, a Bush Jr. y a Abdullah T. Bakhsh. Según informes periodísticos, Bakhsh representó los intereses de la familia Bin Laden en EU entre 1976 y 1982." La petición para explorar petróleo ha sido confirmada por el gobierno panameño. Y aquí se completa el círculo. ¡Eureka!

Pero yo quiero decirle al presidente Bush: Señor Presidente, hágase un favor a Ud. mismo y no venga a Panamá. Usted no será bien recibido por todos en este país donde asesinan a presidentes (José Antonio Remón Cantera en 1955) y todo queda en el misterio, o donde intentan asesinar (Fidel Castro, 2000; Hugo Chávez en 2005) y los terroristas son liberados ilegalmente o son indultados. Hace poco fue asesinado un humilde panameño convertido al islam dentro de la Mezquita en Colón, cerca de la Zona Libre, lugar que el FBI considera como fuente del terrorismo internacional al mismo nivel que la Triple Frontera (Brasil, Argentina, Paraguay). Nada se sabe acerca de este crimen, pero la comunidad árabe está intranquila.

Pese a todo, es posible que el presidente Bush sí venga a Panamá, porque, como ha dicho el Senador Chuck Hagel, republicano por Nebraska quien aspira a la presidencia de Estados Unidos en el 2008, "Bush está desconectado de la realidad".

Quiero terminar reproduciendo como mías las palabras de Robert Bowan, obispo de la Iglesia Católica Unida en Florida, teniente coronel y excombatiente de Vietnam, cuando en su carta al presidente Bush, antes de la actual carnicería en Irak, expresó:

"Señor Presidente, Ud. no contó al pueblo americano la verdad sobre por qué somos el blanco del terrorismo, cuando explicó por qué bombardearíamos Afganistán y Sudán. Ud. dijo que somos blanco del terrorismo porque defendemos la democracia, la libertad y los derechos humanos del mundo. ¡Qué absurdo, señor Presidente!

Somos blanco de los terroristas porque, en la mayor parte del mundo, nuestro gobierno defendió la dictadura, la esclavitud y la explotación humana.

Somos blancos de los terroristas porque somos odiados. Y somos odiados porque nuestro gobierno ha hecho cosas odiosas. ¿En cuantos países agentes de nuestro gobierno depusieron a líderes popularmente elegidos, sustituyéndolos por dictadores militares, marionetas deseosas de vender a su propio pueblo a corporaciones norteamericanas multinacionales?"

¡Viva para siempre Herasto Reyes!

¡Vivan los héroes y mártires de la patria!

¡Viva el 3 de noviembre!

¡Viva el pueblo panameño, unido en pos de su soberanía!

¡Exijamos la limpieza de total de los polígonos de tiro y la Isla

Notas

*Palabras pronunciadas en el Paraninfo de la Universidad de Panamá, el 31 de octubre de 2005, con motivo de la visita del presidente de Estados Unidos, George W. Bush a Panamá el 6 y 7 de noviembre de 2005.

**Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de Panamá.

FRENTE PANAMA SOBERANA (FPS) BUSH NO ES BIENVENIDO EN PANAMA

El CELA reproduce a continuación un comunicado, fechado el 21 de octubre de 2005, emitido por el Frente Panamá Soberana (FPS) con motivo de la visita a Panamá del presidente de Estados Unidos, George W. Bush

El pueblo panameño ve con sorpresa la anunciada visita del presidente de EEUU a Panamá. Además, la gran mayoría de los panameños repudian la presencia de ese mandatario sobre suelo patrio. Durante todo el siglo XX, el pueblo panameño luchó contra la presencia militar norteamericana que usurpaba la soberanía territorial de la nación. Esa lucha le costó muchas vidas a Panamá.

Sangre generosa de jóvenes estudiantes y trabajadores humildes fue derramada a lo largo del istmo panameño en defensa de los valores más sagrados de la patria. La nación panameña no puede aceptar esta visita cuando, aún, las heridas de los abusos cometidos en el pasado reciente y no tan reciente todavía están abiertas

La afrenta contra Panamá no es sólo responsabilidad de Washington. Debe asumir parte de la carga moral el actual gobierno de Panamá, que se presta a las maniobras de relaciones públicas del presidente Bush. Durante la permanencia en la capital panameña del mandatario norteamericano no se discutirá sobre las necesidades de los pueblos panameño y norteamericano.

En la agenda no se incluyó la exigencia panameña de que el gobierno norteamericano limpie las áreas que formaban parte de los polígonos donde las fuerzas armadas norteamericanas realizaban sus ejercicios militares. El gabinete del presidente Martín Torrijos tampoco hablará con Bush sobre las indemnizaciones que el gobierno de EEUU aún le debe a las

miles de familias del barrio de El Chorrillo que perdieron padres e hijos durante el bombardeo de la medianoche del 20 de diciembre de 1989, cuando la población de ese barrio popular dormía.

La agenda tampoco incluye discusiones sobre los planes de ampliación del Canal de Panamá. Además, el presidente Bush y el presidente Torrijos no le dedicarán momento alguno para hablar sobre las negociaciones en torno al tratado de comercio preferencial. Bush ha prometido que le recordará a los panameños sobre sus compromisos de apoyar a EEUU en su guerra contra el "enemigo terrorista".

El gobierno que preside Bush quiere que Panamá militarice su Policía Nacional, así como sus servicios marinos y aéreos. Esta transformación sería para servir los intereses de EEUU, sin pensar en las consecuencias que puede tener para Panamá. Aún más peligroso, vería con buenos ojos que Panamá militarice los muelles de la antigua base naval de "Rodman" en la entrada del Canal.

La escala de Bush en Panamá se debe a una campaña publicitaria que el mandatario norteamericano está organizando para detener el proceso de deterioro de su imagen como líder político de su país. Por un lado, quiere proyectar la creencia que las invasiones de EEUU en terceros países pueden ser exitosas. A Bush le gusta comparar a

Irak con Panamá. Según los círculos gobernantes de EEUU, hay invasiones que fracasan pero hay otras que tienen éxito.

Por el otro, cree que su reunión con Martín Torrijos le dará dividendos en el mundo que aún confunde al general Torrijos, militar populista de la década de 1970, con su hijo que promueve políticas neoliberales a principios del siglo XXI.

El Frente Panamá Soberana (FPS) rechaza esta visita y le pide a todas las organizaciones populares del país, así como a todos los pueblos del mundo, que hagan saber su protesta en forma organizada y firme para que los militaristas que gobiernan en Washington sepan que en Panamá no hay olvido ni perdón.

FEDERACION DE ASOCIACIONES PROFESIONALES DE PANAMA (FEDAP)

DENUNCIA PUBLICA

La Federación de Asociaciones Profesionales de Panamá (FEDAP), consciente de su responsabilidad de informar a la ciudadanía y principalmente a la clase profesional panameña, sobre las circunstancias que rodearon su exclusión de la Gran Mesa del Diálogo por la Caja de Seguro Social y ante la realidad de que hoy viernes 18 de noviembre del año 2005 concluyen las sesiones de este importante evento, considera necesario hacer públicos los siguientes hechos:

1. La intromisión y manipulación de los órganos de decisión de nuestra Federación, por parte de delegados y organizaciones comprometidas políticamente con el contenido de la suspendida ley 17 de la CSS y consecuentemente con sus promotores, provocaron en nuestra organización una controversia interna que aunque ya ha sido superada, dejó claras evidencias de que la debilidad, inexperiencia o simplemente la escasa óptica de algunos dirigentes, puede llevar a una organización seria y de una intachable trayectoria gremial como lo es la FEDAP, a su debilitamiento.

2. Las truculencias utilizadas por algunos miembros de la cúpula gubernamental en contubernio con el "facilitador y los garantes", fueron sin lugar a dudas la marca de fábrica de la mesa del diálogo, que se caracterizó por aprobar con la acostumbrada plancha, todo lo que les pareció que podía favorecer sus intereses individuales o gremiales, olvidando a los principales actores, cotizantes y dueños de la Caja de Seguro Social, que son los asegurados.

3. El pago de cuotas por B/. 2,640.00, a nombre de organizaciones que desconocían la procedencia de tales cuotas y de sus benefactores, con el ánimo de desvirtuar el interés y mandato de la asamblea de delegados de la FEDAP y la obstaculización y cuestionables manejos de actas por parte del Registro Público para no permitir la expulsión de los directivos que llevaron a cabo actos de indisciplina, de manera que los legítimos representantes de nuestra organización ante el diálogo no pudieran presentar nuestra propuesta, constituyen acontecimientos que no provocan menos que poner en tela de duda la honradez y honorabilidad de los que indujeron o ejecutaron tales actos.

4. El marcado irrespeto por parte del Ing. Salvador Rodríguez, que hizo caso omiso a la invitación formal con la que honró el señor Presidente de la República a la FEDAP, para participar en la mesa del diálogo; que le pidió a nuestra federación certificaciones y documentos que no le pidió a ninguna otra organización representada en el diálogo; y que no permitió la participación de la FEDAP en la mesa del diálogo con el pretexto de que en nuestra federación existían dos posiciones, cuando en el caso de la Federación de Jubilados y Pensionados y del CONATO, se dieron posiciones y circunstancias verdaderamente graves y peligrosas, como lo mostraron los medios de comunicación locales y a esas organizaciones sí las mantuvo en el diálogo, son suficientes muestras de que el "facilitador" se ensañó con la FEDAP indiscriminadamente, por el solo hecho de haber tenido una posición distinta a la ley 17, debidamente sustentada y que dejaba al descubierto la falsedad con la que se pretendió vender al pueblo panameño la bondades de la suspendida ley.

5. El haber utilizado el ingeniero Salvador Rodríguez, facilitador del Gran Diálogo por la Caja de Seguro Social, el logo del Consejo de Rectores de Panamá y su investidura como presidente de ese organismo colegiado o "Representante de las Universidades Oficiales y Particulares de Panamá", para negar la participación de la FEDAP en la mesa del diálogo, como quedó evidenciado en su carta del 28 de octubre del 2005, es un acto que debe ser cuestionado y rechazado por los distinguidos miembros del Consejo de Rectores de Panamá, quienes estamos seguros que no le dieron autorización al Ing. Salvador Rodríguez para que actuara en nombre de es cuerpo colegiado, para obstaculizar la legítima participación de la FEDAP en la mesa del diálogo, cuando casualmente son los rectores de las universidades los que representan al más alto nivel la clase académica y profesional y lo menos que podrían aceptar es que los profesionales panameños aglutinados en las organizaciones miembros de la FEDAP, dieran a conocer sus propuestas técnicas en el tema de la Caja de Seguros Social.

6. El cuestionamiento que ha hecho el Ing. Salvador Rodríguez a la actual Junta Directiva de la FEDAP, sobre su legitimidad, no solamente constituye un irrespeto inaceptable a los miembros de dicha Junta Directiva, sino también a las asociaciones cuyos delegados están representados en la misma, como lo son el Movimiento de Contadores Públicos Independientes, la Auténtica Asociación de Profesores de la Universidad de Panamá, el Colegio Panameño de Químicos, el Magisterio Panameño Unido, la Asociación Panameña de Derecho Constitucional, la Asociación de Prácticos del Canal de Panamá, el Colegio Nacional de Abogados, la Asociación Panameña de Oficiales de Marina, la Asociación Panameña de Psicólogos, la Asociación Nacional de Practicantes, Auxiliares y Técnicos en Enfermería y la Asociación Odontológica Panameña.

Finalmente, nuestra federación presenta al pueblo panameño los aspectos más relevantes de nuestra propuesta para modificar la ley de la Caja de Seguro Social, considerando que la Caja de Seguro Social no tiene un déficit financiero, su déficit es actuarial y por lo tanto no se justifican las medidas paramétricas propuestas en la ley 17.

a) Se debe mantener una *unidad financiera* que permita la distribución de los recursos anualmente según la necesidad de los programas.

b) La ley de la Caja debe permitir la flexibilidad y movilidad presupuestaria y financiera.

c) El Estado debe solventar cualquier déficit que exista presupuestaria o financieramente en la Caja de Seguro Social, en cumplimiento de su *deber constitucional*.

Dado en la ciudad de Panamá a los 18 días del mes de noviembre del año 2005.